DUKE
UNIVERSITY

LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/charlacrticasald00taxo

LUCIANO DE TAXONERA

CHARLA

CRÍTICAS AL DÍA

MADRID
LIBRERIA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
CALLE DEL ARENAL, 11

CHARLA

(CRÍTICAS AL DÍA)

LUCIANO DE TAXONERA

CHARLA

(CRÍTICAS AL DÍA)

MADRID
TIPOGRAFÍA DE ANTONIO MARZO
San Hermenegildo, 32 dup.º

OBRAS DEL AUTOR

EN PREPARACION:

Por decir algo... (Ensayos de crítica).
El alma de un hidalgo (Novela).
En la cima (Novela).
El caso de Leoncio Ríos (Novela).

864.62
T235C

I

El caso de siempre.—Anuncios teatrales.—Dos nuevos literatos.

...Aun no habíase borrado de la retina la exacta visión de ese verde ceniciento que tiene el mar que baña las bravas costas cántabras, cuando de nuevo me vuelve á herir los oídos el rumor incesante de esta encantada colmena que se llama Madrid.

Es de todos costumbre, al abandonar por un espacio de tiempo la ciudad en que vivimos, el llevarnos la idea de que, desde el día del retorno, nuestra existencia, en lo fundamental y en lo accesorio, corra por cauces distintos á aquellos que antes de marchar habíamos con gran

contento utilizado. Pero esto no llega nunca á verificarse. La causa de que así suceda no estriba tanto en nosotros como en los seres que con nosotros amistosamente conviven. Ellos—no acierto á explicarme por qué obscuro designio—son siempre los que hacen desaparecer el paréntesis que creíamos haber abierto en nuestro existir.

Diríase, por la sensación que motiva, que un brazo de gigante une la vida de los días ya pasados con esta otra que, juzgando por lo que la conformaría, á buen seguro había de ser más llena y de más robusta idealidad. Pero este deseo, que en cada uno germinará de una manera dispar, ha de frustrarse antes de que nos llegue á conducir á esas regiones luminosas de la exaltitud. ¿Por qué serie interminable de causas? La respuesta á esta pregunta, hecha en tono de generalización, es, dentro de la más estricta lógica, de suma facilidad el encontrarla. Nadie ignora, pues el ignorarlo implicaría carecer en absoluto hasta de aquellos conocimientos que encierran lo más elemental de los maravillosos libros de los humanistas, que del sedimento que dejan nuestros actos se nutre el recuerdo—y el recuerdo es el enorme arco, es el brazo de gigante que

nos liga á lo que, reflexivamente, habíamos dado por olvidado.

En el caso que ahora citaré, que es el que me sugiere cuanto inserto queda, hay causa de sobra, justo es así confesarlo, para que el recuerdo de cierta alusión, que yo hoy califico con el adjetivo más duro de mi léxico, se halle todavía latente.

Cierta conocida escritora, á quien admiro por la honda filosofía que sabe imprimir á cuanto su pluma produce, se ha sentido ofendida por una frase que, de pasada, dedicábale en uno de mis artículos. Lamento y lamentaré que haya achacado á malevolencia de intención ó simplemente á rencor lo que fué dicho sin ánimo de molestia. Dicha escritora debe comprender, y con seguridad así ya lo habrá comprendido, que mis palabras no tenían esa acritud que llevan las que ofenden y hasta las que no hacen más que censurar.

Además diré, y esto sin referirme á caso particular alguno, que no hay vocablo ni vocablos de este diccionario castellano, que es ciclópeo por su extensión, que en sí lleven el agravio. Aunque nuestro idioma es de una gran riqueza expresiva, por haberse nutrido de lo más escogido, de lo más musical y de lo más

onomatopéyico de otros ya muertos, necesita que lo anime el espíritu del que con él escribe y que le den aún más vida aquellos que lo han de leer. Las palabras con que un escritor da existencia á sus ideas son piezas inanimadas hasta que no se establece, por medio de la sangre que éste las inyecta, una onda de sentimientos imantados, de esencias comunes, que no son más, según lo ya aceptado por la ciencia positiva, que corrientes telepáticas entre el que las escribió y los que les han de dar lectura. Para que esas palabras tengan una eficacia, adquieran un valor, se requiere que exista en las personas á quienes van dirigidas el prejuicio de que en ellas se encuentra encerrada una molestia. Ciertos morbos sólo se desarrollan entre sustancias diatésicas. Y es tan vulgar que se den predisposiciones orgánicas á contraer determinadas enfermedades, como que algunas alusiones, desnudas de malévolo sentido, actúen sobre sensibilidades á ello adecuadas.

Alguien que lo preinserto lea, á buen seguro, la reputará de sutileza hermenéutica. Nada más lejos de mi ánimo. Me he resistido siempre á desvirtuar con jineteos imaginativos, con dislocadas razones, cualquiera de mis actos. Creo, y es-

ta creencia está ya en mí muy arraigada, que todo escritor, á quien el miedo no entorpezca la pluma, es un médico social. Por esta causa, y en atención á esta idea, he arremetido, en más de una ocasión, contra ciertos emborronadores de cuartillas, que se llaman literatos. Todos cuantos desmanes intelectuales han tenido lugar en estos últimos tiempos tuvieron en mí un decidido acusador. ¿Cómo callar ante las insulseces de Rafael Leyda, ese descarado imitador de Pío Baroja? ¿Cómo conservar el silencio después de hojear, no de leer, las elucubraciones de Ramón Gómez de la Serna, que es el Comella de la literatura moderna? ¿Cómo no anotar, y con gruesos caracteres de letra si ello fuera posible, las demasías que están cometiendo cuantos de cerca siguen las huellas que va marcando Felipe Trigo? Citar aquí nombres sería tarea harto difícil. El número de los que escriben libros eróticos es cada vez más considerable. A López de Haro y á Insúa, que merecen literaria consideración, les ha seguido casi toda la generación actual.

El no decir claramente los defectos de que adolece un escritor es complicarse con él, y, lo que es aún peor, con sus mediocres obras. Cada nuevo día nace á la vida intelectual un Goy de Silva cual-

quiera que pretende causar la admiración de sus coetáneos con un engendro que es de estructura tan disforme como la mente que lo ha concebido. A veces, y cito de ejemplo el caso del dicho Goy que sólo es elogiado, siguiendo naturales inclinaciones, por algún que otro Ricardo Baeza, que, dicho sea de pasada, cree que sus sátiras se hombrean con las de Larra, cuando no servirían más que para hacer bostezar á Voltaire ó dormir á Rochefort; á veces, repito, este engendro es de idea tan seca, tan inhumana, que del desprecio literario se llega, fácilmente, al más absoluto desprecio personal.

En el idioma castellano hay que decir las cosas de una manera precisa, tal vez un poco descarnada y, en ocasiones, excesivamente dura, porque en esta lengua en que han escrito hombres del haber mental de Mateo Alemán, del madrileño Alonso de Ercilla, de Alvarez de Villasandino—que Navarro comparaba á Verlaine—, de Juan de Mena—que es, como poeta, el heredero directo de Lucano y el predecesor de Góngora—, y, en fin, el genial Alonso Núñez de Reinoso, no hay vocablos que se presten á los dislocados cancanes de la sátira francesa, que es, corrientemente, de modalidades dúctiles, y como dúctiles humanas. Han existido mu-

chas ocasiones en que, por una larga serie de causas y concausas, me he imaginado que á nuestro idioma lo animaba el espíritu de un hidalgo, de uno de esos hidalgos mayorazgos de espada y de blasón, que vivieron allá por los años que han pasado á la Historia, ennoblecidos porque en ellos dieron á la luz las maravillosas creaciones de sus portentosos ingenios Fernando de Herrera, el elegíaco cantor de doña Leonor de Milán, Condesa de Gelves, y su coetáneo Baltasar de Alcázar, que refleja en sus amables versos la graciosa charla sevillana. En algunos momentos las palabras con que se habla en esta austera tierra de Castilla son desabridas, tiesas, engoladas, hieren é intimidan como hiere é intimida un rostro de continuo cejijunto, serio, adusto... No sé, ni averiguarlo nada me importa, si lo que dicho queda se achacará á malignidad de intención ó, por lo menos, á sedimentos de rencor. Debo decir, porque con ello hago honor á la verdad, que en cuanto he escrito, existe, á modo de ritmo intenso que lo animara, un ansia del más rotundo saneamiento de cuanto integra este conglomerado social, de nuestras costumbres, de nuestras cualidades morales, que los de cerebro miope al estilo del de ese ya mencionado Goy de

Silva, cuya vida Dios conserve muchos años para sonrojo del aciago día en que vino á recorrer este tránsito de la existencia, habrán reputado ó, á buen seguro, reputarán de vano prurito de saciar odios, desprovistos de lógicos fundamentos, en la difamación. Yo sinceramente creo, que la labor más estimable de un crítico es la de selección—selección á que ha de llegarse después de detenido examen, de minucioso estudio, en cuantos elementos de arte utilice en su trabajo un escritor. Me atrevería á decir, sin miedo á que nadie dijese lo contrario, que desde la época en que vivió el implacable Zoilo hasta esta otra, ya moderna, la misión de la crítica ha sido la de canalizar hacia un fin de elevado nivel artístico las condiciones de cuantos escriben...

En España, y en los instantes actuales, debiera haber satíricos á la manera neta de Valbuena, que parece llevar en sus venas sangre de Quevedo. Muerto el sabio Clarín, que era el que más de cerca le seguía, las letras españolas no cuentan hoy con ningún escritor de la estirpe mental de éste, capaz de corregir con sus siempre atinadas censuras las demasías literarias que, desde hace número no corto de años, están realizando esos poco aprensivos sujetos á lo Ricardo Baeza

Traduxit. En honor de la verdad, débese aquí citar unido el nombre de Manuel Bueno, que casi á diario y desde popular rotativo ha esgrimido las disciplinas de su ática prosa, bien nutrida de recia médula, el de Andrés González Blanco, que incesantemente pone al servicio de las letras su gran talento y su maravillosa cultura. Toda su obra, que es varia y vasta, la anima un deseo, muchas veces y de divinas maneras mostrado, de saneamiento, no sólo del medio literario sino de cuantos en este medio viven ó de este medio viven...

No es, pues, en mí sistemático el agravio. Tal vez, y en determinadas ocasiones, he acentuado la nota de descontento con el exclusivo objeto de que la literatura actual se librase de ciertos nombres, que para su gloria son perjudiciales. En caso alguno he hecho lo que requerían las circunstancias, movido por insano desequilibrio pasional, del que por reflexión me hallo libre... Lo que pretendo, lo que siempre pretenderé es que se escriba por algo más elevado que el prurito grafómano de escribir, que para nada sirve ni á ningún fin práctico conduce.

*
* *

Todos los diarios insertan, de continuo, noticias acerca del vecino año teatral; todos, en parecida forma, dan cuenta de las modificaciones que sufrirán las compañías y de la lista de obras con que cada una cuenta.

En dichas listas de obras, no hay ninguna de autor desconocido. A los prestigiosos nombres ya acreditados en lides escénicas, de Benavente, de Linares Rivas, de Marquina, de Martínez Sierra, únense otros varios de no tan preclara estirpe mental aunque admitidos, con grande estima por el público.

Fuera de estos nombres citados, que son unánimemente bien acogidos por la crítica, nada hay que señale, en nuestro teatro una modalidad artística, verdaderamente artística. Además debe decirse que toda la producción escénica española, á excepción hecha de las obras de Jacinto Benavente que es una de las mentalidades de mayor fuerza ideológica de las que existen en España, adolece de ciertos males que, tal vez por conformidad de raza, la hace seca, desabrida. En estos modernos tiempos aun quedan residuos en cuanto concurre á integrar el conglomerado social, de aquel carácter creados por el maravilloso intelecto del noble hidalgo—hidalgo por fuero del ta-

lento y de la sangre—que en vida llamóse Don Pedro Calderón de la Barca.

Tal vez por conformidad de raza, repito, no sea nuestro teatro sitio á propósito para desarrollar determinadas teorías, hoy en boga en Francia, y que aquí están en pugna con el rutinarismo, en el terreno de las ideas, por el que, siguiéndole, nos regimos. Para alcanzar un decidido éxito en la escena, dado el nivel medio de cultura en España, es necesario hacer obras al estilo de las ya aplaudidas de los hermanos sevillanos Alvarez Quintero. Toda producción que no se ajuste á lo que en el teatro en el día se admite será ruidosamente rechazada, y en el día lo que no se admite, lo que en nombre de una moral anticuada las gentes no pueden admitir es el amor, ese amor instintivo, ciego, avasallador, á modo del que vagara á través de las selvas en el alba del mundo. Claro está, y de ello no se me esconde la posibilidad, que el espíritu pacato que esto lea, mentalmente me responderá que esos sentimientos amorosos, tal como debieron surgir en las criaturas primitivas de los amanaceres de la Humanidad, se han desprovisto de la rudeza, de la animalidad, purgados y atenuados por la civilización. Pero al llegar á este punto debo

decir que los sentimientos amorosos no han sufrido ni sufrirán modificación alguna. En determinadas zonas sociales, en esas zonas en que los seres se hallan á merced de las sorpresas del instinto, el amor todavía es lava volcánica que impetuosamente se desprende de los corazones, para los cuales es frágil y efímero cuanto el medio en que viven ha edificado. Lo que tiene, para que los casos sean disimilares, es que, por educación, en la aristocracia y en la mesocracia hállase más dormido el sentimiento. Además, en estas dos zonas de la sociedad se encuentran latentes ciertas ideas, que ha ido incubando la civilización, de tradiciones familiares, de moral, de religión, que van formando un tupido velo que sujeta y á veces hasta aprisiona el instinto.

Lo que hoy, repito, no admiten es que ese instinto rompa los frenos del pudor y que se divorcie de cuanto cerca de él fueron creando los escrúpulos de la conciencia, los respetos morales, la disciplina religiosa, para mostrarse, libre de trabas, violento, invencible. Este ambiente en el cual vivimos nos impone una máscara, y con ella, que es la que pone medida á nuestros sentimientos y disciplina á nuestras pasiones, vamos á través del

mundo, caminamos entre esta doliente humanidad con el uniforme que las generaciones pasadas nos legaron, modificado por la moda de los actuales años...

El teatro en España es una muestra rotunda de lo que dicho queda. No es posible que en él se llegue á demostrar que el fuego central del instinto reducirá á escombros y cenizas cuanto sea obra de la civilización y de la cultura; tampoco es posible que en él se llegue á dar la verdadera sensación del amor, tal como es y como lo debieron sentir los primitivos humanos en las selvas vírgenes, y de la serie interminable de conflictos que en las conciencias crea el amor... El teatro en España es un teatro de sentimientos contenidos, de pasiones sujetas por las riendas de la hipocresía ambiente. Nada en él responde ni es muestra de los caracteres en los cuales todo, absolutamente todo, cede á la presión brutal de lo que es ingénito en los seres. El asunto escénico de más descarriada moral es el de un adulterio, que en el tercer ó cuarto acto lo castiga la familia, la sociedad y luego la Iglesia. Cuando no es esto, se nos presenta el «hondo» problema de unos amores contrariados, y que en el sacrificio se hacen sublimes. ¿Presentar el amor? No. El

amor hay que esconderlo, porque es un aspecto de la fatalidad ; porque es, según los griegos, un castigo impuesto por los dioses á los hombres. Pero los autores de obras teatrales en España no esconden este sentimiento por conceptuarlo como un foco morboso, sino por cobardía de los que debieran ser directores y aparecen como dirigidos.

No hay, en el año teatral que se avecina, indicio alguno de que la literatura escénica corra por cauces distintos de los ya por autores de nota señalados. Jacinto Benavente, Manuel Linares Rivas, Gregorio Martínez Sierra, ennoblecerán la muy noble historia del maravilloso arte dramático castellano con las creaciones de sus lozanos ingenios. Eduardo Marquina, que es el primer poeta español, me atrevería á decir que es el único poeta español, aunque de cerca le siguen el delicado Enrique Díez Canedo y el muy humano, por el sentimentalismo de que están impregnados sus versos, Andrés González Blanco, buceará en los episodios históricos desarrollados entre reyes, entre magnates, entre grandes hombres que han dejado en la vida huella de su paso y en cuantos actos realizaron algo de tan inconmensurable valor que es digno de ser ejemplo de esta edad ac-

tual y de las que á ésta han de seguir...

Pero nada acusa desenvolvimientos de nuevas teorías. Toda la producción dramática no será impulsiva, sino impulsada. ¿Se esconderá un caudal ideológico diverso al actual en los escritores que se encuentran alejados todavía del teatro? Lo dudo. Para que así fuera sería necesario que, por evolución, nunca por revolución, se reformasen las costumbres y que desapareciesen ciertas tradiciones familiares que cristalizan la voluntad y determinados prejuicios religiosos que anquilosan el entendimiento.

*
* *

Los dos libros que últimamente he leído han sido escritos y, si rindo culto á la verdad, debo confesar que bien escritos, por dos ciudadanos, dedicados al cultivo de las letras, naturales de allende el Atlántico. Llamánse estos, Luis Roberto Boza y Juan Más y Pi—y el uno se me ha mostrado como cuentista de nada comunes méritos, por el detenido examen que hace del alma de las personas á quienes su firme pluma da vida, y el otro como sagaz crítico, que detalladamente inquiere, que cuidadosamente analiza, para después de estas inducciones,

que han de ser claras, de manera suma, deducir juzgando, sin erigirse en censor, con los atinados razonamientos que nacen de una bien educada mentalidad.

El libro de Luis Roberto Boza se titula *El cilicio*. Todos los cuentos de que el volumen está compuesto llevan, en la entraña, un ritmo, que á veces, por lo firme parece de dogma. Atreveríame á decir, sin miedo á tener que lamentar error, que la característica de este escritor, para mí novel, es el deseo de la mutación de un estado social en otro; es el ansia de renovar cuantos elementos son causantes de este irredento dolor humano. Todo cuanto integra lo actual, que es complejo en un grado altísimo, adolece de males, de hondos males que actúan sobre los seres, al recorrer éstos el penoso tránsito de la mortal existencia. Para el autor de *El cilicio* la vida no es amable ni buena. De ella diríase, siguiendo las huellas trazadas por los que rinden culto de devoción á exóticas doctrinas, que es sitio adonde se viene á expiar los errores cometidos en edades ya muertas, y adonde también se viene á diseñar el camino que hemos de seguir en lo futuro. La idea central del libro de Luis Roberto Boza, que se desarrolla en medio siempre á ello adecua-

dos, es la de demostrar las arbitrariedades de los hombres, de la sociedad que nos rige. En uno de los cuentos que integran el volumen—creo que en el titulado *El bandido*—hace de manera admirable el retrato etopéyico de un patrono, que es de la estirpe moral de aquellos sanguinarios negreros de antaño. A decir verdad, no es menos admirable el retrato del obrero, de un honrado obrero que fué dejando día por día su existencia en beneficio del amo, y que éste, cuando ya no le sirve porque los músculos se han esclerotizado y la luz de los ojos se ha ido debilitando, lo echa á la calle como algo inutilizable, como un pingajo, obligándole, debido al hambre, á refugiarse en una casa en donde es muerto como un «ladrón». Y el hombre honrado, que vivió su vida entera esclavo en su taller, cae á tierra al fragor de unas balas que derechas le van al corazón. Pero todavía Luis Roberto Boza acentúa la maldad humana, haciendo ver que por el asesinato de un inocente premia la sociedad á sus elegidos... Este cuento es descriptivo, es sintomático de la manera de hacer de este escritor. La idea que lo anima es la misma que en su entraña llevan todos los demás: la de la injusticia social ambiente.

Todos los cuentos que hállanse coleccionados en el libro titulado *El cilicio* están cuidadosamente escritos. En algunos de ellos, en los más, el interés conviértese en emoción. Sí; los cuentos de Luis Roberto Boza emocionan de una manera cruel. En cuanto se leen actúan trágicamente sobre el ánimo del lector, aunque éste sea indiferente á las cruentas luchas que por la existencia mantienen los humanos ó su espíritu no ahonde en los complicados problemas que en este mundo los mortales hemos de resolver.

El otro libro lleva por título *Letras españolas*, y es debido á la pluma de Juan Más y Pi. Juan Más y Pi estudia de manera no común la obra de algunos ilustres escritores y de otros que no pasan de mediocres. Entre los ensayos dignos de citarse figuran los consagrados á Pío Baroja y á Eduardo Marquina.

Pío Baroja, que es uno de los grandes novelistas españoles, tiene en las páginas de la obra de Más y Pi el más exacto estudio de sus leídas novelas. Toda su multiforme mentalidad, que á veces remóntase á esas zonas radiosas en que radican los genios inmortales, es analizada cuidadosamente, prolijamente. Cada nueva modalidad de este escritor,

desde aquella primera de *Vidas sombrías* que hacía pensar en Maeterlinck á esta última que muestra en las *Inquietudes de Santiago Andia*, está con exactitud reconocida en el libro *Letras españolas*. El artículo dedicado á Eduardo Marquina es también notable por el hábil escudriñamiento que en él se hace de las ingénitas cualidades de este maravilloso poeta, que es, como ya he dicho no ha mucho, el único gran poeta que en la actualidad existe en España. De intento he unido los nombres de Baroja y de Marquina, porque los dos, el uno en prosa y el otro en verso, son los cantores de esta raza altanera y noble que, de aventura en aventura, cruzó mares y descubrió mundos. En la entraña de casi todas las novelas de Baroja, como en los versos de Marquina, están latentes nuestras dos condiciones, tal vez nuestras dos únicas condiciones bien definidas, rotundamente acusadas en los anales de la historia, y que desde edad remota han subsistido y en lo venidero á buen seguro subsistirán: las dos condiciones que tiene el alma castellana, que es mitad mística y mitad heróica. Baroja canta la anómala vida de los pícaros, de los hampones, de los que luchan con la miseria y con el ideal;

pero sus personajes, que son modernos, que ansían una renovación social, que desean innovar hasta las costumbres, tienen una veta artística castiza, de acuerdo en absoluto con el espíritu que animó la literatura del siglo XVI y del siglo XVII. Marquina también canta la España de ya muertas edades. En cada uno de sus versos, que tienen el mismo elegante corte de los que escribiera Horacio, hállase idéntica noble masculinidad —masculinidad espiritual—á la de los hombres á modo de Rodrigo Díaz de Vivar y á la de las mujeres á la manera de Teresa de Cepeda. Todos ellos llevan en sí, como su más preciada ejecutoria, muestra no débil de esta raza añosa, acaso herida, pero que aun tiene alientos... Juan Más y Pi estudia la personalidad literaria de Marquina, y casi sin sentirlo pasa á analizar las tendencias —sociales y morales—que predominan en la obra del más acabado, del más completo poeta español. Como final he de citar, y como merece elogiar, dos ideas vestidas con prosa en verdad admirable. Una de ellas se refiere á lo que es causante de nuestra decadencia y la otra á la modalidad del medio actual en Francia. Estas dos ideas acusan el haber ahondado mucho y de manera

muy sutil en cuanto conforma esta época, que, dicho sea de pasada, es de una absoluta inestabilidad. Juan Más y Pi puede preciarse de su bien escrito libro *Letras españolas*. Es una obra que contiene tan atinadas observaciones, tan exactos análisis, que el recuerdo que ella deja en la memoria con facilidad no cae en el olvido...

II

Los mercaderes del ideal.—Influencias del Norte.

> ¿Hasta cuando, oh simples, amaréis la simpleza; y los burladores desearán el burlar y los insensatos aborrecerán la ciencia?
>
> *Proverbios, cap. 1, versículo 22.*

A más de uno, acaso, ha de extrañar que al comienzo de este ensayo—con énfasis, digno de emplearlo en beneficio de mejor causa, llamémosle así—coloque el versículo que arriba queda inserto, del que hice acotación al leer el libro ya citado, que es uno de los libros más literarios y de mayor valor artístico de cuantos componen la Biblia, máxime cuando, en él, he de señalar, aunque sea muy someramente, la totalidad del desarrollo de una marcada tendencia intelectual que, si al nacer á la vida fué sana, se encuen-

tra hoy en absoluto prostituída por esos mercaderes de volúmenes que, sin aprensión alguna, se llaman, ó se hacen llamar literatos.

Esta marcada tendencia intelectual denomínase naturalismo. Fué nacida en Francia cuando aún, en ella, quedaban restos gloriosos de aquel movimiento romántico, iniciado en Alemania unido al nombre esclarecido de los hermanos Schelegel—que no fué más, aunque otra cosa digan los interesados en dar como real lo inexacto, que una reacción contra la forma y el fondo, de la literatura neoclásica del siglo XVIII. El naturalismo al llegar á su más completo desarrollo, mostróse atildado y correcto con Flaubert, exquisito y tierno con Daudet, enérgico y vigoroso con Maupassant: esta gran trinidad que, en absoluto, encauza el gusto de la época después de haber estado, éste vacilante los años en que, de la memoria, aún no habíanse escapado los recuerdos de una literatura ardorosa y exaltada como la de Hugo, la de Lamartine, la de Chateaubriand, que altiva resista los embates de aquellos precursores de la nueva escuela que llamáronse Bernard, Taine, Sainte-Beuve, Balzac, de cuya obra arranca toda la novela moderna... Después de la trinidad naturalista de Flaubert, de

Daudet, de Maupassant—que vivirá eternamente—viene, salvo excepciones dignas de consideración, un número crecido de escritores que se complacen en retratar, pues el cuadro no tiene la idealidad de una pintura sino la fidelidad de una fotografía, los medios más ruines, más abyectos, como si el naturalismo sólo buceara en los bajos fondos de la sociedad. Al escribir lo preinserto acuérdome de Zola. Emilio Zola es un enamorado de las miserias humanas. Toda su obra, que acusa una fuerza ideológica aun con apasionamiento juzgada, se basa en detenidos estudios fisiológicos que, en más de una ocasión, caen en patológicos. A veces en sus novelas, muchas de las cuales son maravilla de habilidad en materia de observación, se muestra demasiada licencia en el desarrollo de los cuadros que describe y excesiva crudeza en el manejo del léxico que emplea, tanta, que repetidamente rebasó los límites que demarcan la decencia.

En España sucedió lo mismo. La escuela romántica, que fué iniciada por García Tassara, Pastor Díaz, Arolas, continuó, luego, unida á los nombres, aun hoy venerados, de Saavedra, de Espronceda, de Zorrilla, de Becquer que distínguese, entre todos, por la honda

tristeza que lleva en la entraña cuanto su inspiración produjo. Años después de promediar el siglo XIX hizo su aparición, provocando vivas discusiones, el naturalismo, que es un movimiento intelectual importado por Francia, fué, al poco tiempo acogido con gran entusiasmo por cuantos, aquí, dedicábanse al cultivo de las letras. Al calor de ese entusiasmo nació á la vida un crecido número de escritores que vieron en él, no sólo un valladar en el que se contuvieran las demasías que, en la forma y en el fondo, cometían los románticos, sino también el ansiado ideal, en ellos latente, de reivindicar la realidad del cúmulo de inexactitudes conque habíala manchado el loco desenfreno de ciertos calenturientos cerebros... Los nombres de los que ennoblecieron la nueva modalidad artística son de sobra conocidos y están, justificadamente, respetados. Citarlos de nuevo, es unir, á los harto sabidos, más adjetivos ditirámbicos.

La obra, en España, del naturalismo es un renacimiento de mentalidades dormidas ó, simplemente, aletargadas por la insulsez ambiente en la primera mitad del sigo XIX. El romanticismo, con sus locos entusiasmos y con sus líricas exaltaciones, no logró, ni en mínima parte,

galvanizar el cadáver de la literatura, muerta á mano airada, por escritores que, en vez 'e masa encefálica, llevaban en la cabeza un ladrillo refractario. Pero la escuela realista—que así fué como aquí se la llamó—más nutrida de recia médula, más llena de ansias de violenta acometividad, debido á la mayor robustez del haber mental de los que de ella fueron sus decididos defensores, conmovió prestamente á todos los que al cultivo de las letras dedicábanse. Doña Emilia Pardo Bazán—que, dicho sea de pasada, es uno de los escritores en quien la pureza de su rico lenguaje se une á manifestaciones de una gran fuerza ideológica no del todo comprendida por el sistemático detractor que tuvo en *Clarín*, que á veces cegábale irrazonada animosidad—es, quizá, la que más trabajó por aclimatar en esta bendita tierra, reacia á toda innovación, el realismo. Algunos otros literatos, dignos siempre de mencionarse con adjetivos elogiosos, dieron con sus producciones—al comienzo discutidas; luego unánimemente acogidas con palabras ditirámbicas—muestra de abrazar, entusiastas, la recién llegada escuela. Aquí deben citarse porque sus libros son descriptivos, sintomáticos, de las tendencias realistas, los nombres de Palacio Valdés, de Picón, de

Alas, de Pereda, de Blasco Ibáñez, de Baroja, de Retana. Dejo intencionadamente á Galdós para el lugar último. Galdós, aunque no es un Balzac—como asegura Ramón Pérez de Ayala, que es un escritor de sereno juicio, pero que en este caso se le ofuscó una no bien valorizada admiración—tiene en su haber una labor honda, intensa, aunque á veces descarriada en ideas, equivocada en finalidad. Además, y esto lo anotaré para su mayor gloria, Galdós es el precursor, en España, de la moderna dramaturgia.

¿A qué seguir, paso á paso, el desarrollo del movimiento realista? Marcaré porque ello así conviene á este estudio, la aparición en el mundo de las letras, de Felipe Trigo que, desde su primer libro, dió vida á un género. ¿Es ó no literatura este género? En el caso de Felipe Trigo, sí. Toda su obra, que es extraordinariamente discutida, lleva en su entraña, un fin noble, un extremo elevado: el de la dignificación del amor, de esa divina tontería que se llama amor. Después de Trigo aparecen, sumándose á la literatura por éste iniciada, Rafael López de Haro y Alberto Insúa. La obra, en conjunto, de López de Haro no es armónica. Acusa cada una de sus producciones una tendencia diversa que la conduce hacia

una bien distinta finalidad, tanto en el terreno artístico como en el social. Con la obra de Insúa sucede lo mismo, aunque se debe confesar que algunas de sus novelas, aquellas precisamente que en lo externo más hablan á favor de la pornografía, tienen un alto sentido de la moralidad.

Después de López de Haro y de Insúa, que aunque no son descarados imitadores de Trigo, como lo es Leyda de Baroja, le siguen muy de cerca en modalidad artística, hicieron acto de presencia en la vida literaria un crecido número de sujetos atacados de tal desaprensión intelectual que sólo puede medirse con esa otra desaprensión personal, de la que á diario dan fehacientes muestras. Prueba evidente de esto, que dicho queda, son sus libros de estructura tan espantosamente disforme como la aciaga mente que, en un instante de vesania, ha hecho al mundo, á la historia literaria de una nación, el deshonor de concebirlos.

En modo alguno estos escritores—llamémosles así—tratan de encubrir su pecaminosa mercancía con apariencias artísticas ó sociológicas que, en cierto sentido, neutralicen los cientos y cientos de crudezas que al través de las páginas de esos volúmenes se dicen sin la más in-

significante delicadeza en el lenguaje y sin el menor asomo de originalidad en la trama, que á ellas da lugar. ¿Por qué...? La respuesta no es difícil el hallarla. Toda esta obra, que ni como literatura debe considerarse, no responde más que al insano prurito de crearse una equivocada notoriedad, como ese desdichado de José María Carretero—desdichado desde una mira intelectual—que después de hacer que sus mal llamados libros ostenten como incentivo una licenciosa y antiartística cubierta aun comete la redundancia de poner bajo el título, que está calcado de una obra editada, en fecha muy próxima, por la casa Pierre Lafitte, de París, el añadido de «novela de perversión». La literatura de José María Carretero—ya he dicho que de algún modo se ha de llamar á lo que hace—como la de Germán de la Mata, la de Justo González y Hervás, la de otros cuya cita sería una mancha, trae, á manera de consecuencia dolorosa, la aplicación inmediata del ya famoso 606. ¿Qué lector, después de hojear lo producido por alguno de los autores aquí mencionados, no siente la invencible necesidad de «entablar conversación» con la primera mujer sana ó avariosa que encuentre más á mano...? Todos los libros de Carretero, que

no son, ciertamente, modelos dignos de ser imitados, están escritos en beocio, en una galiparda mal sonante, reñida de manera rotunda, con el castellano. Enumerar una á una las faltas gramaticales que en ellos se observan, sería labor que rebasaría los límites de lo natural y corriente. Débese, sin embargo, hacer notar que en casi todos los párrafos, aunque éstos no consten más que de un par de líneas, se quebrantan de una manera ó de otra, las leyes más elementales de la concordancia, que es necesario sean las más respetadas en buena sintaxis. ¿A qué seguir citando defectos cuando cada libro es un solo defecto? Decididamente, y digo esto sin rubor alguno, el señor Carretero—cuyo apellido debía adjetivarse—posee para escribir los mismos conocimientos que se pueden necesitar para servir bocks de cerveza en cualquier bar de la Plaza de Santa Ana... José Juan Cadenas sabrá perdonarme el que parafrasee lo dicho por él, con tanto humorismo, á ese desdichado choto de René Millet, el colaborador de «Excelsior».

Entristeceríame el ánimo que, por un momento, se creyera que abominaba de la literatura llamada erótica. Prueba fehaciente de que no he de hacerlo nunca, cuando esa literatura lleve en la entraña

una veta de arte, es el elogio que, de pasada, hago de Felipe Trigo y de sus sucedáneos Rafael López de Haro y Alberto Insúa. Estos llegan á la descripción de un acto fisiológico, como hacía Zola, con el deso de hacer arte ó con el ansia de valorizarlo en sociología, que es del lado de que cae toda la obra moderna, nunca llevados del afán de producir el espasmo en el lector á la manera de ese señor Carretero cuyas obras son una especie de píldoras Pink para los impotentes... Toda la literatura de los momentos actuales está atacada de un bien caracterizado morbo sensual. Atreveríame á decir, sin miedo error, que los libros en los que la carne con violencia no hable, están en lamentable minoría. ¿ Debido á qué causas ? Es difícil, en extremo, señalarlas de manera clara, terminante. Cada uno á buen seguro, las ha de encontrar en hechos rotundamente 'isimilares, diametralmente contrarios. Podría, sin embargo, decirse, pues es cosa ya de muchos sabida y por alguno con exactitud anotada, que parte, y no escasa, de estas causas, son debidas, por lo común, á modalidades de una índole exclusivamente temperamental, que hay que considerar en todo su valor por lo que ella, á veces, representa de nuestra idiosincracia.

La novela erótica es la novela de la vida, porque en la vida el problema sensual entraña tan serios cuidados como el problema social. Debe admitirse, sin reserva mental alguna, este género literario cuando lleve un aroma de arte, que sea lo suficientemente intenso para debilitar los hedores que exhalan los hombres y las cosas que muestre al desnudo La novela erótica es la novela del amor, de los amores que todos vamos viviendo, llenos de desengaños, aunque á veces estos desengaños se olviden para que se entronice la alegría, una feroz alegría, que es otra modalidad del desengaño.

Pero, en cambio, lo verdaderamente repugnante es la novela obscena, que no se hace por ninguna sentimentalidad sino por mercantilismo, como en el caso de ese señor Carretero. Yo espero que este mercader de la literatura, viendo que sus libros no se venden, aunque en las cubiertas ponga una de las postales que, con muy buen acuerdo, ha mandado recoger la flamante Liga antipornográfica, mande ofrecerlos, de manera misteriosa, á ese hombre de rostro cetrino y luengas barbas que de siete á nueve pasea con un atado de volúmenes bajo el brazo, por la esquina en que confluyen la calle de Alcalá y la Puerta del Sol. El tiempo, que

es el que muestra las verdades, lo dirá. Palabra.

Pío Baroja es uno de los representantes más ilustres de la actual literatura. Como ya he dicho, todo cuanto su maravillosa inteligencia produce tiene una veta artística castizamente castellana. Y, por lo tanto, su amor á Castilla, á esta hidalga tierra que tiene un romancero que es envidia y admiración de las demás naciones, se traduce hasta en sus más nimios actos. Un acto suyo, y no nimio por cierto, es en momentos difíciles, el de la publicación de un artículo, modelo por todos estilos, que titúlase «España, Alemania y Francia». En dicho artículo, que es muestra de su vasta cultura, hace ver, de manera en que no hay lugar á que se entronice la duda, que los méritos de Francia, si se los compara con los de la actual Alemania, son muy mediocres. Todos los inventos, absolutamente todos, que han revolucionado á las ciencias, que han abierto nuevos caminos al arte, son nacidos en Alemania. El espíritu francés del día, como dice Baroja, es demasiado frívolo, demasiado superficial para ahondar en la entraña. Con elegancia, que no es posible negar, va vistiendo el pensamiento ajeno, va dando más adecuada forma indus-

trial á aquello que no ha germinado sobre su tierra y bajo su sol. En casi todos los dominios del saber el haber alemán está mucho más nutrido que el francés. Y, sin embargo, se ha dado el caso, se da el caso, de que toda la mentalidad española del siglo pasado y de los comienzos del presente se ha vaciado en el cuño de las individualidades que han creado el ambiente en Francia. El desacierto de los españoles, según Baroja—y á esta idea de Baroja me sumo—, ha sido el de no ir á buscar más lejos, á las verdaderas fuentes, nuestra cultura, cuando, como en dicho artículo se dice, en el cambio científico é intelectual entre Alemania y Francia, Alemania ha sido la que aportara más valiosos nombres unidos siempre á inventos notables en las ciencias y á obras inmortales en los artes (1).

La literatura alemana, desde aquellas primitivas leyendas escandinavas coleccionadas por Sigfusson, ha corrido una senda ascendente que hoy, al volver hacia atrás la mirada, se ve que es gloriosa. Todos los movimientos literarios han

(1) Enrique Gómez Carrillo ha negado de modo rotundo, cuanto Baroja dice en el artículo de que hago mención. El culto cronista, en su deseo de valorizar lo que él admira, ha caído en bien definidas inexactitudes.

sido iniciados en Alemania. El caballeresco lleva en su historia nombres como el de Wolfran de Esclenbach y el de Godofredo de Estrasburgo, autor definitivo del romance poemático «Tristán é Iseo», que luego aprovechó el genio musical de Ricardo Vagner para leyenda de una de sus más maravillosas obras; el Renacimiento tuvo sus precursores en el satírico Sebastián Brandt y en Fischart; el romántico, en los hermanos Schelegel, de quienes con tanto elogio habla la Staël y Federico Schiller, que, como dice Navarro Ledesma, encuéntrase en el punto medio entre Calderón y Víctor Hugo, aunque es más idealista que el primero y menos monstruoso que el segundo... La literatura alemana es la última que ha ejercido influencia en Europa, una influencia honda, potente, eficaz. Para confirmar este aserto están los esclarecidos nombres de sus filósofos, el nombre ilustre de los Kant, de los Fichte, de los Scheellino, de los Hegel, de los Herder; el de sus historiadores, como Niebuhr y como Winckelmann; el de sus críticos, como Lessing. Viniendo de la literatura á la ciencia, se observa igual preponderancia de Alemania sobre Francia. Baroja dice que todos los descubrimientos hechos en estos

últimos años en histología y en microbiología tienen nombres de médicos alemanes. Si tuviera para ello suficiente cultura, haría una escrupulosa comparación, adjudicando á cada país la parte que le corresponde en los progresos de la civilización. Mas no puedo, ni es este lugar para ello adecuado...

Desde la mundialidad descenderé á la nacionalidad. Aquí, en España, los movimientos de innovación han sido iniciados y sostenidos continuamente por escritores hijos de tierras norteñas. Pío Baroja es del Norte. Del Norte también son los que le antecedieron: Alas, Palacio Valdés, Altamira, Pardo Bazán, Canalejas. La mayoría de los que forman las dos generaciones hoy en combate vieron la luz ó fueron educados en suelos eternamente verdes y bajo cielos continuamente plomizos. ¿Puede compararse la recia mentalidad de un Bueno, de un Maeztu, de un Varela, de un Unamuno, de un Valle Inclán, á la de alguno de los escritores del Mediodía, haciendo la excepción de Martínez Ruiz? No. Y si venimos á los escritores más modernos pasa lo mismo. Toda la obra de los escritores de tierras de sol cae al recordarse los nombres de los Candamo, de los González Blanco, de los Canitrot, de los

Amado... Claro está que hay excepciones honrosas, muy honrosas, pero muy contadas. Lo general es que el Mediodía dé escritores, es decir, individuos como el Díaz de Argandoña, que gustoso recomendaría á Muruve.

Debemos, como dice Baroja, desafrancesarnos ya, y de una vez, para siempre. Todo nuestro carácter intelectual tiene más relaciones con los alemanes. De Alemania nos ha de venir la luz directamente. Prueba de ello es la reciedumbre de las mentalidades castellanas allí educadas...

III

Breves apostillas á una obra de Rojas Zorrilla, y comentarios á su refundición.

El teatro Español, siguiendo una costumbre tan inveterada que alguno la creyera ley, ha comenzado la actual temporada con el reestreno—llamémosle como indican los amantes del idioma castellano—de una obra del ciclo clásico. La obra elegida, para este trascendental acto, ha sido el drama admirable del cien veces admirado toledano don Francisco de Rojas Zorrilla, que lleva por título, según reza la colección de escritores españoles, editada por la casa Rivadeneyra, que tengo á la vista, *Del Rey abajo ninguno y el labrador más honrado, García del Castañar.*

Don Francisco de Rojas Zorrilla era, á decir de viejas crónicas, mozo aún cuando, sin más bagaje que su talento, llegó á Madrid. De desconocido, así que hubo transcurrido un corto espacio de tiempo, se convirtió en uno de los escritores más considerados, por su asombrosa fecundidad y por su peregrino donaire, de cuantos vivían cerca de aquella poética corte de Felipe IV. Prueba fehaciente de ello es que en los relatos que todavía se conservan en el archivo histórico nacional, de las espléndidas fiestas palacianas, algunas de las cuales se debe al ingenioso artífice, traído á tierras de España por deseo expreso del Rey, Cosme Lot, le hallamos frecuentemente citado alternando con Calderón, Mendoza, Velez de Guevara, Coello, Montalbán, Mirademescua, Villayrán y demás que compartían el favor y hasta las gratas tareas literarias del monarca que se rodeó en los felices años de su largo reinado, de los más grandes artistas habidos en esta nación antaño colocada, merced á sus escritores, en tan elevada zona mental, que era el cerebro de Europa, aunque para ello luchaba con su desfavorable situación geográfica.

El teatro de don Francisco de Rojas Zorrilla se debe estudiar con esmerado

detenimiento. Hay en él muestras que, con violencia, acusan el momento inicial de la evolución escénica hacia una nueva escuela que luego, según dice Gil de Zárate que, además de hacer dramas que alcanzaron gran popularidad y le dieron justo renombre, tenía bien despiertas las cualidades de sagaz crítico, perfeccionó hasta llegar á lo inverosimil, aquel monstruo de recia mentalidad que en vida llamóse don Pedro Calderón. Este aserto, que á buen seguro es fruto de un minucioso examen, en nada contrasta con lo dicho, á propósito de las obras del escritor toledano, por el sabio Ticknor ni con lo que en sus notables estudios acerca de la literatura castellana anota el alemán barón de Schact—que es quien, dándole ejemplo á no pocos españoles, ha dedicado una parte de los años mejores de su existencia á hacer detenidos análisis de cuanto informa nuestro teatro para luego poder juzgar, éste, con absoluto conocimiento de causas... Gil de Zárate, que como dicho queda merece entero crédito por su fina observación, señala á Rojas como el primer poeta dramático que, de manera lenta, empezó á apartarse de la sencillez y naturalidad de los anteriores. ¿A qué se debió este hecho? La respuesta á la interrogación, es sólo una que,

aunque ya un lugar común para los que cultivan el vasto é ingrato campo de las investigaciones literarias, debe citarse porque es de donde, en realidad, arranca el cambio, por todos observado, en las obras de nuestros más preclaros ingenios en esos años del siglo XVII.

Este hecho, de una inesperada innovación en nuestra escena, lo causó la violenta intrusión en toda la literatura del culteranismo que á la poesía lírica llevó Góngora. Góngora fué el precursor de esta escuela, que hubo de deslucir nuestra dramática aunque no pudo, en nada, abatirla por ser mucha la reciedumbre que había adquirido desde que Lope de Vega, con la maravilla de su talento que iba á compás de su asombrosa fecundidad la dotó de lo que su pluma produjo. El culteranismo, sin embargo, no llegó á entronizarse en el teatro del modo que lo hizo en la poesía lírica. Tampoco este género literario era, para ello, adecuado. El teatro necesita siempre más claridad que las obras destinadas simplemente á la lectura porque en él no se da lugar á la reflexión ni, como en estas, puede el espectador volver atrás para estudiar lo que no ha comprendido. Debido á dicha causa en las obras escénicas no fué del todo admitida la afectación en las palabras ni la

obscuridad en las ideas á la manera verdaderamente exagerada, que lo fué en la lírica, después de ser inficionada por Góngora. Claro está que hay algunas excepciones que, por lo que pudieran tener de descriptivas, merecen anotarse. Una de ellas es la de Alarcón, que, sin pretenderlo, fué de quien Moliere aprendió á hacer comedias, según declara en una carta que escribió á Boileau, el que en una obra que pasa por suya, *El tejedor de Segovia*, narra una batalla en octavas reales, en las que, por su hinchado estilo y por sus absurdas metáforas, parece que quiere dejar atrás al más conceptuoso, altisonante y embrollado de los escritores de aquella época. Otra de estas excepciones es D. Juan de Mátos Fragoso, que, aunque fué uno de los poetas dramáticos de más delicado gusto, se contagió con la nueva escuela hasta mostrarse en sus dramas en extremo «gongorino»; pero sus obras cómicas ofrecen, como le sucede á las de Rojas, más naturalidad, abundando en escenas jocosas, en diálogos picarescos y en sales y agudezas, aunque no suele á veces guardar la decencia debida.

Todo el teatro, sin exclusión de obra alguna, de D. Francisco de Rojas Zorrilla yacía en el olvido. De él, poco

á poco, le fueron sacando hasta rehabilitarlo por completo escritores de la valía de Hartzenbusch, de Fernández Guerra, de Mesonero Romanos, siguiendo las exploraciones realizadas en la producción del autor toledano, como en otras muchas que á ellos deben el ser en la actualidad conocidas, Lista, el exacto definidor de algunos poetas de la centuria anterior á la de su vida, y Martínez de la Rosa, que, además de haber proporcionado á la escena española con sus dramas de bien raros méritos días de gloria, era investigador de nada superficiales conocimientos en materia de erudición. Ciertamente, no fué éste sólo el motivo por el que parte de de las obras de este hoy celebrado ingenio son conocidas de las gentes. Hay otros. Entre ellos, y me parece el más sólido, el de que el gran actor Isidoro Maiquez escogió como instrumento de dos de sus más legítimos triunfos escénicos *Del Rey abajo ninguno y el labrador más honrado*, *García del Castañar*, que brillaba en primera línea al lado de *El rico hombre de Alcalá*, de Moreto, siendo el drama de Rojas considerado desde entonces como el más popular y simpático del teatro español y el más completo y acabado cuadro de su hidalguía y poético ca-

rácter. Al modesto y profundo escritor D. Dionisio Solis, que fué quien con entusiasmo le colocó en manos del Roscio español, y á la sublime inspiración de este gran genio en interpretarle dignamente debe Francisco de Rojas Zorrilla, sin duda, su póstumo renombre.

Después de Calderón es Rojas, entre todos los dramaturgos de aquella época, el que tiene más nervio. Hay determinados conceptos, como el del honor, que en el teatro del escritor toledano hállase vinculado en la ideología ambiente de los años en que vivió, que tal vez para el modo de pensar de los humanos en los momentos actuales sea en absoluto absurda, mas no cabe negar que había en ella una rudeza briosa, una sana virilidad, de la que hoy, por desgracia, se carece, y se carecerá aun más si ciertas doctrinas devastadoras de ideales, como la socialista, anquilosan la iniciativa individual, con el fin insanamente preconcebido de anular todo cuanto se destaque de ese gris de lo colectivo en que quieren hacer morir las inteligencias... Toda la obra de Rojas—desentendiéndose desde luego de lo que no es más que un engendro escrito en un instante de desequilibrio mental, como *El falso profeta Mahoma*, en el que el pensamiento

se alambica hasta lo increible y en el que las frases se atormentan para que adquieran giros violentos, que, á veces, deslumbran cuando caen en poder de un actor de voz hermosa y campanuda que sabe declamar con énfasis las altisonantes relaciones—, toda la obra de Rojas, repito, tiene una cierta secreta trabazón con la de Calderón. A las dos las informan un idéntico espíritu que, á lo largo de ellas, aroma hasta las palabras. Esto es evidente, puesto que los caracteres centrales que soportan y animan *El Alcalde de Zalamea* y *García del Castañar*, por ejemplo, en los personajes ejes de la acción de ambos dramas, es completamente igual... Lo que inserto queda no es decir, como algún crítico, entre ellos Mesonero Romanos, dice, que en la obra de Rojas se observan, á poco que el investigador se detenga, ciertas analogías en los argumentos, en las situaciones, con otras de autores esclarecidos. El mismo Mesonero Romanos hace ver los puntos imantados que hay en *García del Castañar* y en *Luna de la Sierra*, de Vélez de Guevara, con acierto, digan sus sistemáticos detractores lo que les venga en gana, refundida por Cristóbal de Castro. Debe comprenderse, y seguramente así ya se habrá comprendido, que

toda la producción de una determinada época, creada para retratar un mismo cuadro, ha de adolecer de ciertas involuntarias analogías, porque lo que lleva en la entraña son las ideas en boga en esos años, que, después de recorrer un penoso tránsito, se fueron convirtiendo en hábitos sociales. El contexto de todos los conflictos debía ser idéntico por no admitirse más que un solo postulado moral, y éste tan estrecho, tan rígido, que era imposible de todo punto darle maleabilidad alguna. Dadas estas causas, de una índole vinculada en la exacta visión del pasado, deben desecharse, de modo rotundo, premeditadas coincidencias. ¿Acaso Moreto al componer *El desdén con el desdén*—que, dicho sea de pasada, con *El Tetrarca*, de Calderón; *La verdad sospechosa*, de Alarcón, y el *García del Castañar*, de Rojas, forman la base en que orgullosa puede descansar la gloria del teatro clásico español—pudo tener presente *Los milagros del desprecio* y *La hermosa fea*, de Lope de Vega, y *Celos con celos se curan*, de Tirso de Molina? No. El afirmarlo con sólidos fundamentos sería aventura de la que costaría trabajo salir honrosamente...

García del Castañar es la obra más conocida de Rojas. De ella, de manera

rotunda, ha de decirse que se salvó del olvido porque en su entraña hállase latente, en toda su noble grandeza, el verbo de esta castellana raza, mitad mística y mitad caballeresca. La idea central que la anima es, si se ha de rendir culto á la verdad, bastante vieja, y está harto explotada por cuantos en aquellos años escribían. Pero ya he anotado, y creo que en forma sobradamente razonada, que esto no es un serio defecto, dada la época en que por vez primera se representó, y, además, teniendo en cuenta la integridad de conciencia que en aquel tiempo aun era frecuente en nuestros escritores.

¿Es hoy, dado lo que informa el presente conglomerado social, valorizable la idea eje de este drama? Podría, sin miedo á equivocarme, asegurar que no. Digo lo que antecede de un modo condicional al observar que el público con entusiasmo aplaude los efectos que nacen al calor de dicha idea, lo que hace creer, como dice Manuel Bueno, que es, entre los actuales, uno de los escritores de más aguda perspicacia, que esos calurosos aplausos sean, tal vez, un eco del parentesco íntimo de los personajes con los espectadores... Todo *García del Castañar* está escrito en un estilo culto, flúido,

y los pensamientos encerrados en los versos dulces y fáciles y sonoros tienen robustez y elevación, abundando en rasgos magníficos, sublimes. Dice Gil de Zárate que casi se podía asegurar no ha habido ningún dramático, de los nuestros, que haya dado pinceladas más firmes y vigorosas ni haya sabido prestar tanta energía á los caracteres. Prueba bien fehaciente de ello son algunos pasajes de esta obra inmortal, cuyas palabras tienen un espíritu que ante nada se abate, que es el mismo espíritu de la raza, férreo, indomable... Tiene el drama de Rojas un aire cálido de vehemencias humanas que, aunque es común á la mayoría de las producciones escénicas escritas durante los siglos XVI y XVII, muéstrase en ésta de manera más violenta; tan violenta, que para encontrarle algo, en algunos puntos semejantes, habría que traer á la memoria el recuerdo de determinados personajes de las tragedias griegas, en los que el ímpetu pasional, ya rotos los frenos de las conveniencias sociales y de las enseñanzas morales, se desborda, magnífico de iracundia y de cólera.

Para poder juzgar la obra de este escritor sin caer en errores, preciso sería instalarse espiritualmente en aquella época. De esta manera se podrían valorizar

de un modo exacto todas las ideas que á buen seguro habían de nacer, como en la actualidad acaece, de las costumbres. En el presente momento—dicho sea con el ánimo lleno de tristezas y de amarguras—no se sienten esas ideas vinculadas en el honor, salvo contadas excepciones, de la forma brutal, por ser instintiva, que sentíanse en el alborear de la Edad Media. La civilización, que todo lo transforma, ha impuesto una medida á nuestros sentimientos y una disciplina á nuestras pasiones, acomodando los unos y los otros al modo de sentir ambiente de estos días en que vivimos. Claro está, y ello á nadie se le oculta, que á veces el fuego central del instinto reduce á escombros y cenizas cuanto es obra de la educación y de la cultura. Para demostrarlo encuéntrase en la tercera plana de todos los diarios una bien repleta sección de sucesos...

Aun en el vestíbulo del teatro Español, la noche en que se inauguraba la temporada, acercóse á mí un escritor, alejado desde hacía algún tiempo de Madrid, que ha dado inestimables pruebas por su sana

labor en periódicos y revistas y por sus bien documentados libros de crítica literaria é histórica, de hallarse sobradamente capacitado para formular juicios, aunque éstos, debido á su especial índole, no se ajustan á las reglas al uso, diciéndome con acento hondo de dolor:

—¿Has visto?... ¡Qué desastre!...

—¿El qué?—le interrogué á mi vez, muy asombrado por sus súbitas palabras.

—La refundición de la obra de Rojas... Decididamente el Sr. Cabello Lapiedra tiene la cabeza como las dos últimas sílabas de su segundo apellido.

—Eres demasiado cruel.

Callamos. Así, en silencio, recorrimos un corto trecho de calle. Las nubes, que ennegrecían el cielo, se deshacían en menuda lluvia. En aquella hora de la noche, y por lo desapacible del tiempo, no tuvimos otro remedio, para combatir el hastío, que recluirnos en un café. Todas las mesas hallábanse ocupadas. En torno á una de ellas, perdida en un rincón, se sentaban varios escritores, acompañados de dos ó tres sujetos, cuyos nombres, por lo equívoco de sus vidas, manchan los labios. Decididos á matar en cualquier forma el tedio que sufríamos después de escuchar la refundición de la obra de Rojas hecha por el Sr. Cabello Lapiedra,

aceptamos la invitación que amablemente nos hacían á sentarnos en su mesa.

Ya en ella, fué tema casi obligado de conversación la escasa probidad literaria demostrada por el refundidor de *García del Castañar*. Todos cuantos allí encontrábanse reunidos, entre los que se hallaba una de las figuras con más justicia elogiadas de la actual literatura castellana, unánimemente censuraban, con una acritud de que no hay ejemplo, las demasías cometidas en casi todos los actos, de modo especial en los finales del segundo y tercero, por el Sr. Cabello Lapiedra. Mi amigo, poco después, comenzó á hablar. Y á los defectos antes anotados añadió otros, que para muchos habían pasado desapercibidos, entre chispeantes frases que levantaban tempestades de sonoras risas.

—Decididamente—dijo como resumen de sus palabras—el Sr. Cabello Lapiedra tiene la cabeza como las dos últimas sílabas de su segundo apellido.

Ruidosa carcajada acogió esta ingeniosa frase. Procuré con razones lógicas poner un valladar á las acres censuras, ya desbordadas. A mi calurosa defensa respondían todos los del grupo, llevando al frente á mi amigo, que para refundir una obra del teatro clásico es necesario tener

la cultura de un Menéndez y Pelayo ó de un Rodríguez Marín y el exquisito gusto de un Valle Inclán ó de un Fernández Villegas. Ante la fuerza de esta gran verdad me rendí.

Para refundir, con acierto, una obra del teatro clásico es necesario tener la cultura de un Menéndez y Pelayo ó de un Rodríguez Marín y el exquisito gusto de un Valle Inclán ó de un Fernández Villegas. ¿El Sr. Cabello Lapiedra reúne alguna de estas dos cualidades citadas? No. Esta rotunda negación la hago después de leer la obra del escritor toledano D. Francisco de Rojas Zorrilla, que hállase á la cabeza de las del mismo autor, en la «Colección de escritores españoles», editada por la casa Rivadeneyra, *Del Rey abajo ninguno, y el labrador más honrado García del Castañar.*

¿Cuál es la obra de un buen refundidor? Difícil es contestar. Ha de decirse, sin embargo, que la labor de un buen refundidor debe de ser, antes que ninguna otra, la de depurar. El diccionario, entre varias acepciones, da de la palabra «refundir», que es de estirpe latina, la de «dar nueva forma y disposición á una comedia, discurso, etc.» Dar nueva forma y disposición á una comedia es, en términos lógicos, realizar un trabajo de depu-

ración. Toda obra refundida debe encontrarse libre de defectos. ¿A qué, si no, enmendar al autor?... El Sr. Cabello Lapiedra, en un artículo que es modelo de vulgaridad, pretende defender, con un ejemplo divorciado de toda razón, el no haber hecho desaparecer de la obra de Rojas las palabras anacrónicas que en ella se emplean. ¿Sabía el Sr. Cabello Lapiedra que esas palabras eran anacrónicas antes de decírselo D. Alejandro Saint Aubin? Me atrevería á asegurar que no. A saberlo, habría enmendado al ingenio toledano las faltas que, luego de estrenar la refundición, han descubierto sabios críticos. Porque, como ya he dicho, la labor del refundidor ha de ser la de restablecer á la verdad hechos históricos falseados por ignorancia ó simplemente por olvido en un instante de calor poético, en el que había de utilizarlos como materia de sus producciones. El refundir con el único deseo de figurar con una cantidad más elevada en las liquidaciones de la Asociación de Autores acusa muy dudosa moralidad...

Además—y esta es una de las más serias dificultdes para lograr una buena refundición—hay que saber hacer vivir las palabras en los años en que acaecen los actos que traducen. ¿Todas las pala-

bras pueden valorizarse hoy como se valorizaban en el siglo XIII? No. En el siglo XIII las palabras tenían un distinto valor del que tuvieron luego en los años del reinado de Felipe IV, porque la sociedad regíase por otros principios que aquí no he de señalar. Rojas no tuvo esto en cuenta por ignorancia ó por olvido. Utilizó también palabras que no existían en la época en que instaló á los personajes que en el desarrollo de la acción de su drama intervinieron. El señor Cabello Lapiedra, en el citado artículo, disculpa estos defectos de la obra de Rojas diciendo que á buen seguro fueron cometidos en un instante de entusiasmo poético ó por buscar consonante á algún verso. ¡Donosa disculpa!... ¿Entonces, los dislates de Fernán Félix de Amador, ese titiritero de la poesía, deben aplaudirse?

El Sr. Cabello Lapiedra ha hecho que la obra de Rojas, en determinadas escenas, pierda fuerza y que los caracteres de los personajes no ostenten aquella noble virilidad de que el autor toledano les había dotado. Ricardo J. Catarineu, con acierto, ha señalado estas diferencias, añadiendo además que *García del Castañar* se ha representado cientos de veces sin refundir y que no cansaba á nadie de

los que lo escuchaban... Creo lo mismo. Ninguna falta hacía que el Sr. Cabello Lapiedra atentase contra la obra magistral del elogiado ingenio D. Francisco de Rojas Zorrilla.

IV

En las librerías y en los escenarios.

Un libro de Benavente.—Prudencio Canitrot, cuentista.—El denunciador Macías del Real.—Renacimiento de la crítica.—Jacinto Octavio Picón.

De Jacinto Benavente, sólo con elogio puede hablarse. A su pluma se deben, y en el transcurso de no dilatado tiempo, algunas de las más bellas producciones, de las más geniales obras que han de ilustrar y en noblecen, de manera no común á todas las épocas, las páginas en que se historie la literatura escénica de las actuales generaciones. Y su nombre, hoy ya lleno de merecida gloria, ha de añadirse, entre ditirámbicos adjetivos, á los muchos que orgulloso osten-

ta, el preciado libro en que se van enumerando, en forma prolija y minuciosa, las vicisitudes, las edades prósperas ó adversas, de exaltación ó desfallecimiento, porque na atravesado, en el correr de los siglos, el jamás contrastable arte dramático español.

Fama tan grande es la suya, que ni admite alabanza, por tener de ellas plétora, ni diatriba alguna, aunque fruto sea de lógicas consideraciones, puede, en lo más exiguo, menoscabarla. Y no sólo es respetada en España entera y de los que al otro lado de los mares hablan con ingénita altivez nuestra castellana lengua, sino que nunca se le ha puesto el menor reparo por esa descontentadiza parte de la actual pléyade literaria, que, cansada de recorrer sin éxito contadurías y saloncillos de teatro en busca de un empresario traidor á su negocio que las haga representar las anodinas comedias, los dramas melifluos que nacieran del ladrillo que albergan en su cabeza, siente germinar la envidia, haciéndola sensible cerca de los demás en frases de odio, de desprecio, en malignidades que, por malquerencias de algunos, siempre fructifican. No es esto, decía—dentro de un recto pensar, de una sana conciencia, insinuarlo fuera incalificable torpeza—, que de los juicios profesados por gentes que desenvuelven su vida fuera de toda legalidad social,

á la manera de ciertos sujetos, cuyos nombres ensucian, que hacen profesión de escritores para poder vivir, se logre consolidar lo que ya de muchos justa fama alcanzó; que juicios de quienes nada valen poco importan y en menos aun se tienen.

Benavente, desde su mocedad literaria, supo escapar de ese medio inferior de malicias y de recelos, ridículamente pretencioso en su obligada inacción, que anquilosa iniciativas y atrofia las mejor conformadas inteligencias. Lejos de él fué alzándose su apellido sobre el fuerte plinto creado por sus obras, y cuando la dicacidad de los que atrás quedaron pretendió, con no honradas artes, socavarle, estrellóse ruidosamente este deseo ante su firmeza.

No es necesario hablar de la ciclópea producción de Jacinto Benavente, que entre los recuerdos de todos está, como antecedente de lo que aquí se ha de decir. Jacinto Benavente no encierra su personalidad en el comediógrafo aclamado por los públicos y de modo unánime elogiado por la crítica. Alcanza á más. Es el rebelde pensador que no muestra su iracundia con hechos porque le basta satirizar con palabras; que no instiga á rebeliones porque hállase seguro de que en la lenta evolución de la humanidad ha de desaparecer, víctima de irónicas burlas mejor que por rudas

violencias, lo que hoy es mal para los hombres y enfermo para los pueblos...

No sé, ni averiguarlo nada importa, si su contexto espiritual débese á escepticismo ó á enseñanzas que en el transcurso de su vivir las fué asimilando, una vez nacidas de la diaria lucha; pero sí de él infiérense provechosas lecciones que han de ser utilizadas, de manera harto conveniente, por los hombres llamados á conducir la nacionalidad, y á dar color á los diferentes aspectos de lo que integra una nacionalidad, en los años futuros.

De su nuevo libro ¡*Palabras, palabras*..., que es una muestra bien definida de su recio contenido ideológico, se sacan consecuencias vinculadas en absoluto con la realidad, que es triste y amarga... Cada una de las ideas que este libro contiene poseen, además de aguda intención satírica, una hondura psicológica, de la que no sería nada fácil hallar ejemplos en la más completa de las antologías de escritores españoles...

Las obras de la mayoría de l s escritores españoles acusan, lo mismo en lo fundamental que en lo accesorio, torpes asomos de observación, no siempre directos de la vida, que se pierden, la mayor parte de las veces, entre la faramalla de un frívolo verbo irónico ó entre las exaltaciones líricas

de algún malabarista de la rima, al modo del «maestro» Rueda. En la literatura de Benavente se encuentran atisbos en verdades incontrastables que, al ser de nuevo manifestadas con palabras de no dudosa energía emocional, han removido los sedimentos de la sensibilidad de esta raza añosa, y acaso, hoy, ya herida. Toda su obra, que es maravilla por su intensidad y por su extensión, lleva en la entraña un valor que no es circunstancial, que no es pasajero, porque es debido al haber sondado en lo que integra este conglomerado social en la actualidad y al haberse dado cuenta exacta de las humanas efusiones de alegría y de dolor.

Jamás, para nadie que conserve sin contaminaciones los deseos posesivos que le lleven á independizarse del actual medio, ha de negarse la verdad palmaria, la exactitud estricta, de cada una de las aserciones que componen este nuevo libro de Benavente. ¿Cómo negar lo que no es mecánica externa sino ideas, á buen seguro nacidas debido á interminable serie de causas y concausas?... Esto no es posible. Además, y aun estableciendo en el orden doctrinario rotundos disentimientos, sería necesario reconocer que muchas de estas ideas asiéntanse sobre la recia armazón de duras enseñanzas habidas en el comercio diario

de la existencia... Jacinto Benavente en ¡*Palabras, palabras*... satiriza mucho de lo que continuamente observa en sus coetáneos, con un conocimiento sólo comparable á la delicadeza de expresión. Todos cuantos pensamientos, cuantas ideas, hállanse insertas en este libro, que será, para los años venideros, uno de los que, de manera más exacta, reflejen los motivos emocionales y psicológicos del alma española, tienden á mostrar, con absoluta claridad, los defectos de que los seres humanos adolecemos al recorrer el doloroso tránsito de la vida... Benavente, mejor que ningún otro escritor, conoce estos defectos merced á lo que ha ahondado en nuestros hábitos sociales.

Toda la literatura actual, á excepción hecha de contados casos, está reñida con la realidad. Esto, aunque absurdo, no es raro. Podríase, como ejemplo, citar varios hechos ocurridos en otras ya lejanas edades que habían de servir de explicación á lo que en este dado momento les sucede á algunos de nuestros escritores más atentos, según parece por lo que sus actos indican, en convertir en letra impresa lo que nace de gineteos imaginativos que lo que es producto de lógicas deducciones habidas de la observación directa de este humano existir. En Benavente se da el caso contrario. Este nuevo libro, ¡*Palabras, palabras*..., es una prue-

ba irrebatible de ello. ¿Cómo decir lo que en él se dice sin haber sondado, de manera detenida, en lo actual? Es, en extremo, difícil. Todas las ideas que contiene son, á buen seguro, debidas á minuciosos análisis en cuanto conforma la vida de estos críticos momentos. El motivo para creerlo así estriba en el nexo, en esa cierta secreta trabazón que parece haber entre lo escrito y los sedimentos de nuestra sensibilidad.

La obra entera de Jacinto Benavente ha de alcanzar larga supervivencia. En los años venideros se ha de ir á ella para estudiar el contenido ideal de la presente generación, como hoy se va para estudiar el de las generaciones pasadas á Cervantes, á Lope de Vega, á Quevedo, á Gracian...

*
* *

A Prudencio Canitrot, que es un escritor de indiscutible valía, lo descubrió un concurso convocado, en época no tan lejana que el recuerdo haya caído en el olvido, por un popular rotativo de la mañana. Este hecho, que anoto como para mi inicial de la vida literaria del delicado cuentista, es en extremo raro. Todos cuantos certámenes ha habido en estos últimos años para estimular, con premios, el cultivo de las artes ó de las letras se caracterizan, muy especialmente,

por lo arbitrarios á excepción hecha, claro está, de los abiertos en los periódicos dirigidos por don Torcuato Luca de Tena, que es á la prensa española lo que fué Müller á la lingüística ó Boussingault á la biología. Aun en este mismo á que aludo—y perdónenme los esclarecidos escritores que compusieron el jurado que dictaminó, cuya honorabilidad garantiza su sana intención—se cometieron errores que luego el tiempo, con su labor depuradora, ha ido, de vez en vez y muy lentamente, en parte subsanando. ¿Qué errores? Yo no he de señalarlos. Al analizar, comparativamente, la labor realizada, por cuantos obtuvieron mención, en estos años transcurridos, desde que ese concurso tuvo lugar á nuestros días, nacerán contestaciones de asombrosa elocuencia. Ellas dirán, tan bien como yo, la altura en que, en el momento actual, cada uno se encuentra.

En este concurso, además de Prudencio Canitrot, se dieron á conocer Javier Valcarce y Pedro Luis de Gálvez, que es uno de los escritores que han ahondado más en el espíritu de las palabras y que, por lo tanto, con mayor conocimiento y con mayor elegancia ha manejado el idioma castellano. Estos tres nombres, con las naturales diferencias que el tiempo establece por lo distinto de las mentalidades, han quedado co-

tizándose en literatura. Dichos notables prosistas, que tienen mucho de poetas, dando muestra fehaciente de lo vario de su cultura y de lo sano de su inteligencia, realizaron una intensa y extensa labor que los años que á éstos han de seguir, sin ninguna de las malignidades que hoy invaden las plumas de cuantos escriben, sabiamente juzgarán... ¿Puede, pues, considerarse fructífero el concurso convocado por ese popular rotativo de la mañana? Comparándolo con otros, que en la memoria de todos están, no hay duda en la contestación. Todavía no ha huído de mí el recuerdo de cierto ridículo banquete dado en honor de Gabriel Miró, por haberle otorgado el primer premio en un certamen abierto en una revista, entonces aun de gran circulación. Cuantos nos hallábamos en el secreto de tal hecho sentíamos por el señor Miró la misma conmiseración que nos suele embargar al ver al marido engañado estrechar, con verdadera efusión cordial, la mano del amante de su mujer. ¿Por qué no se le concedió el premio á Federico García Sanchiz ó á Andrés González Blanco ó á Miguel Alvarez Ródenas? Cualquiera de estos tres concursantes era, por su prestigio y por la obra presentada, más merecedor á él que el señor Miró.

Prudencio Canitrot ha sabido encerrar,

de manera maestra, sentimientos rectilíneos, de no fácil maleabilidad, en suaves vocablos.

¿De qué medios, para ello, se ha valido? Debo decir, porque así creo acercarme á la verdad, que sólo del exacto conocimiento del idioma—cuyas palabras, en la región galiciana se usan en sus primitivas, y, por primitivas, verdaderas acepciones.

En el haber literario de Prudencio Canitrot, que por sí solo se recomienda, encuéntrase la demostración de esto que he dicho. Cada uno de los libros de este atildado escritor acusa, con no usada violencia, su recio contexto intelectual. Para ello hay que ir á la entraña de cuanto su pluma produce. En el estilo, en cambio, tiene una cierta blandura que le da un íntimo parentesco con la manera de hacer de Valle Inclán. Esto á nadie debe extrañar. Todos los escritores gallegos, de diez años á la fecha, han sentido, con más ó con menos fuerza, la influencia de este mágico cincelador del idioma castellano. D. Ramón del Valle Inclán, como todo innovador, ha creado, con su obra, un sinnúmero de discípulos, que ciegamente le siguen. ¿Tienen valor, en literatura, los sucedáneos de un escritor? En el caso de Canitrot, sí. Todo sucediente á un maestro, aunque siga las huellas trazadas ya por éste, ha de destacar, para adquirir verdadera vida, su personalidad de entre el

modo de hacer que, por gusto ó por temperamento, está siguiendo. Prudencio Canitrot—que dicho sea de pasada, no es, por fortuna para él, ningún Goy de Silva, ni ningún Gómez de la Serna—así lo hace. Prueba, bien definida de ello es su último libro, titulado *Suevia*. En este libro, en el que refleja sus raras cualidades de estilista ya anotadas, de manera muy feliz, en los dos volúmenes que á éste antecedieron, es donde Canitrot, finamente, acusa su delicada alma de artista. Cada uno de sus cuentos es fidelísima reproducción—no en balde Canitrot es pintor, que ha logrado con el pincel decisivos éxitos—de un momento de la vida allá en Galicia, y á veces en ese momento, que puede ser simbólico para el porvenir, está condensado un existir de años y años... Galicia es el fondo de donde se destacan los personajes de los cuentos de este escritor. En muchos de ellos, por no decir en todos, se encuentra en bellas y exactas descripciones, como un canto de amor para esta noble tierra que tiene en su haber histórico hechos de la importancia tan bien definida, para conocer el establecimiento del catolicismo en España, como el arribo á las bravas costas de *Iria-Flavia*, hoy Padrón, del apóstol Santiago—llamado también, «El hijo del trueno». Galicia, al decir de Canitrot, en el cuento que nombre

le da al libro, es como una mujer muy vieja que tiene, por los años, el alma atormentada; pero que á desprecio de su edad y de sus tristezas sabe, en dados momentos, vestirse de romería y mostrar su contento. El retrato físico y etopéyico de esta mujer, que simboliza á la región galaica, resulta admirable. Es difícil encontrar en muchos de los volúmenes que en la actualidad se publican, debido á ese insano prurito de convertir en letra impresa las lucubraciones nacidas de cualquier acéfalo escritor—valga el denominado—al modo de ese desdichado individuo que atiende por Ricardo Baeza—cuyo nombre, ya salpicado de lodo, me ahorra otros acres adjetivos—nada que, ni aun en parte, le iguale ni, menos, le supere. Prudencio Canitrot ha sabido dar, de manera maestra, la sensación del paisaje de Galicia.

Todos los personajes, creados por la fantasía, que en el desarrollo de la acción de sus cuentos intervienen se desvanecen en el fondo en que su autor hace que se muevan. En cambio aquellos otros que son arrancados de la vida, por latir en sus pechos sentimientos de realidades, se destacan vigorosos del encantador marco que los rodea. Esto no es establecer diferencias entre lo visto y lo imaginado, aunque en literatura siempre las hay á favor de lo que han visto los

ojos. Canitrot, en este libro al menos, se ha dado de ello cuenta.

Tengo á Prudencio Canitrot, como antes he dicho, por uno de los escritores de más valía de la actual generación literaria. En contra de esta idea sé que se alzaban otras, formuladas por asiduos concurrentes á ciertas tertulias. ¿Después de la lectura de este libro, de delicados cuentos, seguirán manteniéndose enfrente de lo que siempre he dicho y de lo que siempre diré? Creo que no. El cinismo, á veces, cae al fuerte empuje de lo evidente...

*
* *

Don Juan Macías del Real se ha elevado, no sé, debido, á qué clase de intrigas, de denunciador á comediógrafo. Este hecho, nada sencillo dada la escasa mentalidad varias veces demostrada por el ex auditor de la Armada, me admira. He estado, hasta el momento actual, en la decidida creencia de que á ciertos sujetos les es fácil redactar escritos llenos de calumnias contra hombres colocados en climas morales de absoluta salubridad y que, en cambio, les había de ser, á causa de lo escaso de sus capacidades cerebrales, en extremo difícil el hilvanar, con lógica, las escenas que son necesarias para componer una obra dramá-

tica. Pero la realidad ha sido la encargada de desmentir esta creencia mía. Desde este instante declaro, de la manera más solemne que me sea posible, que he sufrido una lamentable equivocación. En todo calumnioso denunciador se hallará, á poco que se arañe, el germen de un autor de mediocres comedias. Como muestra, he de nombrar á D. Juan Macías del Real.

El cartel del Teatro Español que, hasta ahora ostentó nombres tan esclarecidos en las letras como de bien cimentada honorabilidad, se ha visto manchado con el de don Juan Macías del Real. El motivo, de ello, aun se esconde á mi conocimeinto. Lo que no se me oculta es que de mucha consideración ha debido de ser cuando la dirección del mencionado teatro ha saltado por encima de los respetos que se deben al público estrenando una obra debida á la pluma de un individuo expulsado del Ejército mediante acuerdo unánime de un tribunal de honor. Al decir esto se me ocurre preguntar: ¿Es posible que un hombre sobre el que pesa un acta de inhabilitación tenga, aún, el atrevimiento de estrenar sus obras? Sí, es posible. Pero lo que, en cambio, nunca hubiera creído es que el director artístico del Teatro Español, que ha dado ya evidentes muestras de encontrarse capacitado de sobra para des-

empeñar ese cargo, accediera á poner en escena la comedia del Sr. Macías del Real—que no creo, aunque me lo asegurase Santa Rita rediviva que es la abogada de los imposibles, según reza el Año Cristiano, sea ningún modelo digno de imitarse. El ex auditor de la Armada hállase colocado en un punto diametralmente opuesto al de Shakespeare, al de Molière, al de nuestro Lope de Rueda... Cito, de intento, el nombre de estos tres grandes escritores que también fueron tres grandes actores. El señor Macías del Real aun no se ha distinguido como escritor ni como actor. Los desplantes que tuvo cuando la ya famosa denuncia no pasan de ser vulgares efectismos de ineducado racionista.

En fin, D. Juan Macías del Real no es más que un neurótico á la husma de notoriedad. Ahora, cuando ha visto la dificultad de conseguir un asiento en los escaños del Congreso, se ha hecho comediógrafo. ¡Y qué comedias escribe! Realmente, para ello, no se habrá calentado los cascos. Después de leer los Torquemadas, de Galdós, arrambló con sus personajes con la misma impunidad con que puede entrar en una perfumería á comprar un específico para la conservación del cutis ó para la pintura del cabello.

Hasta ahora hemos gozado, en cualquier

orden de la vida, de bien escasa seguridad. De hoy en adelante la seguridad literaria habrá, por completo, desaparecido si entre los autores cunde el ejemplo dado por el Sr. Macías del Real.

El procedimiento seguido por este señor es bien cómodo. ¿Es, también, lícito? Creo, sinceramente, que no. Todo autor de comedias, como todo novelista, debe de cuidar, antes que de ninguna otra cosa, de que los personajes que su imaginación creó tengan vida— que en este caso la vida es originalidad. El componer una obra, sea cual sea su índole, con caracteres rapiados más ó menos furtivamente, como diría el sabio catedrático de la Universidad de Polanes, D. Iscariotes Val de Ur, no es digo yo, muy honorable. Precisamente la labor más difícil del dramaturgo es la de crear caracteres, y que esos caracteres se identifiquen con la realidad en que se les va á hacer vivir. Al no ser esto así, el oficio del dramaturgo perdería la grandiosidad que tiene, cuando el que lo ejerce se llama Benavente, para convertirse en un oficio de habilidad, como en el caso que ahora comento. En el supuesto que el señor Macías del Real fuese literato le sería fácil comprender cuanto estoy diciendo.

Después de señalar la ilicitud de esta manera de hacer comedias, debo declarar

que el señor Macías del Real ha subvertido los caracteres creados por Galdós, dando muestra de escasa probidad. ¿El escritor que, para sus obras, emplee elementos por otro creados está obligado á mantenerlos en su integridad? Sí. El decir lo contrario equivale á complicarse con hechos que, de modo alguno, deben disculparse ó el desear enmendar lo que otros han escrito.

El Sr. Macías del Real á la husma de elementos dramáticos tropezó con la huella de Galdós. Es difícil, en verdad, sortearla. D. Benito Pérez Galdós ha encerrado en su obra la exacta valoración de la vida de la segunda mitad del siglo XIX. Como dice Manuel Bueno, el futuro investigador no pedirá informes de lo que fuímos á los historiadores sino que se atendrá á la densa y multiforme documentación humana que lega al novelista — hoy en ideas descarriado debido á un insano prurito de notoriedad política—á las generaciones venideras. El señor Macías se encontró, al ir en busca de informes documentales de la vida, que los caracteres, hoy en circulación, eran idénticos á los que Galdós cien veces ha descrito. Y como era más fácil tomarlos de los libros que arrancarlos de la humana existencia leyó la obra de Galdós, y de ella substrajo aquellos perso-

najes más teatralizables para componer su comedia—llamémosla así—titulada, no sé á qué santo, *Renacimiento.*

El ex auditor de la Armada , D. Juan Macías del Real, ha escalado, por inexplicables complacencias, el cartel del Teatro Español. ¿ Será su nombre, en él duradero? Auguro que no. De ello me alegraré, en extremo, por bien del arte y de la dramaturgia española

Andrés González Blanco, el menor de tres hermanos que han aportado á la historia de la literatura, en la época actual, páginas que en lcs años venideros se valorizarán como de maestros, es uno de los escritores de más sólida cultura y, por lo tanto, de mejor cultivado gusto. Basta recordar algunas de sus ya bien apreciadas obras, en las cuales se encuentran maravillas de atisbos críticos, de sutiles observaciones de doctas enseñanzas, para robustecer el aserto dicho que antójaseme, porque ello habla en favor del clima mental en que hállanse colocados nuestros coetáneos, que en el conocimiento de todos está... Hubo tiempos, y no tan lejanos que lo que en ellos sucediera haya el olvido logrado

extinguirlo de entre nuestros recuerdos, en que, por algunos escritores de escaso gusto y menos criterio, era la labor de la crítica juzgada de manera harto desdeñosa. Llegáronla á calificar, con notoria sinrazón y sobrada mala fe, estos seudo literatos á que me refiero, de mediocre arte que sólo de odios y apasionamientos era fiel servidor.

Los que, con denuedo digno de emplarlo en beneficio de mejor causa, atacaban á la crítica, servíanse de lugares comunes, de frases vulgares y hasta de viejos refranes, que prestamente desaparecieron ante la fuerza de los fundamentos racionales en que se apoya. Hubo quien dijo, y no de los que más iracundos se mostraban, que en bien de todos debiera de desaparecer, porque poco reperesentaba y menos aún, dado el modo de sentir que ya por indicios creíase característico en los hombres que honor dieran á los años venideros, podría representar. Y no pocos defendían sus mal llamadas ideas proclamando, con énfasis, como resumen y fruto de todo lo que dió su pensar, la verdad absoluta de ciertos aforismos populares, de algunos dichos sentenciosos nacidos de la espontánea filosofía del pueblo, que, después de no pocas modificaciones, los hacían útiles á su causa, pretendiendo, en capciosa forma, restar mérito y negar valor, un valor que es in-

negable, á la labor bienhechora que la crítica realiza.

No sé, ni averiguarlo nada importa, á qué debióse aquella unanimidad de criterio de los que habitaban, sin darse de ello cuenta, en muy diferentes climas mentales. A no dudarlo, obra era de malquerencia, motivada por severos juicios que merecieron las producciones de ingenios canijos y de cerebros desmedrados, y contra los que fieros revolviéronse, negando al arte, que los hacía descender del pedestal en que su orgullo les colocó, cualidades que siempre, y con respeto, las debieran de haber recordado. Nunca perdonable inmodestia fuera en mí el intentar la adopción de una gallarda postura, de un gesto altivo, en pro de los que ni auxilio ni defensa necesita de mi humilde y ruda pluma. Escritores de jamás desmentida valía contestaron con dicaces palabras é irónicas frases á la injusta agresión de que eran víctimas sus principios, sus creencias. Y ninguno, de noble conciencia, regateó desdenes, ni buscó disculpas á los que, dada su incultura y su estrechz de pensamiento, nunca podían ser, de ellas, merecedores.

Entre estos escritores encuéntrase Andrés González Blanco. En su último libro, titulado *Elogio de la crítica*—por ser este el título que le da á un estudio, que es modelo

de concienzudo análisis, acerca del libro del discreto cronista Antonio Cortón hablando de Espronceda, que se publicó en ocasión de celebrarse el centenario del más grande de los líricos castellanos de la época romántica—; en su último libro, repito, rebate, con sólidas razones, cuanto desacredita la crítica y, en especial, uno de los prejuicios más arraigados en el mundo de la literatura: el de que el crítico no puede, en manera alguna, ser un genio creador. ¿Por qué? ¿Acaso no hay ejemplos, por docenas, de críticos que han dejado, por su poderosa facultad de crear, obras que se reputan como inmortales? Me absuelve de citarlos el ser sobradamente conocidos. El crítico está llamado, por su ciencia, que es el conocimiento técnico de cuantos materiales es necesario emplear en literatura, á que sus producciones sean las únicas purgadas y atenuadas de defectos por la cultura. Atreveríame á decir que todo gran artista, que todo delicado poeta, que todo aquel, en fin, que á la estética rinde culto, es un crítico en el que se hallan, poderosamente desarrolladas sus facultades de analista, de discernidor. Y, siguiendo el razonamiento, he de añadir que la facultad crítica estriba, casi exclusivamente, en saber discernir. Discernir, como asegura Andrés González Blanco, es una potencia

mental equivalente á comprender; y comprender, ¿no es la refación de crear?...

En Andrés González Blanco concurren— y este estudio á que me estoy refiriendo da de ello muestra— las dos cualidades que le son más necesarias á un crítico, según dice Gustavo Planche, con un íntimo parentesco, con una cierta secreta trabazón: una extraordinaria comprensividad y un delicado gusto. Estas dos cualidades son difíciles de reunir, y más difícil, aún, el saberlas ejercer sabiamente. Acerca de la primera cualidad, me ahorra el comentario el canto que de ella hace Andrés González Blanco. En cuanto á la segunda, ¿qué decir? ¿Quién en serio puede pretender y, sin que la pretensión sea vana, generalizar acerca del gusto? Seguramente nadie se atrevería á ello. Y no porque sea difícil, sino porque el gusto es en cada uno diferente, cómo las líneas faciales que acusan en cada uno diferente disposición. Pero del gusto crítico que se adquiere por yuxtaposición posible es hablar, y hablar siempre bien, por ser lo que se ha de decir lugares comunes, frases estereotipadas, que ningún fondo tienen ni responden á ideas ni á sentimientos nacidos ó cuidadosamente ocultos en los más íntimos recovecos de nuestro ser. En Andrés González Blanco estas dos cualidades, ya mencionadas, son innatas. La

cultura no ha hecho más que darle, á ellas mayor sutileza.

Andrés González Blanco, en este libro, estudia la obra de un número nada escaso de escritores. ¿Es justo todo lo que de ellos en él se dice? Atreveríame, con el respeto debido, á decir que no. El elogio, á veces, enturbia exactas observaciones.

Todo cuanto Andrés González Blanco dice en el estudio que va á la cabeza del libro encuéntrase aromado de un sabor nada común. En este sabor se hallan asentadas las palabras que combaten á los que tratan con acres censuras menospreciar á la crítica.

La crítica apareció al nacer el primer genio creador. Cuando en los cristalinos amaneceres de los albores de la humanidad improvisaba el sacerdote-poeta de la India los sublimes himnos del Rig-Veda ayudado de la inspiración que le prestara el Agni-Soma, el crítico prehistórico del Sapta-Sindu, perdido entre las multitudes, descontento y huraño, ya sometía á implacable análisis las espontáneas imágenes del cantor védico. De las consideraciones que indujera nada, en absoluto, se sabe. A buen seguro, guardaríalas para sí en vez de exponerlas en su lengua draviniana ó en sánscrito, si gran literato era entre los suyos.

No he de narrar paso á paso, que prolijo y cansado trabajo sería, la historia de la crítica, desde éstos sus comienzos. Pruebas escritas hay de que siguió, con paralelismo siempre acusado de idéntico modo, á las más bellas producciones habidas del ingenio humano, á las más bellas obras de algunos hombres, que por su incontrastable valer fueron gloria de su época y honor conquistaron para su pueblo. Y si hubo generaciones, en tiempos pasados no pocas por desgracia, que no hallaron en ella alabanzas ó diatribas ni pudieron de su opinión colegir enseñanzas, sus poetas y sus prosistas alcanzaron tardíamente la fama á que, en vida, ya eran de buena ley acreedores. Casos se dan, y muy repetidos, de que la malignidad ó el enojo latente, hacia determinadas tendencias, repare una injusticia haciendo el milagro de rescatar del olvido á los que en él, desconocidos de los más, yacían. Años después de muerto Platón, el implacable Zoilo al menospreciar, con agudas sátiras y donosas burlas, al más grande de los filósofos que sobre la tierra han vivido, hizo conocer á sus coetáneos las casi ignoradas obras del amante de Diotima, la sofística mujer de Mantinea.

La historia de la crítica ostenta orgullosa timbres de gloria que de las naciones en que nacieron desnacionalizáronse para

ser, también, gloria de las demás. En cada una de sus páginas se encuentran, entre ditirámbicos adjetivos, esclarecidos nombres de doctos varones que á su servicio consumieron no escasa parte del tiempo que les fué dado de existencia y compendios de escritos de tan positivo valor y tan merecida fama, que se tienen calificados de lo más grande que el ingenio humano pudo concebir—escritos de Aristóteles, de Quintiliano, de Horacio, que no cito ni comento por no caer en vanos alardes de fácil y vulgar erudición ni ser, al caso, necesario. Más modernamente ennoblecióse la crítica con nuevos nombres. Fueron éstos, entre otros no menos notables, el de los hermanos Schlegel, precursores del romanticismo en Alemania, el de Lesing, el de Winkelmann, el de Hegel, el de Kant, que en uno de sus más preciados trabajos pretendió resolver, sin llegar á conseguirlo, la antinomia existente, en aquellos años lo mismo que en los actuales, entre dos diametralmente opuestas escuelas: la de los que afirmaban la libertad del gusto y la de los que, de manera absoluta, negaban fuera posible acceder á una libertad que engendraría caóticas literaturas.

Las modernas generaciones han desterrado, no sin faltas de lógicas causas, la clásica crítica preceptista, de aire dogmático,

de exclusivos y de limitaciones, que nada, para el verdadero escritor ni para el genial artista, significaba ni, dado su riguroso método, podía significar. De sus leyes, que dictó un medio social y aceptó satisfecho una época, pocas se conservan. Una á una, en ordenado escalonamiento y de paulatina manera, se fueron hundiendo en el olvido, con las modificaciones impuestas por razón del tiempo y por causa del estado de cultura en que ya se encuentran los pueblos. Del lastre, de los sedimentos que la crítica arrastra tras de sí, debido á sus ya muertas ideas, se fué desposeyendo hasta que consiguió, libre de exclusivismos de escuela, juzgar de eclectico modo, por medio de análisis minuciosos y reflexivos, sin diatribas tan acres y tan injustas como las de Seuduy contra el hispánico y varonil Corneille y las de Subligny contra el helénico Racine, ni exaltadas alabanzas comprometedoras, casi siempre, de los prestigios mejor cimentados. En fin, los estudios críticos no tienen sólo, en el momento actual, esa modalidad de negación ó afirmación, el juicio, como leí en no sé qué libro, que señala faltas ó indica elogios, sino que de la indicación de tales faltas, si es que existen en la obra que se examina, se deben inferir enseñanzas que adviertan el modo de corregir las im-

perfecciones censuradas, los defectos notados que han de subtituirse con cualidades de bondad positiva. Esta aserción encierra una verdad de gran poder convincente. Y viniendo al razonamiento más arriba anotado, he de decir que en esas enseñanzas estriba, más que en ninguna otra cosa, el poder creador de la crítica, en la actualidad... La crítica, después de no pocas evoluciones, ha llegado, por lo que del libro de Andrés González Blanco se infiere, á convertirse en juicios de estética. De ello la actual generación debe felicitarse. Esa nueva tendencia, que ante todo ha de rendir culto á la belleza, por la belleza, defenderá de esa plaga de críticos mezquinos y de soberbios aristarcos de nuevo cuño, ridícula falange de gente sin sensibilidad artística ni conciencia literaria, algunos grandes monumentos de la antigüedad clásica y algunas ideas de moralidad, que el afán de lucro de ciertos novelistas pornográficos ha puesto en litigio.

*
* *

En todo aquel que de lleno secunde un movimiento literario, cuando este es de la clase que lo ha sido el iniciado, allá en Francia, por Flaubert y, luego, elevado á las más altas cimas por Zola, se esconde, á no dudarlo, un desaprensivo mercader.

De ello existen algunos ejemplos, cuyo recuerdo aun no habrá huído de muchas memorias debido á causas que ahora sería cansado determinar. Uno de estos ejemplos, tal vez el más sintomático, el más descriptivo, es el del señor Carretero. Este señor que se llama literato con la misma razón que se pudiera dar el título de inventor del elíxir Ivon, ó de maestro en el arte Agasias, de Cleomenes, de Verocchío, de Colombe—¡qué nombres, señor Carretero! — ensucia, con su mercaderismo, la actual literatura. Todos los libros de Carretero tienden á mostrar la miseria humana, á adular nuestro instinto grosero, gracias al cual hemos nacido, y por el cual, en nuestra descendencia, dejaremos al mundo algo de nuestra sangre. Pero ese instinto, no debe de ser eje de una literatura ni idea central de toda una obra. Lo exigen así elementales deberes á la decencia. En Jacinto Octavio Picón—que es un caso, que debiera de imitarse, de dignidad literaria—se da, de manera sobradamente elocuente, muestra de lo contrario. En ninguno de sus libros se va en busca de la medula del lector para actuar sobre ella con narraciones capaces de poner rojo á un negro. Y no es esto decir que en ellos no se estudie la mujer, el hombre, y, como es natural tratándose de hombres y de mu-

jeres, que no son asexuales, el amor en su más abyecta manifestación. Jacinto Octavio Picón se diferencia del señor Carretero—cito este nombre como pudiera citar otro cualquiera que habitara en el mismo clima mental y moral en que se halla colocado este señor—en que Jacinto Octavio Picón tiene talento y el señor Carretero no sabe ni lo que esta palabra quiere decir. Por esta insignificante causa, es por lo que el ilustre académico envuelve en una prosa atildada y correcta, momentos de la vida que contados por el señor Carretero sería un canto—en beocio, desde luego—á las más relajadas concupiscencias ó á las más despreciables senilidades. ¿Es esto verdad, señor Carretero?

Don Jacinto Octavio Picón, es uno de nuestros más ilustres escritores. Su nombre ha brillado, y brilla, al lado de los que á la historia de la literatura castellana, han hecho el regalo de obras que en los años venideros se reputarán como inmortales. He de decir, porque de esta manera digo verdad, que desde que en mis manos, casualmente, cayó una de sus más leídas novelas, *Dulce y sabrosa*, soy decidido admirador de este insigne literato que en su haber cuenta, además de delicadas obras de la índole de la mencionada otras de sana crítica y de erudito análisis. *Dulce y*

sabrosa, que es una de las más elogiadas novelas contemporáneas, quedará, como representativa de la manera de hacer de su autor, unida á *Juanita Tenorio. ¡Juanita Tenorio!* He aquí una novela que está vinculada en la vida, en la realidad de la vida, que es cruel y es amarga...*Juanita Tenorio* es una novela de gran simplicidad psicológica, pero de un enorme calado sentimental. En toda la obra no decae, ni un instante, el interés que despierta, porque las palabras en que está escrita, porque las frases que componen cada una de las páginas, van, directamente á actuar sobre el sentimiento. Y he aquí, en el sentimiento, el talón de Aquiles de nosotros los que hemos nacido en un siglo, como el actual, de incredulidad y de escepticismo. Pero la incredulidad más arraigada, el ecepticismo más consciente—sabemos que cuanto más consciente es una idea con mayor energía, no sé por qué acaso, se prende á nosotros—cae, de un modo ruidoso, en cuanto, acertadamente se sabe remover nuestro sedimento sentimental, que, digan lo que quieran determinados escritores empeñados en entronizar una literatura ideológica es, aun, lo que rige al mundo porque las ideas nada son sino se convierten, como ha dicho Emerson, en sentimientos. Jacinto Octavio Picón que, repito no

es ningún Carretero de poco más ó menos, sabe, con su literatura, interesar á cuantos le leen. En esta misma novela, que me ha sugerido cuanto he dicho, se observa esta tendencia del ilustre escritor. *Juanita Tenorio*, que es la historia de una muchacha á la que, de manera tenaz persigue la desgracia, actúa sobre el ánimo del lector hasta llegar á conmoverlo. Y es que, pese á todos los barnices de la cultura, la humanidad es sentimental, hondamente sentimental. Prueba de ello es que todo, en el mundo se hace por sentimiento. Y si descendemos de la literatura á cualquiera otra clase de especulaciones—á la política, por ejemplo— observaremos que las ideas mientras se mantienen en ideas, nada valen ni nada representan. Las ideas tienen un valor y logran una representación cuando han recorrido ese penoso tránsito que las llega á convertir, por haber bajado de la cabeza al corazón, en hábitos sociales...

En cuanto he dicho existe, á no dudarlo, un ansia de varolizar esta característica del sentimentalismo que tuviese, y aun se tiene, conceptuada, en literatura como un defecto. Claro está que mi elogio ó mi diatriba de nada le servirá. Pero quiero, porque ello me importa mucho, hacer ver el error en que caen cuantos escriben con

el deseo de desacreditar esta modalidad literaria del sentimentalismo. El sentimentalismo existirá mientras el mundo exista. Es, por tanto, ilógico decir de él lo que ahora se dice. Lo aseguro.

V

EL ESTILO Y LOS ESTILISTAS

Apropósito de un libro de Ricardo León.

Parece, y es de muchos opinión, que de un escritor que cincele su prosa, como Soulary sus sonetos, no puede esperarse más que, de tarde en tarde pequeña obra de exquisita belleza, de un depurado gusto, rica en detalles y llena de ingeniosas sutilezas, en la que las expresiones de fuerza, las briosidades de concepto, las energías todas de la narración, formada de hechos inducidos de un continuo contemplar la vida, se ahoguen, cuando aun bien no se hubieran determinado, se pierdan, cuando todavía no fueran de modo completo formuladas, entre las eufónicas delicadezas de un

grato decir ó bajo la tersura que, no usadas palabras y desacostumbrados giros, muy utilizados por las actuales pléyades literarias, suelen darle á algunas de sus modernas y más estimadas páginas. De igual manera ha llegado á creerse, que la capacidad productiva de un estilista, en el puro sentido que el vocablo tiene por su estirpe latina, se limita no muy ampliamente. Esta aserción, á poco que indagarse quiera, se puede contrastar con hechos que, de manera repetida, señalan, en forma precisa, las historias literarias de épocas pasadas y fácil le es, aun al más inhábil investigador, la cita exacta de multitud de nombres y de no menos sucesos, algunos no tan lejanos que del olvido fueran ya patrimonio, ni tan recóndita que no aparezca en cualquier rápido recuento, para que por su procedencia le sirvan de fundamento y como plinto que, sólidamente, fuera su sostén.

A decir de una parte de la crítica, y no sin un germen de razón, el estilo, en cada escritor, es su ingénito temperamento, su natural espíritu, sin contaminaciones de clase alguna. Después de que se le despoje á esta frase, aparentemente justa, del absolutismo que al parecer quiere encerrar con cierta ansia, ha de preguntarse: ¿Qué fin, entonces, es el que logra la cultura? ¿A qué han de aplicarse las provechosas

enseñanzas que de modo continuo se infieren de lo que se lee y de lo que se observa á diario? ¿El saber, que en el combate de la vida se adquiere, al servicio de qué es conveniente ponerlo? Difícil es, en forma explícita, el contestar á tales preguntas. Cada una, por su complejidad, exige larga respuesta sin conceptuosidades y libre de estudiados eufemismos. Pero sí me será de suma facilidad, obedeciendo á leyes y á sanos dictados, el exponer mis juicios, mis creencias que, culto á la verdad es decirlo, hállanse inspiradas en honorables principios de preclara alcurnia y nunca desmentida fama.

Sin contradecir, porque á ello jamás me atrevería, lo dicho por un crítico de nombre ilustre ha de decirse que parte, y no pequeña, en lo que forma el estilo, es yuxtapuesta, poco á poco adquirida, de modo paulatino asimilada; y siguiendo la deducción, sin el más leve desvío en el eslabonamiento lógico que un humano raciocinar manda seguir, ha de llegarse á la plena creencia, al total convencimiento, á la seguridad, sin reservas de especie alguna, que nada ó poco, en la vida, nace de manera espontánea, ni por la resultante de locos caprichos. Todo, y miles de hechos así lo demuestran, sigue merced á leyes naturales, muchas aun imprecisadas, á fenó-

menos internos, todavía no explicados. Lo espontáneo, en la más justa acepción de la palabra, hállase en los límites de su ocaso, en los postreros instantes de su existir. Los medios educativos ó los combates del penoso vivir en que se ha conformado á las actuales generaciones han sido creadores de cerebros reflexivos que aun más prontamente hará hundirse cuanto dicte el instinto ó cuanto ordene el sentimiento en idénticos sitios donde fueron á parar la multitud de cosas ya, definitivamente, olvidadas. Porque, á buen seguro, creer, en los momentos presentes, en tales espontaneidades sería tan absurdo como elogiar los desmanes literarios de cualquier refundidor al estilo del Sr. Cabello Lapiedra ó dar crédito á las fantasías astronómicas de Jeremías Shakerlay. Pero nada, si lo que se recusa por motivos inanalizables sucediera, me causaría tanta inquietud, tan grande desasosiego como la suerte que pudieran correr esos eternos congresos educadores compuestos, en general, de individuos ineducados, al obligarles á dar por terminadas sus nada fructíferas tareas y hacer que estampen, por vez última, la firma en la nómina que era su único sostén.

El estilo, que en cada uno es distinto por haberse nutrido de diferente modo, es el acusador de las condiciones etopéyicas

de los escritores. Y estas condiciones etopéyicas que en la producción con gran fuerza expresiva se manifiestan, y de vez en vez, durante el transcurso de una larga labor, más se acentúan, no son las ingénitas, de manera alguna, por toda una interminable serie de complejas razones, pueden ser las nativas. Precisos datos, de indubitable verdad y no menos justeza, inducen á creerlo así.

Labor de tiempo es, y como de tiempo reflexiva, la mutación de un estado conformativo en otro. La voluntad, el carácter, el cerebro, como los músculos y los nervios, han de sujetarse á una educación y á un ejercicio. La cultura, facultada para ello es la que realiza esa educación y ese ejercicio. Poco á poco, con medida lentitud, se va adueñando de determinadas cualidades instintivas, de alguna parte, y no pequeña, de lo que por sentimiento se produce. Y un continuo leer, una diaria convivencia con los libros, llega á hacer sutiles los más burdos conceptos, á explicar, en forma clara, los más complicados problemas; ayuda á que, derivada por asociación de ideas, se encuentre adecuada forma á las más bellas verdades, á las más salvadoras doctrinas, que, aunque iniciadas, permanecieron, por torpeza de las gentes, entre densas sombras. Y la gama fonética, las palabras,

adquieren un espíritu, logran una vida, presentan un carácter muy diferente del que, ostentosamente ponderan; empleándolas en su acepción más pura, con arreglo á su estirpe más limpia...

La característica de la obra de Ricardo León, es la de haber empleado las palabras en su acepción más pura, con arreglo á su estirpe más limpia. Pero no sólo por esta característica, que es en verdad digna de tenerse en cuenta, se ha hecho su nombre meritísimo, sino porque en sus novelas—en algunas de las cuales se encuentran atisbos de observación para los que han sido menester detenidos estudios—ha procurado no dejarse influenciar lo más mínimo de las demasías realistas de ciertos chirles escritores, que llámanse eróticos, ni en nada desviarse de aquella senda luminosa que dejaron trazada nuestros clásicos. En la obra de Ricardo León alientan esos mismos grandes ideales, que fueron los conformativos de esta noble raza, en que se inspiraron cuantos á la literatura dieron gloria en aquellos años, ya muertos. Basta lo preinserto para que se comprenda que Ricardo León no es el ejemplar corriente de literato acuñado en la continua lectura de malas novelas francesas sino que es un escritor que tiene una marcada veta castiza. Todos sus libros se encuentran vinculados en

el pasado. ¿Es ello un defecto? Creo sinceramente que no. Para asegurar lo contrario sería, en absoluto, necesario dar larga serie de razones á fin de que la negación se asentara sobre recio armazón. De no ser así, nunca se debe decir nada de lo que se moteje, debido á un determinado criterio, como falta, porque si las inculpaciones son perniciosas—tratándose de escritores de verdadero mérito literario—cuando van robustecidas con lógicos asertos aún lo son mucho más cuando encuéntranse divorciadas de la verdad. Todo aquél que se imponga el trabajo de resucitar una modalidad literaria ha de atenerse á lo que en literatura, era peculiar en aquella época en que quiera localizar la acción de sus novelas, de sus dramas. ¿Entonces—se me contestará—los personajes que intervienen en el desarrollo de la acción de los libros de Ricardo León no debieran utilizar, para entenderse, palabras arcaicas, giros rebuscados, que hacen, muchas veces, que las expresiones parezcan afectadas, faltas de espontaneidad? Los personajes de los libros de Ricardo León—con presteza he de responder yo á esa contestación que es una interrogante—no viven en la actualidad, pues su espíritu, que es por lo que los hombres no son similares á las bestias, ha quedado detenido entre las ideas ambientes del albo-

rear del siglo XII. Ricardo León, pues, no tiene defecto en lo que al estilo se refiere, puesto que el estilo, en este escritor, no es más que la depuración del idioma castellano envilecido por neologismos sin sentido, y por giros de allende el Pirineo. El mérito de la labor de Ricardo León, además de la que como novelista le corresponda, estriba en haber limpiado, en haber purgado su léxico de todo aquello que pudiera decirse era de mal gusto ó estaba reputado de poco castizo.

Ricardo León, no es solamente castizo en el fondo, sino que también lo es, y mucho, en la forma. Para robustecer esta rotunda afirmación basta remitir al que la juzgue gratuíta á su nuevo libro de versos que lleva el clásico título de *Alivio de caminantes*. Y digo nuevo libro de versos porque Ricardo León hace, por lo menos, diez años publicó su primer volumen de poesías, que tengo á la vista, cuyo nombre es *La lira de bronce*. ¿Cuál ha sido la evolución del escritor en estos diez años? Para señalarla se haría necesario, á fin de no caer en errores, un detenido estudio. Baste decir, en el actual momento, que la musa tocada de romanticismo ha desaparecido para dejarle lugar á esta otra que es más clásica, y, por tanto, más atildada. Con esto se comprenderá, fácilmente, el cambio operado en el

poeta :—el rebelde se ha adaptado, el anárquico se ha hecho conservador, la musa revolucionaria de ayer es hoy la musa del ascetismo. En Ricardo León romántico—romántico por su edad juvenil, no por ambiente—había un místico. Este fondo místico, de vez en vez, se fué haciendo más intenso, hasta que se inició en una exteriorización. En *Casta de hidalgos* fué donde, de manera clara, lo demostró. La novela mencionada, que es de donde arranca la envidiable fama de que Ricardo León goza, hay un capítulo que es una perfecta maravilla, pues al fondo de una gran fuerza ideológica, se le une la belleza exquisita de la forma, en el que el protagonista tiene un sueño, en el que se le aparece San Francisco de Asis, que es digno de figurar al lado de las páginas más celebradas escritas en idioma castellano. Este misticismo, ahora, en su nuevo libro, titulado *Alivio de caminantes*, se desborda...

Es este libro, *Alivio de caminantes*, un libro admirable. En él se halla encerrada parte de la savia de nuestros clásicos. ¿Parecerá á algunos exagerado el elogio? No. lo creo. Baste para ello recordar una ó dos poesías, nada más, de las que componen el volumen que á firmarlas Valdivieso, Pero Guillén de Segovia, Juan Tallante, acrecentarían el justo renombre de que hoy go-

zan, y añadirían un ditirambo más á los que en la actualidad premian sus obras... Ricardo León da muestra—y de ello algunas composiciones son fehaciente prueba—de hallarse identificado, de un modo absoluto, con el espíritu que animaba á aquellos líricos que, con sus nombres, ennoblecieron el siglo XV. En ningún sitio, en verdad, fué más admirada la poesía y más respetados los poetas que en la corte de Juan II. Desde el rey y su primo D. Alvaro hasta las gentes más incultas, todos hacían versos, y todos han dejado composiciones en los cancioneros de la época. Con algunos de éstos y con parte de los muchísimos que pululaban por la corte de Alfonso V, de Aragón, rey comparable por lo culto y lo espléndido, al gran Alfonso X, de Castilla, tiene Ricardo León puntos inmantados. Entre los que Ricardo León debe enseñanzas se cuentan Antón de Montoro, Ambrosio Montesino, Garci Sánchez de Badajoz, Jorge Manrique y otros. Y si venimos hacia el siglo XVI nos encontramos con que toda la ideología de Ricardo León se nutre de la lectura de filósofos de tan robusta mentalidad como Arias de Montarco, Ginés de Sepúlveda, Fox Morcillo, Luis Vives, Francisco Sánchez, Pedro Simón Abril, Juan Boscán, Alejo de Venegas... Ricardo León no se ha desviado, lo más mínimo, de nues-

tros clásicos. En su libro se encuentran, y algunas de ellas hechas de un modo muy feliz, glosas y paráfrasis de los más grandes poetas castellanos. Tarea de suma facilidad sería el ir señalando en qué célebres composiciones antiguas están inspiradas estas composiciones actuales que integran el volumen *Alivio de caminantes*. Básteme decir que su esencia, á veces, y en su forma, siempre, no desmerecen de las originales. Quevedo, Valdivieso, Manrique, deben de quedar á Ricardo León agradecidos por haber exhumado, de manera tan honrada sus maneras de hacer, que son hoy glorias de nuestra historia literaria. Además en esencia, ¿qué diferencia hay entre «Hablas interiores» y «La noche obscura del alma», de San Juan de Luz, ó entre las décimas que llevan el mismo título del libro y la admirable epístola de Francisco de Quevedo al conde-duque de Olivares? Ninguna. Pero no es esto sólo. Ricardo León es, también, cantor que no desdeña poner en su canto opulencias rítmicas. «Serenata» es una prueba, indudable, de ello. En esta poesía el verso tiene una cesura en medio, que lo hace más ágil y le da mayor soltura, alejándose, de este modo, de la monotonía que tendría á carecer de este corte... Hay en este libro de que me vengo ocupando una composición — «Rescate» — que por su

arrebato lírico evoca al peregrino ingenio Garci Sánchez de Badajoz. Me parece, dada su esencia y su forma, la mejor, aunque, á veces, los acentos están mal cargados; pero esto no es un defecto de los versos escritos por Ricardo León sino de muchos versos castellanos, escritos por genios de la lírica, en los que, generalmente, se hacen las sílabas largas ó cortas merced á los acentos.

Ricardo León es uno de los escritores modernos que más han ahondado en el idioma, y que, por esa causa, con más elegancia lo maneja. Desdeñó, desde su nacimiento á la vida literaria, á esos individuos que van á buscar el modelo para sus obras á las novelas francesas actuales que son, en su mayoría, groseras y de mal gusto. Y, como desdeñar es vencer, triunfó sobre el medio y se elevó al medio, canalizando, á la par, una corriente de buen gusto literario que se hallaba dispersa y que, por lo tanto, se perdía. En la actualidad hay, en ideas como en la forma, un renacimiento clásico que es necesario darle vigorosidad para que detenga la intrusión violenta de seres que habitan en el clima social, moral y mental de José María Carretero—individuo que, por lo absurdo, ya se ha hecho representativo. Ricardo León, en fin, ha de ser al renacimiento clásico castellano lo que fué, en aquel glorioso renacimiento italiano, del cual queda

un recuerdo que lo hacen glorioso buen número de inmortales obras, un Angel Policiano ó un Miguel Angel Buonarotti. Parecerá, á no pocos, exagerada esta rotunda afirmación. Pero creo, sinceramente, que todo aquel que de despaciosa manera examine la obra de Ricardo León, encontrará, de sobrado modo, justificados mis elogios á este escritor, no sólo á lo que su forma se refiere, sino á lo que es el fondo de sus libros, á su entraña; de un recio castellanismo.

VI

DON JOSÉ ECHEGARAY

La huella de su obra.

En estos días, y con motivo de haberle sido concedida á don José Echegaray, como recompensa á sus relevantes servicios al frente de organismos de la cosa pública, la más grande condecoración que sobre el pecho pueden ostentar aquellos de los humanos nacidos en tierras de España, se ha vuelto á hablar con alguna insistencia, en determinados círculos donde acostumbran á reunirse escritores, de la personalidad en la literatura alcanzada por este ilustre y sabio matemático, por este insigne autor dramático, que, dicho sea en honor de la verdad, ha sido como eje, como centro de una modali-

dad intelectual, en cuyo derredor se han movido un número nada escaso de hombres, y otro número, también crecido de ideas—hombres é ideas que, de manera que aun hoy se discute, han llenado la historia del teatro español en los últimos veinticinco años del siglo XIX.

Débese decir—y al decirse, tal vez se traduce en palabras una creencia sólidamente arraigada en dos generaciones, lo menos, de las que nos han precedido—que Echegaray, heredero directo de Calderón, ha causado, con su obra, una honda huella en la literatura dramática de esta nación. ¿Esa huella la ha causado también en la vida social de esta nación? La vida y la literatura se influyen recíprocamente. Es, sin embargo, de una absoluta imposibilidad señalar los casos en que la acción de lo escrito sobre el existir es más visible que la influencia opuesta. Aunque para ello recurriese á cuanto informa la existencia y á cuanto es germen de las producciones literarias, echando de paso, mano de las más sutiles paradojas psicológicas, no lograría el fin propuesto. Max Nordau, que ha afrontado este hondo problema, sólo dice, como resultado de su laborioso estudio, que llega un momento que para el escritor lo que le ofrece el espectáculo de la vida y lo que le dicta su imaginación, está tan unido, tal vez por

una íntima y secreta trabazón, que es casi de todo punto imposible, separar lo pensado y lo visto, cuando lo va á trasladar á las cuartillas para convertirlo en letra de molde...

La enorme masa de la obra de Echegaray no ha causado huella alguna en la vida social de esta nación. ¿Debido á qué causas? Es en extremo difícil determinarlas. Debe decirse, sin embargo, que Echegaray no ha dejado sentir su influencia en la vida del modo tan intenso que la ha dejado sentir en la literatura porque el contenido ideológico, la levadura artística de sus dramas, está vinculado en una edad de la que en el momento actual, estamos divorciados, mejor dicho, nos es absolutamente extraña. Pero hay en cuanto escribe Echegaray un nervio tan reciamente castellano, tan de acuerdo con lo que se escribió en esos años cuyo recuerdo aroma aún nuestra vida, que fuerza, aún á los que no quieran, á la admiración... La medula de la dramaturgia de Echegaray es la misma que la de aquellos, nuestros inmortales escritores que vivieron en los días del reinado de Felipe IV... Es menester señalar, que aunque este escritor no ha actuado con sus escritos sobre la realidad de la vida, ha causado, como de ello queda hecho mención, una honda huella en parte, nada escasa, de nuestros autores dramáti-

cos, aun en ciernes. A Echegaray—es necesario anotarlo—aun condenando su manera de hacer, sus falacias de retórico, sus artificiosos procedimientos, se la ha seguido en el camino por él trazado. Podría aquí decir, para corroborar lo anteriormente inserto, varios nombres, y con esos nombres los títulos de varias obras. Pero no es mi deseo, alabando á Echegaray en la medida que mi admiración me dicta, detractar á otros escritores que, en el momento presente, han caído en el olvido, ó arrastran su inutilidad intelectual, la derrota de sus ilusiones en cualquier asilo de los que la magnanimidad del presupuesto suele, de cuando en cuando, depararles.

La filiación de Echegaray como poeta es menester buscarla en Calderón. Echegaray tiene con Calderón muchos puntos imantados. Diría más bien, sin temor á equivocarme, que Echegaray tiene el alma de la raza, porque, como ella, con un varonil encanto, es impetuoso y violento, porque, como ella también, es recio y altivo... He de declarar sin rubor, que muchas veces en esos años de la dorada adolescencia, mi sensibilidad se ha visto secuestrada, vencida, por su astro robusto, frondoso, opulento, genial. Cada una de sus obras, debido al conflicto de la vida ó de la conciencia en ella planteado, abruma, deslumbra, causa enor-

me sacudida en nuestro sistema nervioso, en nuestro sentimiento. Echegaray ha sido dueño, como ningún autor dramático, de hacernos sentir emociones, de disciplinarnos á su imaginación nuestra imaginación, de enfrenar á sus ideas nuestras ideas. Echegaray ha sido el dueño, el tiempo de estar sentados en la butaca, de nuestras almas. Pero el insigne literato no ha sabido, ó, más bien, no ha querido, que esos instantes emocionales tuvieran un recuerdo que perdurara en nuestra memoria. Después de ver un drama de Echegaray nuestra sensibilidad, secuestrada un momento, tal vez vencida, como he dicho, en aquellas ideas declamadas por aquellos hombres y aquellas mujeres que en el desarrollo de la acción de una obra cualquiera—*El loco Dios*, por ejemplo—intervenían, se ha dejado llevar por la fantasía del poeta, por su llamear romántico, por su verbo satírico, por su estro y su facundia—cualidades que hacen que á Echegaray se le crea de la estirpe mental de Calderón—más que por las enseñanzas que de las producciones del eximio escritor se pueden obtener, al vincular lo acaecido en el escenario con la vida...

Declaro sin rubor — ya lo he dicho — que tengo una desmedida admiración por el insigne autor de *La desequilibrada*. Me ha parecido, dentro de la literatura cas-

tellana, una figura sólo comparable, por la enorme masa de su obra, á la de Lope de Vega. Cónstame que alguno de sus dramas ha sido escrito aún en menos tiempo que muchos del celebrado «fénix de los ingenios». Y con respecto á la entraña, á la levadura artística de su teatro, no puede dudarse que Echegaray, si no ha estado atento á los latidos del alma nacional, no se desvía en mucho de una modalidad que, pese á los detractores, es ingénita de la raza.

El nombre de Echegaray señala una época en la historia de nuestra literatura escénica. Ese nombre — debe declararse — ha sido durante un largo período de tiempo, el ídolo de cuantos un día asombráronse ante su estro, ante su enorme fantasía de poeta. Eso es, antes que nada, Echegaray: un poeta. Sus dramas—algunos—serán endebles de técnica. Pero hay en ellos una llama romántica, de romántico acuñado con las ideas ambientes en su edad, que tapa cualquier defecto y cubre toda endeblez...

Mi rotunda admiración, sin embargo, no me mueve á dejar de decir la verdad. Aunque Echegaray ha tenido en la literatura escénica, durante más de veinticinco años, una influencia decisiva, y su obra ha dejado en la historia literaria de España una indeleble huella, su recuerdo no vive entre nosotros.

La razón es sencilla. Echegaray, aunque ha ido derecho á buscar nuestra sensibilidad, no ha actuado, lo más mínimo sobre nuestros sentimientos. Al mágico conjuro de su lira de poeta, no han respondido las fibras de nuestras almas. Y es porque Echegaray no ha hablado al alma como Becquer, como Campoamor, tal vez, como Espronceda. Echegaray, más dueño de ciertos tecnicismos teatrales, ha ajustado sus versos á lo que su imaginación creara, sin preocuparse, para nada, de vincularlos en aquéllo que es conformativo de la mentalidad de una nación en determinada edad. Pero lo dicho, repito, no amengua la admiración á que este ilustre literato tiene derecho por la masa ciclópea de su obra.

VII

MANUEL LINARES RIVAS

Comentarios á dos de sus obras.

La musa, reciamente varonil de Manuel Linares Rivas ha arrancado, de nuevo, al olvido ese poemático suceso, que tiene más de leyenda que de realidad, atribuído á lady Godiva y, según dicen, acaecido en Coventry Hace ya muchos años que en varias iconotecas, en diversos museos, existen lienzos, debidos, algunos de ellos, á los pinceles de divinos pintores, en los que por siempre vivirá inmortalizada aquella noble dama, ejemplo de abnegado heroismo, que hizo dejación de cuanto era atributo de su virtud, que se impuso el sacrificio de su pudor en aras del amor que

tenía á su pueblo, con el objeto de salvar á éste, de la miseria que le amenazaba si se llegaban á cumplir las arbitrarias órdenes dadas por el bárbaro señor de la ciudad—señorío que alcanzaba, según era costumbre en aquellos tiempos medioevales, á las vidas y á las haciendas. Pero esos divinos pintores no dejaron vivo, con sus cuadros, más que el recuerdo del crítico instante en que lady Godiva, completamente desnuda y montando un caballo negro — como si quisieran buscar el impúdico contraste de la blanca piel de la hembra con el obscuro pelo del noble bruto—atraviesa los levadizos puentes de su señorial mansión y se dispone á internarse por las sombrías y solitarias calles del viejo Coventry. Era, en verdad, necesario que la leyenda ó el suceso — no he de sondar en la historia de Inglaterra con el objeto de saber si el hecho responde á un decir del rumor popular, sin realidad alguna, ó merece autenticidad—, tuviera, además de la emocionada acogida que le ha dispensado el orbanejismo de un cierto número de los artistas pictóricos, un cantor que, con su maravilloso estilo, convirtiera en sonoros versos el momento sentimental de una bella dama que gustosa arrostra la vergüenza de la impudicia ante el deseo de salvar á los ciudadanos de Coventry. Y un día,

debido á la lira de Ténnyson, todos los ingleses, que son amantes de lo que ha ennoblecido á su patria, leyeron, con verdadera fruición, el mágico poema que dedicaba al suceso de que fué protagonista lady Godiva. Algunas estrofas, aquellas que eran más plásticas y más humanas, eran recitadas de memoria por los buenos ciudadanos que abrieron sus ojos á la vida contemplando las brumas británicas. Pero esto, con ser mucho, no era bastante. La abnegada figura de lady Godiva necesitaba asomarse á un escenario. Alfredo Ténnyson, el poeta más clásico de los románticos ingleses, no hizo más que, entre floreos artísticos de palabras dentro del lenguaje más castizo, mostrar á sus coetáneos la delicadeza de alma de aquella heroina que, aunque no lo sea, parece de leyenda, por el desinterés conque se despoja de sus galas para salvar á su querido pueblo, afrentando al verdugo de su pudor y estigmatizando, con su noble acto, la bestialidad instintiva de su marido. Este poema, si se ha de decir verdad, estaba ya olvidado. Deber era, en los actuales tiempos reverdecer el hecho para que, los que en estos años vivimos, aprendiéramos, en él, á sacrificarnos por un conglomerado social, por una colectividad, que es donde, verdaderamente, se ve el espíritu del sacrificio

porque no es menester decir que lo hace sin aspirar á recompensa alguna. Pero había necesidad, una imperiosa necesidad, de presentar á lady Godiva con todas las incertidumbres, con todas las inquietudes que, á buen seguro, precedieron á su resolución. Es decir, que de los efectos era, absolutamente preciso elevarse á las causas y, aun desde las causas, una honradez mental obligaba á remontarse á los principios. Y esto no era factible conseguirlo más que llevando el hecho, tal como la tradición hasta nosotros ha llegado, á la novela histórica ó, aun mejor, al teatro por ser la emoción que éste causa mucho más intensa que la que puede producir cualquier lectura, aunque muy intensamente actúe sobre nuestra sensibilidad. Lady Godiva se asomó al escenario mostrando las bellas y poemáticas andanzas de su vida, merced al calor emocional que le ha dado la musa, reciamente varonil, pues en ella hay alma, de Manuel Linares Rivas...

Pero Manuel Linares Rivas, ha hecho, al llevar el suceso mencionado al teatro, ciertas adulteraciones en su asunto inicial, en su idea central. ¿Ellas han favorecido la leyenda? En absoluto aseguraría que no. Debo decir, sin embargo, que la han humanizado dándole á la figura de la protagonista una vitalidad de la que, hasta aho-

ra, carecía. Ténnyson, en sus versos, procuró que lady Godiva no saliera de los lindes de un ensueño, de los límites de lo imaginativo. Linares Rivas, menos poeta quizá, ha sabido, después de infundirse en el espíritu antiguo de la tradición, hacer carne de lo que no había servido más que para una fantasía poética. Con esto, excusado es decirlo, se ha hecho más notoria la abnegación, el sacrificio de la noble dama. Y por ello el ilustre escritor merece un caluroso elogio, sin regateos ni reservas mentales de clase alguna. Pero ahora cabe preguntar ¿es lícito falsear una leyenda ó alterar la verdad de un hecho histórico? Al examinar el engendro literario de Macías del Real, ese vulgar denunciador que es, como hombre y como escritor, absolutamente despreciable, decía que era una inmoralidad el seguir una determinada huella para luego apartarse, en un instante dado, porque equivalía á hacer una corrección en la obra en busca de la cual se había ido como manantial de inspiración. Pero esto, antes dicho, necesito, ahora, aclararlo diciendo que el tal hecho es una inmoralidad cuando el que lo ejecuta tiene ese truculento nombre de Juan Macías del Real y la obra sobre la que lo ejecuta ha sido descrita por don Benito Pérez Galdós. El caso de Linares Rivas es,

diametralmente, opuesto al mencionado. Manuel Linares Rivas tiene sobrado talento para no tener que ir en busca de materiales ajenos para componer sus comedias. Eso sólo es patrimonio de sujetos de la estructura moral del antes mencionado. Y es menester señalar que es distinto bucear en la historia ó en la anécdota histórica que utilizar toda una serie de novelas.

Ya he dicho que Linares Rivas ha hecho alteraciones de bulto en la leyenda de lady Godiva. ¿Esas alteraciones han modificado en esencia el carácter de su protagonista? Debo declarar que ha sucedido todo lo contrario, pues lo han acentuado. En el poema de Tennyson, que tengo á la vista admirablemente traducido por don Vicente de Arana, la figura de lady Godiva es borrosa, sus rasgos no se acusan con energía. En cambio en la admirable obra de Linares Rivas, esta figura, es mucho más intensa y se destaca, por consiguiente, más reciamente, más vigorosamente. ¿Se ha separado mucho Linares Rivas de lo escrito por Tennyson? Alfredo Tennyson ha seguido, en todo, el asunto inicial de la leyenda y Linares Rivas la ha alterado en alguno de sus puntos porque de esta manera ha destacado del poema y del cuadro la figura perfecta de aquella heroica mu-

jer. Pero en lo que Tennyson y Linares Rivas convienen es en revestir á Lady Godiva de una bondad y de una ternura que maravilla, como maravillaría la contemplación de un milagro. La lady Godiva del poema de Tennyson es más, por la poesía de que la rodea, un ser ideal que una mujer. En cambio la lady Godiva de la obra de Linares Rivas es, antes que nada, esa poesía hecha carne, es decir, una mujer que tiene extraordinariamente desarrollado ese innato espíritu de sacrificio que tienen todas las mujeres.

He señalado, y creo que de sobrada manera, cuantos motivos de inspiración Linares Rivas ha ido á buscar á Tennyson Estos, en verdad, han sido escasos, pues se ha atenido más al espíritu de la tradición que al poema del celebrado autor de *The Cup*. Además ya he declarado que las enmiendas que introduce el ilustre literato en esa leyenda que ha utilizado, que, dicho sea de pasada, es originaria del feudalismo inglés, lejos de deslustrarla la embellecen... Este es, como por lo inserto se verá, un caso diametralmente opuesto al de Macías del Real.

Manuel Linares Rivas no es — con su obra *Lady Godiva* de modo rotundo lo ha demostrado — un poeta más que fuera á sumarse á la reducida pléyade de los, en

la actualidad, triunfantes por sus recientes éxitos sobre la escena. Los versos del notable autor de *Aire de fuera* no tienen la sonoridad de los de Villaespesa ni las opulencias rítmicas de los de Marquina ni el luminoso encanto de los de Valle Ynclán. Linares Rivas en *Lady Godiva* no deja, ni un momento, de ser el hombre de teatro—permítaseme el galicismo—que está más atento á la acción, al desarrollo de la acción, á la idea centro del asunto teatral, que á darle musicalidad, que á llenar de lirismo aquellas estrofas que han de decir cuantos en el drama intervienen. Pero si Linares Rivas no es en este sentido un poeta lo es, en cambio, sabiendo dominar los resortes de nuestro interés al ordenar una serie de episodios de manera que mantengan suspensa la atención de los espectadores. Y este ha sido, en verdad, el éxito alcanzado por *Lady Godiva*. El hábil modo de combinar la acción, de concertar los sucesos que componen la acción, para que el ansia por saber el final del conflicto planteado vaya en aumento, es más importante en la obra de Linares Rivas, por ser lo que en ella intensamente domina, que lo que pueda actuar sobre nuestra sensibilidad, ó lo que nos pueda forzar á la meditación. Lo dicho bastará para comprender que Linares Rivas autor de comedias hace, con

facilidad, olvidar á Linares Rivas autor de los versos en que está compuesta *Lady Godiva.* No es esto decir que el insigne dramaturgo no sea poeta. Me libraré, en absoluto, de negar esa cualidad, porque Linares Rivas lo tiene ya de sobra acreditado. Bástele á quien esto leyere, y para robustecer, á la vez, mi aserción, recordar algunas escenas de sus comedias, en las que campea una honda poesía, y si esto fuera poco remitiré, al que lo dude, á la lectura de *El Caballero lobo* — obra que bien se pudiera señalar como la precursora de *Lady Godiva.* Lo que tiene es que Linares Rivas está más atento á extraer de la cantera de la vida hechos vinculados en la realidad que esos otros hechos nutridos por jineteos imaginativos. Los psicólogos de la fuerza ideológica y de la categoría mental del autor de la obra que se estudia sacan más provecho de sondar en la sentina de los instintos que de estudiar el contenido divino de la humanidad.

Manuel Linares Rivas, poco después de su incursión por los campos de la poesía—incursión en la que, dicho sea de pasada, le acompañó el éxito—ha vuelto á hacer gala en una interesante comedia, de sus conoci-

mientos sociales, de su lucidez psicológica y, ante todo, de su verbo satírico. La nueva obra titúlase *Doña Desdenes*, y, según rezan los carteles, está escrita sobre el armazón de una obra húngara. A no declarar el ilustre comediógrafo, con estricta probidad, la filiación extranjera de *Doña Desdenes*, nadie, á buen seguro, la hubiese visto. Desde que se inicia la acción, el espectador se encuentra en un clima espiritual que le es común. Esta es, la de trasplantar el clima espiritual de una obra, la más grande dificultad con que tropiezan esos traductores y arregladores al estilo del señor Melgarejo. Hace falta poseer el delicado gusto y la agilidad mental de Linares Rivas para darse exacta cuenta de que el éxito de una comedia estriba, principalmente, en hacerla intimar, podándola de toda ramazón exótica, con nuestro medio social, con nuestra definición de la personalidad humana, con todo, en fin, lo que sea trasunto de nuestras pasiones. Manuel Linares Rivas, acostumbrado á sondar en la psicología de este pueblo, lo comprendió así. Y atento á ello, purgó la obra de aquellos elementos vitales que nos habían de ser extraños. ¿Lo consiguió? Ya he dicho que desde que se inicia la acción, el espectador se encuentra con que todo lo que en el escenario sucede tiene una cierta secreta trabazón con nuestras más íntimas ideas.

El ilustre escritor habrá conservado de la obra húngara el tronco, que no pertenece á nacionalidad alguna porque es humano. Todo lo demás que integra la comedia—el ambiente, los caracteres, las pasiones, en fin, cuanto define la personalidad humana—es resultado de los atisbos psicológicos, ó, mejor dicho, ha salido de la inventiva y de la experiencia del insigne dramaturgo. Por eso me ha parecido un exceso de honradez literaria—y digo exceso porque aquí estamos á ella completamente desacostumbrados—el que Linares Rivas declarase la estirpe exótica del asunto de su comedia. Repito «su» comedia y no «la» comedia, porque nadie puede negar, ni aun el crítico más exigente y descontentadizo, que todo aquello que tiene vitalidad en la obra es de la exclusiva propiedad del ilustre escritor. Los personajes que en el desarrollo de la acción de *Doña Desdenes* intervienen, viven y piensan á la española. ¿Habrá alguien que se atreva á pedir una prueba más fehaciente de que la comedia no sólo no trasciende á exótico, sino que cuanto en ella sucede únicamente es debido á los sondajes psicológicos, á la sensibilidad artística y al fértil y elegante ingenio de Manuel Linares Rivas? Creo que no. Si alguien por casualidad, hubiera que desintiera de esta opinión habría necesidad de remitirlo al estudio de nuestra dramatur-

gia actual en relación con las comedias y los dramas que en estos años producen los demás países. ¿Cuál de ellos no está escrito sobre un armazón ya conocido? En verdad, son contados. Ahora, que sus autores han creído conveniente callar la procedencia del asunto que ellos han desarrollado. Ya he dicho que la probidad literaria del ilustre comediógrafo es rara. Otro autor cualquiera, de esos que se entretienen en su ratos de ocio ó en sus épocas de cesante, en corcusir comedias ó dramas, no hubiera de modo alguno declarado la filiiación extraña de la obra de la que está extraído el tronco. Y si la crítica llega á descubrirlo, fiero, hubiese arremetido contra ella, diciendo que la labor de un crítico es únicamente la de reseñar cuanto en una comedia sucede.

Todas las comedias de Linares Rivas se distinguen por la hábil manera con que los episodios se suceden. Al hacer algunos comentarios acerca de *Lady Godiva* lo dejo dicho Ahora lo vuelvo á repetir. Las obras de Galdós y dos ó tres de las de Benavente—Galdós, Benavente y Linares son, dicho sea al correr de la pluma, los tres únicos autores dramáticos que merecen tomarse en serio—carecen de teatralidad. Sus autores han estado más atentos á descubrirnos las almas de los personajes que intervienen en el desarrollo de la acción, que á la acción. Y por esta

causa las escenas se suceden lánguidamente, perezosamente, sin interés, porque el interés radica de un modo exclusivo en apresurar todo cuanto sea posible, dentro de la lógica y de la marcha armónica que la obra debe tener, el desarrollo de los acontecimientos. Claro está que hay obras de los autores antes mencionados, que tienen un supremo interés en el diálogo. Las frases que las personas colocadas sobre la escena dicen, poseen un delicioso encanto para cautivar nuestra atención sin que nuestra curiosidad vaya en busca del desenlace. Pero para esto hay que tener una reciedumbre mental de la que actualmente, entre nuestros dramaturgos, se dan contados casos. Los autores de comedias ó de dramas tienen que sacudir la sensibilidad del espectador, utilizando para ello obscenidades y audacias escatológicas ó, cuando no, actuando sobre el ánimo mostrando al desnudo, el humano instinto, tal como brota del choque de las pasiones y del contraste de los sentimientos... Pero Linares Rivas no necesita acudir á estos recursos ni utilizar estos resortes. Le basta con su ingenio satírico, que, además de ser de la más pura estirpe castellana, es vivo y acerado, para adueñarse en un instante de cuantos le escuchan. Prueba de ello es *Doña Desdenes*. Esta obra á estar desarrollada por otro escritor sería insoportable, porque su arma-

zón es extraordinariamente endeble. Pero Linares Rivas ha sabido, haciendo un alarde de ingenio, construir sobre un argumento insignificante y pueril y primitivo una comedia humana en la que los caracteres están de modo admirable definidos. Y esa ha sido la causa de decir que Manuel Linares Rivas ha escrito una obra que es de su exclusiva propiedad. Sólo un exceso de honradez literaria pudo hacerle declarar la filiación no española de *Doña Desdenes*. Doy de ello fe...

VIII

EN DEFENSA DE ESPAÑA

Caso á imitarse.

Desde hace años—para fijar fecha, diré que desde que celebró la fiesta del centenario de su independencia—atentamente observo el desarrollo que se está operando en cada uno de los diversos órdenes que integran el conglomerado social de la República Argentina. Primero, me suministraron noticias de la vida de la naciente nación buen número de artículos y de documentados estudios, insertos en periódicos y revistas españolas y extranjeras. Luego, fuí en busca de datos á los libros. Y debo decir que los hallé de modo sobrado. Entre los volúmenes que, últimamente, tuve á con-

sulta merece citarse el de Julio Huret, titulado *De Buenos Aires al Gran Chaco*. La vida de la Argentina, tal como es en la actualidad, está retratada, con la misma fidelidad que si fuera una fotografía, en las seiscientas páginas de que este notable libro se compone. Julio Huret—es deber el anotarlo—no es solamente un literato que se contente con dar la sensación de las cosas de un modo externo. Alcanza á más, según se deduce de cómo se muestra en sus escritos acerca de viajes.. Muchas veces el escritor se convierte en crítico social, y tiene para ello que ahondar en la entraña de lo que en un instante vieron sus ojos. Y después, de despaciosa manera va, con ayuda de su privilegiada clarividencia y de su exacto sentido de la vida, haciendo historia detallada de los adelantos realizados y midiendo, además, los inconvenientes y las ventajas á qué señaladas mejoras ó á qué determinados atrasos pueden dar lugar, haciendo más recias ó atrofiando—según los casos—las pujantes energías colectivas de lo que se examina. Huret no es un Blasco Ibáñez. Pero Julio Huret en este libro *De Buenos Aires al Gran Chaco* comete graves faltas. Una de ellas es la de decir que lo único malo que en la actualidad existe en la capital de la República Argentina son

los residuos de la época de la dominación española. ¿Debe tomarse en serio esta afirmación? Creo rotundamente que no. Es cierto, por desgracia, que los españoles no realizamos en América una labor que pueda servir de ejemplo á las edades venideras. La razón de ello á nadie que haya sondado un poco en la sensibilidad castellana se le ha de ocultar. España, como todo pueblo de raza grande, sabe conquistar llevando, allí donde se le antoje, su bandera por el brioso empuje de las armas. Pero, en cambio, es incapaz de colonizar. Las razas colonizadoras son, por lo general, las razas egoístas...

En su libro habla Julio Huret de los adelantos de que en la actualidad goza Buenos Aires. Y al señalarlos menciona, en primer término, á sus conciudadanos, luego á los alemanes, á los italianos, á los ingleses, para los que todo son alabanzas. En cambio parece muy interesado en detractar el recuerdo que pudieran haber dejado los españoles, diciendo—como más arriba anoto—que lo único censurable, en la ciudad que nace, es aquello que tiene huella de los años de la dominación de los que nos cobijamos bajo la gloriosa bandera roja y gualda. Esto no puede admitirse. Aunque hubiera yerros en los siglos pasados, hoy están ro-

tundamente enmendados merced á la obra realizada por algunos preclaros hijos de esta noble tierra. Uno de estos es Manuel Castro López.

Manuel Castro López vive atento á elevar el nombre de España. La labor por él realizada durante estos últimos años en la Argentina es digna de la más alta consideración. Todos los españoles, y en especial los que hemos nacido en tierras de Galicia, le debemos á Castro López eterno agradecimiento. Este ilustre escritor ha llevado á la capital de la República Argentina la voz honrada de los paisanos de Concepción Arenal, y, además, ha trabajado intensamente por dar su verdadero valor á lo que, debido á campañas tendenciosas, había caído en el descrédito.. Galicia le debe á Manuel Castro López el que sea conocida tal como es. Hasta que Castro López hizo prevalecer la verdad acerca de la bella región, cuyas costas bañan las aguas del Cantábrico, teníase, en la Argentina, á Galicia como lo más despreciable de cuanto existía en España. ¡Cuán desdichada idea! Galicia es una de las regiones más adelantadas. Podríase en ciertas industrias compararla á Cataluña, que marcha al frente—no es posible callarlo—del movimiento comercial de España. Todo cuanto significa

energías productoras hoy se cuida, muy especialmente, en Galicia... Los pueblos, aunque tarde, se están dando cuenta que su mayor vitalidad radica en el desenvolvimiento que con sus medios propios puedan adquirir. El Estado de lenta manera se va desentendiendo de los cuidados que antes les daba. Y es porque, á buen seguro, habrá pensado que los pueblos ya son, por las fuentes de vida que poseen, excesivamente maduros para que sobre ellos se ejerza clase alguna de tutela.

Ya he dicho que la región galaica le debe á Manuel Castro López que se la considere, en la Argentina, en su verdadero valor. Este conciudadano nuestro ha sido el que,merced á una constante labor, desde la revista y desde el libro, ha hecho que entre parte de los sudamericanos se eleve el nombre de esta tan menospreciada España. ¿Es merecedor el ilustre literato de que venimos hablando de que la nación entera le esté agradecido? Creo que sí. Ejemplos de este estilo acostumbran á ser contadísimos. Y es, sencillamente, porque nuestro instinto, que es ingénita ley impuesta á los humanos por fuerzas superiores, desconocidas, nos exige á nosotros, los hombres, estar más atentos al bien individual que al bien colectivo. El verdadero sacrificio—lo diré cla-

ro—es todo aquél que al hacerlo no busca se le muestre en una forma precisa el agradecimiento. Y Manuel Castro López—no se hace necesario decirlo—es de lo que se sacrifican, que realizan el bien, porque con ello satisfacen una nativa bondad de alma, no por anhelar recompensas ni desear se le dediquen frases laudatorias en periódicos y revistas, que, en verdad, sea dicho, para nada sirven ni á ningún fin práctico conducen... Debo á una notable escritora, oriunda de la Argentina, el conocer lo que vale Castro López. En su casa, abierta á todos los artistas, he leído con detenimiento algunos números del *Eco de Galicia*—periódico que bajo la acertada dirección de Castro López publícase en Buenos Aires—y allí he hojeado, últimamente, con el cariño que me inspira cuanto se refiere á la región en que he nacido, el *Almanaque gallego*, verdadero libro, más bien verdadera antología de artistas que por vez primera vieran la luz en tierras bañadas por el Sil y el Miño. Estas dos publicaciones periódicas no necesitan para nada de mi elogio. Ellas por sí solas se recomiendan, debido á la bondad de su texto y á lo acabado de su confección. De ellas, sin embargo, debe decirse que han sido las dos únicas voces alzadas en Buenos Aires para dar una verdadera valora-

ción á la Argentina, de Galicia. ¿Lo han logrado? Me atrevería á asegurar que sí. Para esta rotunda afirmación he sondado en ciertos diarios bonaerenses. Y ya convencido, estampo aquí el nombre de Manuel Castro López con el orgullo de dar á conocer un caso digno de ser imitado, hoy que existen tantos detractores de España, no debiendo ser más que de los españoles.

IX

DEL IDEAL AL INTERÉS

Una nueva revista.

Recientemente ha salido á la luz una nueva revista. Titúlase esta publicación, que aparecerá con periodicidad de un mes, *Pharos*. Ya este nombre es un emblema. Pero no me detendré en el examen de las influencias que pueden haber ejercido determinados recuerdos históricos en el ánimo de sus fundadores. Bástame decir que al conjuro de ese mágico nombre, que evoca leyendas míticas, hubo de nacer, á buen seguro, todo el programa que en lo venidero ha de desarrollarse en esta recién salida revista denominada *Pharos*... En el artículo de salutación dicen sus inspiradores que *Pharos* no

va á ser una revista más, sino una revista única, porque no fían el éxito de su empresa en la explotación de malsanas curiosidades, ni en la competencia imitadora de un buen negocio. En estas palabras— como fácilmente se descubrirá—se encuentra, sintetizada, la línea de conducta que en lo futuro sus editores han de seguir. Además, con frases que tienen el valor de una seria promesa hacen notar, al que leyere, que en lo sucesivo dedicarán *Pharos* á la actualidad artística—arte, se entiende, en sus diversas manifestaciones— sin olvidar, por supuesto, el arte del pasado,el arte clásico, ese maravilloso arte que ha sido para nosotros como la luz que nos alumbrara en este doloroso tránsito, que se llama vida... Esta línea de conducta, merecedora de calurosos elogios, que se proponen seguir la irán desarrollando en los números venideros. Como por estas declaraciones se verá, el propósito no puede ser más honrado ni más meritoria la iniciativa.

En estos modernos tiempos es necesario poseer la enorme cantidad de entusiasmo que da la ardentía de la mocedad para lanzar á la calle una revista ó un periódico que no esté lleno de obscenidades ó de audacias escatológicas con el insano objeto de sacudir el sexo del lector. En los últimos meses, y sucesivamente, han aparecido seis

ú ocho periodicuchos, cuyo nombre no estampo aquí, porque manchan. Todos ellos tienen el exclusivo objeto de alimentar el instinto más bajo del hombre. ¿Qué decir de quienes los editan? Esos señores—lo declaro sin temor de clase alguna—me dan, sencillamente, asco. Además, con nada tratan de excusar su insano mercaderismo. Al contrario, se diría que hacen de él ejecutoria de sus apellidos, de esos apellidos que—debo decirlo al correr de la pluma—no se distinguen por su nobleza de antaño ni de hogaño ni los que los ostentan les dan, con sus actos honorabilidad alguna, aunque hay un cierto sujeto que dice, contrayendo su cara con un gesto que haría las delicias de los modernos Alcibiades, que el apellido que su padre le legó tuvo su cuna en la batalla de las Navas... Estos individuos no son, en verdad, merecedores de un acre comento. En la labor que realizan no les guía, ni mucho menos, un instinto desmoralizador, sino, sencillamente, un deseo de medro personal. Por esta razón su ruindad se escapa á una recia diatriba. En su haber no anotan actos que pudiéramos calificar de inmorales. Pero la amoralidad, es, á veces, mucho más perjudicial. Y la amoralidad, debe decirse, es la que practican esos «amorales» sujetos, que no tienen inconveniente en envenenar una parte, por desgracia no escasa, de nuestra

sociedad con tal de llenar su bolsillo... Produce un hondo dolor, porque pone de relieve al nivel medio de cultura en la actualidad existente, el confesar que el público responde con más entusiasmo á una de esas hojas impresas que producen el deseo ó, por lo menos, la satiriasis del deseo, que á una revista educativa que tenga por único objeto el de que en nuestros espíritus dormidos, abotargados por la vulgaridad ambiente, entre á manera de aire saludable, el arte, el arte de nuestros escritores, de nuestros pintores, de nuestros escultores, en fin, la vida en su parte bella ó embellecida por la luminosa mentalidad de quienes supieron interpretarla, sin hacerla caer en esos bajos instintos del hombre, bajos instintos que los disculpa la razón fisiológica del sexo. Pero no es honrado, y me atrevería á decir que no es moral, el exaltar por medio de dibujos, de caricaturas, de cuentos ó de artículos la lubricidad humana. Dejo á las personas de sana conciencia el que le apliquen los calificativos que merecen las personas que tal hacen. Además, debieran de estar atentos nuestros legisladores á la labor destructora, que, á la larga, tales propagandas pueden producir en la sociedad actual, y los sedimentos que éstas pueden legar á las venideras, para que, mediante una oportuna reforma del Código, se castigue esa

delincuencia que hoy goza de la más absoluta impunidad.

He hablado de los entusiasmos que son necesarios para consolidar una labor editorial periodística, cuando esta labor editorial periodística tiene el exclusivo objeto de aportar á la sociedad su contenido ideal. De estos entusiasmos han dado fehaciente prueba los señores Zavala y Verdugo y cuantos les acompañaron en su noble empresa. Después de dejar en la casa ajena lo más florido de sus mocedades, se han sentido aún con ardentías suficientes para que á su solo impulso naciera la propia. Y, en verdad, *Mundo Gráfico* honra á quienes lo fundaron, sino estuvieran ya de sobra honrados por la labor realizada al frente de otra publicación similar—labor que ha servido para que se les augurase el éxito más completo, sin esperar siquiera á que la nueva revista saliera á la calle...

Todos cuantos en la medida de sus esfuerzos realizan una obra cultural, son acreedores, por lo menos, á la recompensa del favor del público. Pero, por desgracia, en España no es así. El favor del público lo logran quienes satisfacen sus groseros instintos. Pero lo verdaderamente extraño, «en esta tierra de hidalgos», es que existen individuos dispuestos á satisfacer esos groseros instintos á cambio de un puñado de

pesetas. ¿En qué situación se colocan? La respuesta sería dura, durísima, y por eso prefiero callarla.

En España es menester, como antes digo, que los que en la actualidad dirigen la cosa pública se preocupen de las fatales consecuencias que dentro de algunos años esta relajación de la honestidad puede tener. Si en Francia le hubieran puesto á la relajación de la moral, por medio de hábiles leyes, un valladar, no tendrían hoy que lamentar, como lamentan todos los buenos franceses, el decrecimiento de su patria. En nuestra tierra, la ola crece, crece á medida que el impudor de la humanidad se despierta. Y es difícil predecir en qué límites se detendrá.

X

Don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Para darle una exacta valoración á la rotunda labor llevada á cabo por don Marcelino Menéndez y Pelayo se haría necesario dotar á nuestro diccionario de vocablos de los que carece en el momento actual. Don Marcelino Menéndez y Pelayo es un caso único en la historia de la literatura de una nación. Diríase, sin temor á exagerar, que al conjuro de su mágica pluma ha revivido un mundo de escritores que habían caído en el sepulcro del olvido. En sus libros, que son maravilla de sagacidad crítica de artístico estilo, de robusta ideología, de exacta documentación, se encuentran además de las cualidades mencionadas otras que, por lo raras, son muy dignas de tenerse en consideración. Una de ellas es un honrado deseo, que en todas sus producciones se observa, de restablecer á su verdadero clima intelec-

tual escritores que vivieron en otras centurias, y para los que, en el presente momento, se tenía esa estúpida indiferencia que nace al calor de la ignorancia. Otra de sus extraordinarias cualidades es la de su ecuanimidad perfecta—claro está que era necesario que ambas coexistieran—de la que da prueba fehaciente en ese maravilloso libro, al que hay que calificar de ponderación en esa clase de estudios, que se titula *Historia de los heterodoxos españoles*. ¿Puédese encontrar algo más acabado? No. Rotundamente se ha de decir, sin temor á contradicción de clase alguna, que no...La primera noticia que se tuvo en España acerca de las doctrinas heterodoxas se deben al catalán Girves. Luego vino el Padre Maceda y los conocimientos de ellas, considerablemente se aumentaron. Al padre Maceda siguió Walchio, de origen alemán y que se preocupaba, de modo extraordinario, por todo lo concerniente á España, que escribió la historia del Adopcionismo. Pero estas monografías sólo son conocidas, en la Península, de las personas cultas que se han dedicado á esta clase de trabajo, ó este orden de investigaciones. La mayoría de los españoles ilustrados ignoraban cuanto á nuestra heterodoxia se relacionaba antes de aparecer el estupendo libro de Menéndez y Pelayo. En él, y de manera maestra, se discurre de ciertos he-

rejes, de ciertos alumbrados, de ciertos molinosistas, de cuantos, en fin, no comulgaron en el cristianismo que es nuestro rito ortodoxo. Las páginas dedicadas á Claudio de Turín, á Arnaldo de Villanova á Pedro de Osma, son, sencillamente, admirables. Todas ellas se pueden reputar como modelos no sólo de erudición, sino también de comprensividad. D. Marcelino Menéndez y Pelayo es uno de los cerebros más comprensivos de España. Atestigua este aserto su *Historia de las ideas estéticas*. ¡Qué libro más lleno de doctrina! Es tanta la savia que posee, que el investigador de nuestros días no tiene más remedio que recurrir á él para que le señale el camino que ha de emprender en sus estudios. ¿Habrá alguien que se atreva á negar que la *Historia de las ideas estéticas* es la muestra más elocuente de una luminosa mentalidad? Yo, sinceramente, creo que no. En cada uno de sus tomos está condensado toda una época literaria, mejor dicho, una época artística, pues en muchas ocasiones de la literatura desciende á la vida, que es arte, según dijo Voltaire...Al contemplar la copiosa obra de don Marcelino Menéndez y Pelayo mi asombro crece, crece sin medida. Ambas obras citadas son completas. Tiene—claro está—la *Historia de los heterodoxos españoles*, sus límites de tiempo y de lugar—en la *Historia de las ideas estéticas en España*

sigue el desarrollo del plan del mismo modo. Empieza dicha historia en los orígenes de nuestra Iglesia, en los tiempos de las predicaciones de «El hijo del trueno» que era como hacíase llamar al Apóstol Santiago, y acaba con la última doctrina ó propaganda herética que en esta noble tierra divulgábase en el punto y hora que se cerraba el último volumen...He dicho noble tierra y debiera, en cambio decir, santa tierra, porque en ella jamás fructificó la mala semilla. En ella tuvo inevitable muerte toda doctrina repugnante al principio de nuestra cultura, á la *mica salis* que yace en el fondo de nuestras instituciones y de nuestras creencias. El cristianismo está fuertemente arraigado en nuestro sentimiento. Es de todo punto difícil que de él desaparezca. Puede el vendaval desolador de una propaganda heretical debilitarlo. Pero es, en cambio, casi imposible que consiga hacerlo morir. Aun en el más extraño á las doctrinas católicas hay un sedimento cristiano que permanece latente dispuesto á exteriorizarse en cualquier momento difícil de la vida. ¡El cristianismo! ¿Hay entre todas las doctrinas conocidas, alguna de más recia savia? El cristianismo nos nutre espiritualmente, moralmente, me atrevería á decir que materialmente. La idea cuerpo de sistema es humana. Y en esto radica su aceptación y, es más, su maravillo-

sa difusión...En la *Historia de las ideas estéticas en España* se encuentra en síntesis toda el alma española, todo el espíritu de la raza. No es sólo una obra de investigación crítica. Alcanza á más. Es, á mi entender, la historia de toda nuestra vida, porque la literatura en aquellos siglos, más que la de los actuales, no era sino el fiel reflejo de la existencia.

De ambas obras de don Marcelino Menéndez y Pelayo se podrían decir muchas y muy interesantes cosas. Pero no es mi propósito, ni en modo alguno puedo hacerlo, comentar la labor realizada por este eximio escritor. Deseo, sólo, recordarla ahora que por algunos intelectuales ha sido pedido se le otorgue el premio Nobel. No hay nadie en España que sea á él más merecedor. Ni aun don Benito Pérez Galdós puede competir, en valía, con el ilustre autor de la *Historia de los heterodoxos españoles*. Galdós es un imaginativo que no le ha bastado describir las cosas, sino que ha tenido necesidad de estudiar el fondo de las cosas. Menéndez Pelayo es, en cambio, un cerebral. ¿Qué mentalidad tiene más valor? Creo que la segunda. Es necesario más capacidad para reconstruir vidas desaparecidas, como hace Menéndez Pelayo, que para sondar en la sentina de los instintos, como acostumbra á hacer Pérez Galdós. Además, Galdós ha sido inficcionado

por el virus de la política, y sabido es que el virus de la política atrofia las mejor conformadas inteligencias. Por esa razón creo que sería un absurdo que el premio Nobel, caso de otorgársele á un español, le fuera concedido á Pérez Galdós y no á Menéndez y Pelayo. D. Marcelino Menéndez y Pelayo es un caso único—ya lo he dicho—en la historia de la literatura de una nación. En cambio, hombres del haber mental de Pérez Galdós, si no hay muchos, existen algunos. Doña Emilia Pardo Bazán, ¿no le va á la zaga? Me atrevería á decir que le supera, porque es una escritora más completa que el autor de *Fortunata y Jacinta*. Don Benito Pérez Galdós no es un intelectual, en la más clásica acepción que la palabra tiene por su estirpe latina. Casi todos sus libros—y conste que en conjunto califico su labor de ciclópea—adolecen de defectos que, á buen seguro, sabría subsanar un principiante. Cierto que en ellos ha retratado el ambiente y las costumbres de España, pero por ello no es Galdós una de las más altas representaciones nacionales. Lo que Pérez Galdós representa como artista literario y lo que su obra supone en la vida espiritual española, es verdaderamente asombroso. ¿Pero no existen otros escritores de su mismo clima mental? Repito que aun escribe con magistral lozanía y enjundia doña Emilia Pardo Bazán. En su vas-

ta obra se encuentra novela, teatro, crítica, historia, poesía—verdadera poesía. A todo, su poderosa mentalidad lo viste con las galas de su estilo claro, sobrio, sencillo. Lo que Galdós representa como literato y como psicólogo lo puede representar la Pardo Bazán. ¿Pero qué escritor ha realizado la obra, la fecunda obra—que además es nacionalizadora y patriótica—de D. Marcelino Menéndez y Pelayo? Ya al comienzo dije que el caso de este ilustre escritor, era un caso único en la historia de la literatura de una nación.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo ha unido en su vasta obra todos los elementos de la España literaria pasada. Nada, en ella se le ha escapado. Y es más, cuando un escritor de nuestra edad clásica, necesitó salir del olvido en que yacía, como aconteció con Boscán, tuvo la pluma de nuestro gran polígrafo, que le restituyó á la vida, á la vida espiritual, que es la vida perdurable. Cuantos deseen conocer nuestro pasado—en cualquiera de los diversos órdenes literarios que en él han vivido—no tienen otro remedio que estudiar á Menéndez y Pelayo. En él todo se ha fusionado, todo se ha unificado. A través de un solo cerebro se encuentra, hecho cohesión y bloque, todo el ambiente literario de esos gloriosos días, ya muertos. Alguien ha dicho que la obra de Pérez Galdós se complemen-

ta, armónicamente, con la del insigne erudito. Para afirmarlo ó negarlo sería necesario un detenido, un prolijo estudio. Creo que la labor llevada á cabo por Menéndez y Pelayo en ningún orden necesita de complemento. Ella sola vive, y vive con una aureola de gloria de la que no es posible, en modo alguno, desposeerla por los años de los años.

XI

POR LAS BIBLIOTECAS

Apropósito de un raro manuscrito.

Hace algún tiempo cayó en mis manos, de un modo extraño y por una de esas raras casualidades, primorasamente traducido al castellano, un manuscrito, si no muy antiguo, lo bastante para alterar la moderna ortografía, que contenía cuarenta y dos cuentos de Partenio de Nicea, que se dice fué amigo de Virgilio é íntimo amigo de Cornelio Galo, á quien dedicó una de las pocas obras suyas que han llegado hasta nosotros. Partenio de Nicea y Coron—de quien sabemos por citarle Focio en su sabia obra titulada *Biblioteca*—fueron los dos primeros escritores griegos que dieron á la

publicidad cortas narraciones fabulosas ó novelescas, algunas de ellas inventadas ó semi-inventadas, otras halladas, transmigradas más bien, de asuntos mitológicos, falseadas á capricho por el autor y compilador, y, las más, extractadas de obras de antiguos autores, y reunidas—según dice el mismo Focio—con el solo intento de facilitar materiales á las composiciones épicas y elegíacas de Galo.

Partenio de Nicea, autor de unas *Metamorfosis*, que acaso inspiraron las de Ovidio, un gran poeta, un prosador lozano, un profundo filósofo y, además — cualidad por lo excelente envidiable—un serio y habilísimo escrutador y comentarista de los pequeños hechos, de las nimias vulgaridades que, necesariamente, tejen la complicada urdimbre de la vida, cuenta en tres páginas de ese raro manuscrito, que paseando al declinar de una tarde, de celestial magnificencia por los predios cercanos al mar é inmediatos al Agora, encontró discutiendo, de manera desapoderada, á dos jóvenes, al parecer griegos de Bronkhion, con un remero cuyo cuerpo, lleno de cicatrices, tostado por el sol de las diferentes latitudes, apenas lo cubría parduzco sayal. Estaban los discutidores rodeados de un centenar de personas, que mofábanse de ellos con ademán grosero. Los tres, mutuamente, se

reprochaban como atacados de repentina locura. Cada uno quería conquistar la razón que le correspondía, quitándosela á los otros dos. Estos, al protestar, con gesto airado, descompuesto, inadecuado, dada la anómala situación en que se hallaban, sin darse cuenta iban afirmando lo que el primero decía. El que los inculpaba, infiriéndoles aquella ofensa, al robustecer sus frases para atenuar lo dicho por los inculpados, tenía el aspecto de un demente. Pero cuando ya nadie se entendía y era mayor el regocijo de los que escuchaban y más inarticulados los gritos y más prolongadas é intensas las carcajadas, acertó á pasar uno de los quinientos jueces que, según cuenta la historia, formaban el célebre y altísimo tribunal del Areópago. Llegóse al grupo, cada vez más numeroso, y á uno de los que lo formaban le preguntó qué era lo que había ocurrido. El marinero le contestó, humildemente, diciéndole que aquellos dos hombres, con quienes estaba discutiendo, eran dos locos de atar. Los que así vieron injuriadas sus facultades mentales, protestaron con ademán airado, y ni aun por estar delante del severo areopagista dejaron de golpear duramente, reciamente, al remero... La verdad del caso era que tres hombres fueron al Pireo y fletaron una barca; bogaron, fuera de la rada, durante varias ho-

ras; cuando el sol ya abatíase en el mar entre tonos de incendio, uno de ellos desembarcó en el Municio, recomendándole al remero la más estrecha vigilancia para aquellos dos hombres que en la barca quedaban; ninguno de los dos, al decir del que había desembarcado, alcanzaba su perfecto equilibrio mental. Eran, ambos, filósofos que iban discutiendo transcendentalísimas cuestiones; más que dialogar, monologaban, como respondiendo á una inquietud, á un ritmo de pensamientos interiores. Aunque los signos que al exterior se veían les acusaban de manera fehaciente, no eran dos locos, como el que desembarcó dijo, sino víctimas de una cruel mixtificación. El remero, ignorante de estos detalles y temiendo por su vida los volvió á conducir de nuevo al Pireo; pero indignándose los supuestos dementes por la pronta vuelta, sin que ellos lo ordenasen y contra su voluntad; se negaron á pagarle los dracmas ó los sueldos convenidos. A partir de esto surgió la disputa. «Ved cómo el capricho de un solo hombre, por arcanos de la suerte, puede, tan decisivamente influir en la vida de los demás»—dice el primer cuentista que ha habido sobre la tierra.

Y este bello cuento ó sucedido, que sintéticamente transcribo, narrado por Partenio de Nicea, sírveme de pretexto para dar á

conocer una teoría que me es muy querida y que, hace años, nació de lecturas, que por aquel entonces ocupaban mi atención.

Todos somos locos y todos somos sabios. La sabiduría y la locura tienen grados, como la temperatura y los ángulos. Es frecuente, en hombres inteligentes, de gran talento y cultura, dejarse llevar, sirviendo de pretexto un nimio detalle, por la corriente de vulgaridad que lleva en sí un instinto de demencia. La exaltación, la distracción, la falsa interpretación de un hecho, la negación absoluta de una sola de las ideas impuestas por las generaciones pasadas y que regulan el vivir social de un pueblo, no son más que manifestaciones de locura en pequeñas dosis. Creo, y lo creo firmemente, sin estar sujeto á errores de bulto, que no existen cerebros en perfecto estado de equilibrio, como casi atreveríame á asegurar que no todos los locos tienen en completa perturbación sus facultades mentales, sino que algunos de ellos, la mayoría, son víctimas del medio, naturalezas desmedradas y pobres, casi exhaustas de savia vital, y, por lo tanto, mucho más propicias que otras á inquietudes interiores, ó inadaptadas por exaltaciones, por exceso de vida, de la mediocridad, de la ruindad ambiente. A menudo he notado que se tiene por enajenados á quienes por excepción aventuraron verdades

palmarias, son iniciadores de un moderno sistema filosófico que niegue los pasados, por vetustos, mandados retirar ó, simplemente reformadores de una doctrina. Calvino y Lutero de locos fueron motejados, no solamente por el vulgo, sino también por los nobles. Como grandes dementes, no siendo más que inadaptados en aquellas épocas, por predicar doctrinas contrarias á la católica establecida conocemos á Elipondo y Félix, á Hostegesis, á Fray Tomás Scoto y á otros...Para que un hombre fuese absolutamente razonable hacía falta que nunca hubiese tenido un olvido ni un rasgo de originalidad, ni un pequeño destello de ingenio. Y entonces podríamos determinar, de un modo rotundo, qué era aquel hombre, qué le hacía falta, con qué fin creábase un medio para poder subsistir en la vida. Durante siglos enteros, los locos, razonables hasta un límite, fueron mirados como hombres privilegiados, por creer el vulgo que hablaban con los dioses; á ellos acudían las muchedumbres en busca de alivio para sus dolores y para sus miserias; á ellos, también, arrimábanse los reyes, en casos difíciles, demandándoles consejos y sabias fórmulas para remediar los conflictos que en sus Estados tenían pendientes. Esos locos ó esos sabios que, por regla general, salían de entre el pueblo para encumbrarse por el

favor real, eran justicieros; poseían una de las cualidades más difíciles de encontrar en las edades actuales—la franqueza de espíritu. Sabían, como nadie, conformar la conciencia de los reyes, y sus cerebros, sanos ó enfermos, de locos ó de sabios, pletóricos de vida ó exhaustos de ideas, eran el cerebro del reinado... Y aquéllos que sacrificaron sus vidas por sus ideas, ¿fueron locos ó fueron sabios? ¡Qué difícil es clasificar en el mundo los que encubren su locura con la seudo sabiduría, y los que las gentes creen locos y no son sino sabios! Dejemos al buen vulgo, al hermano vulgo, esa labor clasificadora. Los hombres no debemos tener más jueces ni más testigos de nuestras acciones que nosotros mismos. Rabelais cuenta la historia de un hombre que vendía su saber á la puerta de una *rotisserie*. ¿Este era un loco? Diógenes, célebre por haber vivido toda su vida dentro de un tonel y brillado su linterna en pleno día, erraba, cubierto de harapos, buscando un solo hombre. ¿Este era un sabio?...

XII

TÓPICOS DEL DÍA

Los autores de versos.

Entre los dolores morales vive ese cruel, cruelísimo, de la desilusión. Todos, á buen seguro, habréis de él sufrido en algún dado instante de este amargo tránsito de la existencia. A nadie le hace la merced de no molestarle. Los que, por rara casualidad, remontaron los años de la adolescencia y llegaron á doblar los de la mocedad sin darse exacta cuenta de lo que, para fines ulteriores, puede significar el asistir á la muerte de sus más acariciadas ilusiones, no finalizan sus días sin que los hiera, de modo certero, la taladrante pena de ver venirse á tierra lo que á costa de no se sa-

be qué sacrificios, colocaron en el cielo... En la literatura es en donde, con desusada frecuencia, se da este triste caso. Los escritores son los hombres que, en el correr de la vida, más ilusiones se forjan. Ello, casi es natural, debido á lo extraordinariamente desarrolladas que tienen sus dotes mentales y sus cualidades imaginativas. Claro está que tales sujetos no vinculan sus ideas en la realidad. Por esa causa, tras una desilusión viene otra desilusión, hasta que un hecho cualquiera, el más nimio, el más sin importancia, concluye, de una vez y para siempre, de deshacer sus ya decaídos entusiasmos. Enumerar las ilusiones que en sus mentes, propicias á todo lo insólito, se forjan, sería tarea harto prolija, de nunca acabar. Una de ellas, tal vez la más extendida, es la de creerse, como personas, á la altura de su obra. Y esto es, sencillamente, absurdo. Pocos escritores merecen ser los autores de sus libros, del peor de sus libros. A fin de robustecer este aserto, remitiré al lector á que estudie detenidamente ese intenso drama que se llama la *Figlia di Jorio* y, luego, sondee en la sentina de los instintos de D,Annunzio. ¿Hay, entre uno y otro, paridad? No. En su obra se muestra el hombre elevado á una región casi divina. En la vida, en cambio, el hombre desciende de

su cualidad de hombre, es decir, se coloca en el mismo clima en que habita el señor Martínez Yagües ó en el que se halla instalado el señor Herrera, dos individuos para los que el ridículo es su estado habitual. Pero no he de hablar de los literatos, sino de los poetas, mejor dicho, de los autores de versos, que es como se les debe llamar, ya que con la palabra «poeta», por extensión, no sólo se califica al que compone rimas, sino á todo aquel que en sus producciones muestra este humano existir quintaesenciado y con la belleza que le presten unas palabras escogidas y armoniosas... Y viniendo á término de este discurrir, diré que un poeta no es un hombre que hace versos y que un hombre que hace versos no es, aunque en ello se empeñe, un poeta.

Creo que el verdadero poeta—he de razonar haciendo la conveniente separación entre la literatura y la vida, aunque, según dice Max Nordau y en cuya idea no puedo menos de abundar, ésta y la otra se influyen, en todo momento, recíprocamente—tiene absoluta necesidad de extraer el material para sus obras de entre cuanto solo es una abstracción, es decir, de entre los motivos líricos y elegiacos latentes en los seres, que en verdad, no son más que ideas nacidas al calor de una emoción y que de modo alguno se han podido vincular en la

realidad. Todo lo demás es, para los que con derecho ocupan las cimas del Pindo, inadecuada labor. Esto á nadie se le oculta. Además el autor de rimas no debe caer en la mediocridad de esta vida, porque en la mediocridad de esta vida sólo conseguirá que sus alas se manchen. El poeta, el verdadero poeta cuyas estrofas respondan á una modalidad de su sensibilidad literaria, no al deseo, más ó menos elogiable, de hacer ver, de manera métrica, su entusiasmo ó su dolor, ha de mantenerse alejado de ciertas luchas en las que sólo hablan los instintos y se muestran las pasiones en toda su grosera desnudez. El caso de Juan R. Jiménez debiera ser imitado. Juan R. Jiménez no vive en Madrid. Esto le salva de verse obligado, debido á las circunstancias, á tener que dialogar en un dado instante con ese señor Cortés, secretario de redacción de un periódico gráfico cuyos fotograbados son maravilla de claridad y limpidez, que dista mucho de hacerle honor á su apellido, á causa de lo burdo de su educación, ó de tener que soportar á «intelectuales» del dudoso contexto moral de Ricardo Baeza... La sensibilidad literaria de un poeta es diametralmente opuesta á la de cualquier otro escritor. El poeta—repito que hablo del verdadero poeta, no del autor, más ó menos discreto, de versos, más ó me-

nos recomendables—ha de dejar oir, sin que la altere siquiera en lo mínimo, la voz de su canto interior, la voz regocijada ó melancólica de sus ilusiones y de sus tristezas... A buen seguro que el productor de rimas al estilo de Diego San José, esa especie de hombre que con sólo su presencia robustece la teoría de Darwín, ha de encontrar arbitraria la definición del verdadero poeta. A mí tampoco se me oculta que hay algún caso, como el de Skakespeare, del que aquí debo hablar aunque no sea más que muy de pasada. En Skakespeare coexiste el poeta con el psicólogo, el hombre que himna la vida con el que trata de hacer la disección de la humanidad; Skakespeare, como ha dicho Loti—conste que la cita se la debo á Emilio Vedel, que con Loti tradujo al francés algunas de las obras del coloso—es el ser privilegiado que puede desde las nubes bajar á la tierra sin que en ella se ensucie. Pero para esto se necesita reinar en el clima espiritual en que reina Skakespeare, clima, como fácilmente se descubrirá, que le está vedado á la mayoría de los que aspiran á que se les conceptúe como dignos de figurar en el Parnaso español. Claro está que no trato de enfrentar al mágico autor de las más bellas obras conocidas con cualquiera de nuestros vulgares rimadores

cuyas producciones nada valen ni nada, tampoco, representan por su total carencia de valor. El pretenderlo, sólo, sería absurdo Trato, sí, de hacer ver, con lo expuesto, que el poeta no se improvisa por el capricho de un día aunque el que lo quiera ser se encuentre en un dado instante con que en el fondo de su sensibilidad hay un buen caudal de dolores y de desengaños que buscan una salida... A veces, en un artista literario del mecanismo íntimo de un poeta, se encuentran junto á lo creado por su poderosa imaginación, observaciones, atisbos de psícologo. Pero esto es raro, rarísimo, entre los poetas de la actual generación que sólo viven atentos á dotar de musicalidad á sus rimas. Podríase, sin embargo, citar como excepciones de la regla á Eduardo Marquina, á Ramón del Valle Inclán... ¿A quién más? Creo, sinceramente, que estos dos son los únicos poetas que en esta tierra hay. No se me oculta que existe otro que va á la zaga de los citados, aunque de ellos, sobre todo en la contextura interna, es decir en el contenido ideal, difiere bastante. Hablo de Francisco Villaespesa. Francisco Villaespesa, tiene más parentesco espiritual con Salvador Rueda que con don Ramón Campoamor. Más claro lo diré. Sus versos tienen más forma que fondo, más piel que medula. Con esto no trato de des-

preciar, ni mucho menos, á los autores de versos rotundos, sonoros—á la manera de Salvador Rueda—trato, sólo, de hacer ver que se acercan más á las regiones sublimes, ultraterlúricas, que es donde espiritualmente deben de reinar los verdaderos poetas, aquellos que, en sus estrofas, hacen la disección de nuestras pasiones, asociando lo que en ellas hay de divino y de humano.

Antes he dicho que el poeta, en la más pura acepción de la palabra, ha menester de vivir en un clima de absoluta salubridad,—salubridad se entiende, en el sentido espiritual—para no sufrir las mordeduras de los morbos pasionales. El que esto haga se verá libre de que de su cerebro se adueñen ciertas ideas, que para todos son rotundamente perniciosas. Y los sentimientos, tamizados por la poesía, por la verdadera poesía, esa poseía que no gusta de malolientes bohemias á lo Mürger, sin saber que Mürger fué un buen vividor—perdón por el galicismo—triunfaran en todo y en todos... Lo que tiene que nuestros poetas, es decir nuestros autores de versos viven á rás de tierra sin que en ningún momento procuren elevarse, no á las nubes si no por encima de sus pasiones, que son, por cierto, bien bajas y ruínes.

He hablado de que entre los dolores morales vive ese cruel, cruelísimo, de la desilu-

sión. Nada más cierto. Es este un dolor, á veces tan intenso, que en determinados séres, sobre todo en esos de un contexto espiritual abiertamente romántico, toma, por lo común, caracteres de verdadera enfermedad. Para robustecer esto que expongo, no tendría más que recordar ciertos hechos acaecidos en nada lejanos días. Me absuelve de hacerlo la idea de que si esos hechos á que me refiero, por estar tan cercanos, no son aún patrimonio del olvido, deben, pues, de permanecer en la memoria de quien esto leyere... El dolor de las desilusiones habidas durante los años de la mocedad queda, en los hombres, latente para mientras dura la vida, como queda para siempre en el rostro, cuando de niño se ha llorado mucho, huella de lágrimas. A decir verdad, de muchas, de la mayor parte de las desilusiones, tienen, exclusivamente los séres humanos, la culpa. ¿Quién les manda forjárselas basadas en cosas que no se asientan sobre la recia armazón de la realidad? El no darles un estable sostén, aunque estén tejidas con los hilos de los sueños, dificulta el que resistan los huracanes que, á veces, se desencadenan en la vida, huracanes que si van á compás de nuestras pasiones arrastran cuanto encuentran á su paso. Debido á causas de esta ó similar índole, inmenso número de existencias hállanse truncadas. inmenso número de seres humanos

siente que no son más que unos muertos en vida. ¡ Qué gran dolor éste de no vivir la vida porque la muerte se ha enseñoreado de los cuerpos antes de que éstos caigan en la tumba ! Y, sin embargo, creo que esos seres son felices á su modo, es decir, son felices sintiendo que de ellos, en este mundo, sólo vive el recuerdo de lo que un día fueron ó de lo que un día representaron... De que estas existencias se deshagan á nadie, en particular, cabe echarle la culpa aunque todos, en general, la tienen debido, más que á nada, á un instinto de conservación ambiente. La sociedad es mala—no es gratuito ni mucho menos el calificativo—la sociedad es mala porque se complace en marchitar, cuando no en segar de raiz, esa risueña flor de la ilusión, que es la risueña flor de la que casi siempre nace la esperanza...Y de flores marchitadas, segadas, los escritores de todas las edades saben mucho. ¿ Quién de ellos no las ha visto caer con el tronco roto en los comienzos de la agria cuesta que han de subir antes de llegar á la notoriedad ? A decir verdad, contados son los seres que se han sentido libres de los sufrimientos que causan estas diátesis morbosas de la desilusión. Las desilusiones motivan, casi siempre, que de los rostros desaparezca la risa, que es uno de los encantos por el que los humanos, según todos los tratadistas de Historia Natural, se diferen-

cian de los irracionales. Pero estas desilusiones que tal causan son las desilusiones que pueden entrañar modificaciones en el mecanismo íntimo de los seres. Hay también, desilusiones, que podrían calificarse de segunda y de tercera categoría.

Entre estas desilusiones de segunda, y aun de tercera categoría, vive esa que el buen vulgo, la muchedumbre municipal y espesa, según dice ese m...stro de poetas que se llama Rubén Darío, se forja con respecto á los escritores. Cree, equivocadamente, que éstos son unos bellos ángeles, cuando en realidad no son más que unos pobres diablos que, la mayoría, viven en lucha con el hambre. Claro está que su miseria, en cuanto les es posible, la doran. Pero muchas veces, y sin ellos quererlo, se descubre que el dorado que le han puesto es de dudosa calidad, y como de dudosa calidad se ha trocado negro en seguida. No quiero citar nombres para que no se me diga que, á causa de enemistades, trato de particularizar. Cuanto digo, cuanto dejo dicho, no lleva ánimo, ni mucho menos, de molestar á determinadas personas ni de ofender á quienes, por su desgracia, son dignos de toda clase de consideraciones. Los escritores son la gente más infeliz del mundo, y son la gente más infeliz porque no aciertan á darse cuenta que sólo son escritores, no por cumplir un deber educativo, como algunos

dicen, sino porque eso de escribir es una manera, como otra cualquiera, de sacar á un director de un diario ó de una revista, ó á un editor unas cuantas pesetas, muy pocas por cierto. Esto vive en el ánimo de todos. ¿Por qué, sin embargo, así no lo declaran? Les veda declararlo el ansia desapoderada que muchos tienen de hacer creer al ignorante que, con escribir, realizan una labor de cultura ante la cual las generaciones venideras se detendrán absortas, cuando esa labor de escribir sólo les sirve, mientras caminan sobre la tierra, para malamente comer. ¿No son, pues, dignos de que se les tenga lástima...? Y viniendo á término de estas razones, cabe, rotundamente, asegurar que un ser instalado en la vida en estas condiciones no puede ilusionar á nadie que no habite en esos climas sociales en los que sólo vive la miseria y el crimen ó lo que, de cerca, le sigue.

Los escritores, para que no desmerecieran de sus obras y para que la masa conservase la ilusión que, con respecto á ellos, se hubieformado, no deberían nunca darse á conocer. Para ello sería necesario que se limpiasen, en absoluto, de la vanidad que supone el mostrarse al público al serles aplaudida una comedia ó hacer que sus retratos figuren como anteporta de sus libros. Zamacois, ese espíritu cultísimo de Eduardo Za-

macois, desde un diario de reciente fundación, habla del orgullo que se descubre en el hombre, al querer éste enfrentarse con sus obras. Además, un escritor no sabe lo que pierde con prodigar su físico demasiado, cuando su físico no es ni mucho menos el de un Apolo del Belbedere. Con mostrarse así, excesivamente, un escritor no hace más que perder gente que le admire, porque como el escritor es hombre, el hombre, á veces, con detrimento del escritor, se deja llevar de su instinto y se deja arrastrar por sus pasiones—instintos y pasiones que son como las de los demás hombres, es decir que en ellas no aparece jamás el ser dedicado al cultivo de las letras y, por lógica consecuencia, purgado de parte de la grosería y de la bestialidad humana.

A propósito viene aquí el rcordar un caso que robustece lo preinserto. Encontrábase Balzac en un baile público. Las gentes discurrían por los vastos salones despaciosamente, durante uno de los descansos. Balzac, con las manos cruzadas sobre la espalda, paseábase también. De pronto oye que una voz masculina decía inmediatamente detrás de él: «Mira, ese es Balzac.» Y una voz femenina preguntaba, con acento de extrañeza: «¿Pero de veras, es ese Balzac?» La voz del hombre repitió: «Sí, sí, Balzac; el gran Honorato de Balzac.» Y la mujer,

entonces exclamó con tristeza: «¿Balzac, gordo... pequeño...? ¡Nunca lo hubiera creído!» Cuentan las crónicas que el celebrado novelista, volviéndose rápidamente, cerró el diálogo sostenido detrás de él, y á sus expensas, diciéndole á la señora: «Sí, soy Balzac. Y ya estoy un poco viejo y demasiado gordo.» Balzac, en cuanto hubo dicho esto, y después de hacer una ceremoniosa zalema, se fué, despacio, alejando... En esta frase del divino Honorato se descubre un fondo de tristeza. Al admirarle por sus obras se forjó aquella mujer un hombre de belleza excepcional, ultraterrena. Y cuando lo tuvo ante su vista se dió cuenta de que era un hombre como los demás ó aun peor que los demás. Balzac, con lo antes contado, también sufriría. Las palabras de aquella mujer le llevaron á la realidad y, sobre todo, supo que, de entonces en adelante, no podía á su persona darle el valor que tenían sus libros, porque de sus libros inferíase que el que los había escrito era una persona dotada de cualidades morales y físicas que diferían bastante de las que él tenía.

Con esto debieran aprender esos sujetos que andan por ahí anhelosos de que su efigie aparezca en periódicos y revistas, que en cuanto las gentes los conoce pierden, por lo menos, una cuarta parte de la emoción que sus obras pudieran producir... Los autores

de versos son los que más se prodigan y los que, en cambio, menos debieran hacerlo, por que la producción de un poeta es, por lo general, más delicada que la de un novelista ó que la de un dramaturgo. La masa, el buen vulgo, ha creído siempre que el poeta era un hombre que en lo externo asemejábase á cualquiera de los efebos esculpidos por Fidias en el friso del Partenón y en lo íntimo á un dios que, sacrificándose por la humanidad, derramara sobre ésta su contenido divino. ¡Qué idea más equivocada, más rotundamente equivocada! Hay poetas sucios, que no conocen el agua más que para beber; hay escritores que hacen limpios á los cocheros de Nápoles, debido á la gran cantidad de hemípteros, que viven en su cabellera y en sus ropas. Y si esto les sucediese por carencia de dinero serían dignos de lástima. Pero no es por esto por lo que les sucede, sino porque no se lavan, sencillamente. El aseo no sólo no arruina, sino que ni aún cuesta dinero.

Me he distanciado más de lo que quería del curso que debieran de haber llevado mis razonamientos para que la atención del lector no hubiese salido de la idea eje que los informa. Aun, sin embargo, es tiempo de volver á ella. Y para que cuanto diga tenga un apoyo, un plinto que lo sostenga, voy á citar un ejemplo que, además, es sintomáti-

co, es descriptivo de cuanto llevo dicho y de lo que aun diré... Cierto día que asistía á la función del Teatro Español vi en un palco á un hombrecillo minúsculo de cara de mono, de gestos de mono y de ademanes de mono. Durante un largo rato no pude apartar de él la mirada. Si he de decir verdad más que un hombre me pareció un ejemplar antropomorfo, como el que, hace algunos años, se exhibía en el Circo de Price. Desvié, poco después, asqueado, los ojos, y los puse en el escenario. Representábase *Edipo, Rey*, de Martínez de la Rosa, ese poeta cuyos versos nunca tuvieron alas, y, por lo tanto, se quedaron á ras del suelo. Pero á pesar de las cosas formidables, horrorosas, truculentas, que sobre las tablas sucedían, no pude ni un momento olvidar que allí mismo, en un palco, había una fehaciente prueba de la tontería de *Edipo*, preocupándose por los designios de los dioses. Los hombres—aquel ejemplar antropomorfo elocuentemente lo declaraba — descendemos del mono, y, claro está, sólo somos materia perfeccionada después de los trescientos mil años que, según todos los cálculos, hace que vivimos sobre la tierra. Darwin, Lamark, Vallace han demostrado, de modo notorio, cómo y de qué manera asciende la evolución miriada tras miriada de siglos, desde el cristal al vegetal, desde éste al ani-

mal y del animal al hombre, cantándonos, además, el poema épico de la pequeñez del átomo, haciéndose grande en el hombre, y siguiendo, quizá, allende del hombre, aún más altos destinos. Haeckel también dice que el hombre es sólo la corona ó el triunfo de toda una lenta evolución archisecular que comenzó en los mares primitivos por la sárcoda, la mónera, los protozoarios, para seguir, á través de los órdenes inferiores del reino animal, hasta llegar á los vertebrados y al hombre, en fin, á nuestros días... Sin darme cuenta de lo que hacía, otra vez llevé la mirada hacia el palco donde tal hombre ó tal mono se encontraba. Y cual no sería mi asombro cuando vi que, acompañándole, había también algunos escritores, entre ellos Andrés González Blanco... Esperé al entreacto, deseoso de interrogar al ilustre crítico, acerca de si el ocupante del palco era un mono con facha de hombre ó un hombre con forma de mono. Y en el vestíbulo me acerqué á él.

—Dime—le dije—, eso que está en el palco, ¿qué es?

—¿El qué?

—Ese sujeto tan feo ó ese animal tan guapo...

—Es un escritor. Debes conocerlo. Llámase Diego San José.

—No, no lo conozco. Por cierto que el

apellido no es de los que ilustran una guía de nobleza. Parece inclusero.

Luego, ambos, hablamos de cosas triviales, superfluas. De mi memoria no se iba el recuerdo de la abyecta fealdad del dicho Diego San José. Y otra vez volví á insistir:

—Pero dime... ¿Diego San José puede salir sin collar, sin cadena y sin domador á la calle...?

No hablamos, á este respecto, más. Creo que era bastante. Me separé de él pensando que hay fealdades que inspiran lástima ó simpatía ó gracia. La de Diego San José sólo provoca asco, repugnancia. Pues, sin embargo, el hombre—llamémosle así—vive encantado y, además, exhibiéndose, aun más, prodigándose cuanto se lo consienten, en periódicos y revistas. El caso no es nuevo. Me he fijado en Diego San José porque se le puede calificar como el alcaloide de la fealdad y de la estupidez humana.

Después de cuanto llevo dicho, existe razón para que el público, en general, se desilusione en cuanto ve un escritor y piense que entre lo escrito y la mano que lo ha escrito hay una radical diferencia. Debido á esto el intelectual debiera de vivir, sino oculto, sin exhibirse de la manera descarada que muchos lo hacen.

...Olvidábaseme decir que Diego San José, aunque muy feo, tan feo como el Are-

tino, es decir, mucho más feo que el Aretino, no es, como éste, un talento cuyas obras han pasado á través de varias generaciones á las que informaba un distinto mecanismo íntimo que, en todo, difería de el de la época en que dichas obras fueron escritas y publicadas. Diego San José, ese vulgar imitador del excelso prosista Pedro de Répide, sólo es un pobre diablo con mucha miseria y mucha hambre y que, además, tiene una textura física que da asco, que inspira repugnancia.

XIII

LA VERDAD ACERCA DE UNA NUEVA DOCTRINA FILOSÓFICA

Mario Roso de Luna.

Mario Roso de Luna es una de las más recias mentalidades de la intelectualidad española. A muchos que no saben ó, mejor dicho, que no quieren valorizar de manera exacta lo que hay dentro de nuestras fronteras, para dar calificativos en extremo exagerados á cuanto nace y crece dentro de las extrañas, ha de parecerles con seguridad gratuita esta rotunda, esta categórica afirmación. Las razones que para ello tendrán, estriban, casi únicamente, en que el ilustre escritor de que hablo no es, ni mucho menos, uno de esos hombres que necesitan á cada hora, á cada minuto, dar fe-

hacientes muestras de su saber, no sólo para ocultar su ignorancia, sino también para que las gentes que les rodean no se olviden de que su cultura les ha elevado hasta la sabiduría... En Mario Roso de Luna no vive hoy, ni creo que en su juventud, dada su contextura espiritual, habrá jamás vivido ese desapoderado afán de buscar el modo más adecuado de colocarse en continua exhibición, que no es más—he de decirlo claramente, sin circunloquio de clase alguna—que la resultante morbosa de un cerebro extraviado. Todo su mecanismo íntimo difiere bastante, y más que en nada en lo que es eje de él, de esotro, corriente en el día, entre los que sólo alcanzan con zancos á llamarse intelectuales, y, por lo tanto, desprecia, aparta lejos de sí con un gesto de repulsa, esos absurdos medios que en el instante actual se entronizan, torturando algunas bien conformadas inteligencias, y, en consecuencia triste, tristísima, matando muchas sanas iniciativas. Piensa también Roso de Luna—y conste que esto lo digo por lo que de sus palabras se infiere y por lo que con sus actos declara—que á la notoriedad no se la debe nunca buscar, sino que es la notoriedad la que tiene la obligación de salir al encuentro de aquel que en realidad la merezca. Esto no sólo lo piensa, sino que

como lo piensa lo ejecuta. Y en ello hace bien. ¿Qué importa que sea un autor conocido, conocidísimo, durante ese breve espacio de tiempo que á los humanos les es dado de vida, si el nombre que llevó no lo sostiene á través de los siglos la recia armazón de una obra admirable? Nada, absolutamente nada. Me atrevería á asegurar, sin miedo á caer en error, que sólo á espíritus mezquinos, y por su mezquindad superficiales, se les ocurre pedir una gracia, cuando á esa gracia su talento no les ha hecho acreedores... He dicho que Mario Roso de Luna es una de la más altas y de las más luminosas mentalidades españolas. A buen seguro que nadie ha de objetar lo más mínimo á lo preinserto. Pero, así y todo, para robustecer la anterior afirmación basta con decir que vive alejado de aquellos sitios donde sólo se va en busca de mercedes y á demandar honores. Familiarizado á la soledad de su biblioteca, le son en absoluto extrañas esas luchas, que muchas veces tienen apariencias de descomunales batallas, que á diario se están librando, por lo que ningún valor tiene cuando se pide, sino que es cuando se ofrece el momento en que realmente empieza á ostentarlo.

Es tal el enrarecido ambiente que hay en España, que el hombre de estudio, el verdadero sabio tiene que vivir encastillado.

La culpa de ello, como de todo lo malo que nos pasa, la tenemos nosotros, exclusivamente nosotros. Claro está que es más fácil indignarse con el que nos saca á relucir nuestros defectos, de la manera justa que lo hace Alberto Dauzat en su último libro, que corregir nuestros defectos. España, los españoles estamos llenos de ellos. ¿Por qué, pues, escribir con la fanfarria de un reto para aquel que los conoce é imparcialmente los detalla y enumera? Estas actitudes no me las explico más que como actos vesánicos. Pero se conoce que los actos vesánicos se repiten con harta dolorosa frecuencia. A todo lo que en su libro dice Alberto Dauzat sólo se la opuesto como valladar la procacidad de un cronista, refrendada por la insensatez del que debiera de haberla corregido en vez de haberla alentado. Los juicios de Dauzat se hubieran deshecho, en caso de no ser ciertos, ante nuestras razones, que llevarían por delante la verdad. Pero aquí lo triste, lo tristísimo es que á la mayor parte de las cosas que en su obra dice nada se le puede oponer porque demuestra un raro, un especial conocimiento de este país... En este país, que es digno de mejor suerte, sólo se medra merced á la intriga, sólo se encumbran los que cuentan con la ayuda del favor. Así es que los intrigantes, los que, siguiendo la máxima jesuí-

tica ansían llegar al fin sin pararse de qué clase de medios se han de valer para conseguirlo, son los únicos cuya voz se deja oir en las cátedras, y son los únicos también que les es dado ocupar los sillones de las Academias. Esto—las cátedras y las Academias—es lo que muestra fehacientemente, casi ostensiblemente, la intensidad, mayor ó menor, del cerebro de una nación. ¡Que poco cuidamos que las cátedras sean desempeñadas por hombres de verdadero saber y que en los sillones de las diversas Academias se sienten aquellas personas que por su asombrosa inteligencia realmente lo merezcan.! Pero no. A las cátedras, como á las Academias, sólo van los que para ello cuentan con suficientes recomendaciones... Así es que á nadie le debe extrañar el que se diga, de manera que en cualquiera parte que se oiga, que este es un desdichado pueblo que carece de voluntad, que se halla falto de energías, y que desconoce todo lo que con la cultura se relacione, porque parece, según lo que de cada uno de nuestros actos se puede inferir, que sólo procuramos ponernos en entredicho ante el mundo entero, colocando en los más altos puestos de la nación á aquellos individuos, que si no son por completo acéfalos, les debe de faltar muy poco. No quiero en modo alguno citar nombres. Pero, sin embargo, en el

ánimo de cuantos esto lean, estos nombres, á buen seguro, estarán. Hacia ellos, debo declararlo, no me guía ninguna clase de animosidad. Lo que me indigna, y me indigna por que amo á España, es que á causa de esos individuos la leyenda de nuestra barbarie y de nuestra ignorancia persiste, y persiste, menester es decirlo, con sobrada, con sobradísima razón. El único medio que tendríamos para que se desvaneciese y para que, además, cesaran los vituperios, los ataques que en el extranjero se nos dirigen, no es el de mostrarnos procaces, retadores, con aquellos que nos hacen ver lo poco que valemos, sino modificar en lo posible nuestro contexto, á fin de que la leyenda que sobre esta noble tierra se cierne caiga por sí sola, como una ley física hace caer todo lo que no tiene consistencia ni nada en que apoyarse. Para ello nos es necesario en absoluto hacer que cese el que las cátedras se consigan por el favor y los sillones de las Academias por la intriga. De esta manera, y, haciendo, además, otras cosas que reclaman un radical cambio, y que no viene al caso ahora el mencionarlas, es como podríamos contestar de la forma que nos viniese en gana á los millares de Alberto Dauzat que hablan y que escriben detractando las cosas de España... Es casi inútil decir que Mario Roso de Luna, hombre de

esplendorosa inteligencia y de extraordinaria cultura, no explica cátedra ni es académico. La razón de ello estriba en que su inteligencia y su cultura le hacen vivir ausente de esas camarillas donde se fraguan intrigas con el objeto exclusivo de acogerse al amparo oficial. Mario Roso de Luna, que es una de las más recias mentalidades españolas, no halla en España ambiente, no porque España sea lugar arisco para el verdero intelectual, sino porque los españoles son los que, con una insensatez rayana en la locura, se han cuidado de enrarecerlo hasta hacer imposible que en él pueda respirarse. Y para robustecer mis palabras señalaré un hecho que es sintomático, que es descriptivo. El ilustre matemático ha dado no hace mucho tiempo una serie de conferencias. Pero es obligatorio decir, porque ello así conviene, que á darlas no fué invitado por ningún centro de cultura español, sino por uno extranjero, por uno argentino, ese pueblo, que niño aún, marcha á la cabeza de la civilización mundial.

Estas conferencias versaron sobre teosofía. Declararé que tenía de la teosofía un concepto en absoluto equivocado. Culpa de ello la tienen esos charlatanes que en el Ateneo hablan acerca de esta nueva escuela filosófica como de una escuela hermética, abtrusa, ardua. Nada de cuanto dicen

es verdad. Esto, como se comprenderá, equivale á desconocer la doctrina. Pero aquellas conversaciones, aquellas largas peroratas, dichas con voz trémula, con gesto iracundo, con ademán airado, fueron formando en mí la idea de que la teosoria era eso, una doctrina hermética, abstrusa, ardua. Luego, poco á poco, las lecturas modificaron, en parte, este falso concepto. Fué sólo esta modificación en lo externo. En lo interno proseguía teniendo hacia la teosofía un desdén que me colocaba en un deprimente lugar. Las conversaciones sostenidas con Angeles Vicente acerca de esta materia, de la que habla con conocimiento y con clarividencia asombrosa, hicieron cuanto no pudieron conseguir las lecturas á que me entregué. A esta bella escritora le debo, pues, el haber salido del error en que estaba, y, además, la necesaria preparación para haber comprendido parte nada escasa de lo que es, y de lo que para lo futuro parece representar en el ambiente espiritual de los pueblos la teosofía, que no es, ni mucho menos, esa cosa hermética, abstrusa, ardua que los charlatanes del Ateneo exponen en largas, en interminables peroratas, con voz trémula, con gesto iracundo, con ademán airado... Pero no. La teosofía, que ha de ser fuente inextinguible de consuelo en los años que han de venir, no es

nada de eso. Mario Roso de Luna lo dice en sus interesantes, en sus admirables conferencias, dadas en diversas naciones sudamericanas, y ahora reunidas en dos gruesos volúmenes.

Lo primero que de esos libros salta á la vista del crítico, aunque éste no sea ni muy sagaz ni muy hábil, es el que el ilustre escritor, antes que de nada, ha tratado de acomodar sus ideas, que viste con un léxico rico y armonioso, á la comprensibilidad de las múltiples personas que á ellas acudieran, exponiéndolas, para conseguirlo, no sólo con encantadora amenidad, sino también con extraordinaria sencillez. Porque Roso de Luna en modo alguno cree pertinente el que una doctrina que hoy necesita, antes que de otra cosa, de divulgación se la haga incomprensible, á causa del modo poco claro conque algunos espíritus enturbiados por lecturas no del todo comprendidas, tratan de exponerla. La teosofía no es una teoría filosófica hermética ni abstrusa. No. La teosofía es, más que nada una ciencia, y, como toda ciencia, está basada en la vida. Lo que hace esta escuela, que no hace mucho ha nacido, es hacer bella la vida, porque la idealiza. ¿Merecería la pena el atravesar este tránsito de sobre la tierra si no hubiera un más allá, ese más allá que en absoluto niegan los naturalistas, aun-

que al exponer sus ideas ellos mismos se contradicen? No. Vivimos la vida, soportamos este dolor de vivir únicamente porque esperamos, con la muerte, nuestra liberación. La teosofía habla de esto. Puede decirse que es una de las ideas que tienen más sólidas raices y que con más vigor se hace ostensible. Aunque la doctrina no fuera poseedora de otras enormes ventajas materiales que llevaran á lo moral una gran tranquilidad, es dueña de esa, que es, por lo grande incomparable, porque endulza las amargas horas de la existencia con la esperanza de alcanzar un bienestar eterno. La teosofía, como se habrá podido comprender, une lo existente con lo no existente, y de esta unión, con luminosos esplendores, nacen conceptos en cuya entraña llevan la verdad, porque no se contenta con estudiar las cosas, sino que quiere estudiar el contenido ideal, el ambiente espiritual de las cosas. La nueva escuela filosófica, que abarca, que resume todas las demás escuelas que en este mundo han florecido desde los luminosos días de la preponderancia de Oriente, no es una escuela filosófica como la mística, que para vivir tuvo necesidad de encerrarse en las obscuridades de los templos y en las soledades de los claustros. La teosofía no rehuye la luz. Al contrario. Los plintos en que se apoya, como los que

sostuvieron las ideas de Jesús de Nazaret, son de un grande amor que no necesita esconderse ni ocultarse, de un amor exento de materia y libre de egoísmos, para que con las alas que él le presta á las almas puedan éstas elevarse, elevarse... La teosofía—lo declaro sin rubor—me ha descubierto, sino un mundo nuevo, una modalidad completamente nueva, rotundamente distinta de la que hasta el momento actual he tenido. Esta nueva escuela filosófica—no me cansaré de repetirlo—no es una escuela hermética, abstrusa, ardua, como pretendían esos charlatanes del Ateneo, sino una cosa muy humana, y como muy humana, muy sencilla y á la vez muy complicada. ¿Es esta una doctrina de soñadores? Es, aunque otra cosa no sea, una doctrina que pretende encauzar á la humanidad hacia campos en que reine la bondad, el amor, la justicia, sobre todo la justicia, pero no esa justicia seca, inflexible, brutal, impuesta por las leyes, sino esa otra que en lo futuro han de imponer las conciencias, conformadas por otras ideas que no sean más que la propia convicción de lo que á cada uno le conviene. De los libros de Roso de Luna se desprende cuanto he dicho. En ellas gradualmente se estudia, no sólo lo humano, sino lo que está más allá de lo humano, cantándolo todo, á la manera que se canta un poema, el

grandioso poema de la vida eterna, pues en él no se considera á la muerte más que como un incidente periódico en una existencia sin fin... Ya he dicho que Mario Roso de Luna es uno de los cerebros más seriamente orientados de los que en la actualidad son valorizados en ciencia y en el arte de las letras. Toda su obra así lo acredita. Esto no necesito demostrarlo. De sobrada manera lo demuestran sus libros, que han aureolado de prestigios su nombre.

XIV

LA VUELTA DE AZORÍN Á LA LITERATURA

Su último libro.

Jacinto Benavente, la luminosa mentalidad de Jacinto Benavente, ha señalado como obra maestra la última obra de *Azorín*. Creo que ello es exacto. José Martínez Ruiz—que es el nombre que se oculta tras el seúdonimo de *Azorín*—es uno de los escritores de cerebro más compresivo, tal vez por ser uno de los escritores de cerebro más sereno de las actuales generaciones literarias. Toda su visión de la vida—vida casi siempre vista á través de los libros, es decir, de un modo intelectual—es de tan exacta, de tan depurada clarividencia, que asombra, que maravilla. En la literatura de *Azorín*, no se dan ni aun remotas, señales de esos nervosismos

que crispan, ni de esas brusquedades que torturan, tan frecuentes en los escritores de estos años que corremos. Claro que los que tal hacen merecen disculpa porque no les guía en ningún momento malévolas intenciones. Al contrario. En lo hondo de cada ser de los que á escribir se dedican, existe un sedimento de bondad, dispuesto siempre y por cualquier motivo, á descubrirse. Lo que tiene es que la vida, las múltiples é inflexibles exigencias de la vida, la han ido adormeciendo á compás que también han ido agudizando la sensibilidad hasta lo extremo, hasta lo extremísimo. En *Azorín* no se da este caso. Su contexto íntimo, difiere, en absoluto, de cuanto entraña á casi todos, á todos los escritores actuales. El existir de ahora no es lo suficientemente intenso para poder causar huella notoria en la intensísima mentalidad de este ilustre escritor... Por muchos, debido al modo impasible que tiene de ver cambiarse las cosas y sucederse las personas, *Azorín* es motejado de frío. No me extraña. *Azorín* es—de su literatura se infiere—uno de esos hombres á quienes nada les emociona, porque todo lo comprenden. En esto ha de radicar, más que en ninguna otra cosa, el que *Azorín* se haya hecho dueño, no sólo de la superficie de las cosas, y de la apariencia de los seres, sino también, del mecanismo íntimo de los seres y

del contenido ideal de las cosas, es decir, del ambiente espiritual de una época. Y este estudio, de bucear en los seres y de ahondar en las cosas, le ha llevado á ser un analítico, dando, además, á toda su literatura, esa gran serenidad que ostenta, no ya el libro, que por lo común se escribe después de larga meditación y en momentos en los que el ánimo hállase en estado adecuado, sino también los artículos que con frecuencia aparecen en los r.tativos, enjaretados á cualquiera hora, en cualquier día, y al calor de un instante emocional. En esto se vería, si en otras señales ya no se viera, la ecuanimidad perfecta, perfectísima, que no deja nunca de poseer el ilustre escritor, ni aun cuando escribe en defensa de lo que cree ultrajado, vilipendiado, con demostrada injusticia.

El postrer libro de *Azorín*, titulado *Lecturas españolas*, es admirable. Todo, en él, está meditado, hondamente meditado. En sus páginas no se encuentra nada, en absoluto, que discrepe, que se salga del tono adoptado en la primera, tono que se conserva hasta la última. Además, entre ellas, hay un nexo, una cierta secreta trabazón, algo así como un parentesco íntimo, pues se infiere no sólo que responden al mismo mecanismo, sino también, que las anima una idéntica idea. En *Azorín* la idea predominante, la idea cuerpo de toda su literatura,

que ahora, en este libro de que hablo, más vivamente se muestra, es la de la exaltación de la energía espiritual de los españoles, de los españoles de otras edades, sino remotas, lo suficientemente lejanas para que hayan caído en el olvido. *Lecturas españolas* es como muy bien ha dicho, con gran perspicacia crítica, Bernardo G. de Candamo, el elogio de los hombres de acción y de los hombres de pensamiento. En este aserto encuéntrase sintetizado lo que es eje del libro de *Azorín*. En extremo difícil sería encontrar otro que lo definiera tan á maravilla como éste lo define... A buen seguro se preguntará ¿quiénes son los hombres de acción y quiénes son los hombres de pensamiento? Todos nuestros antecesores, comparados con nosotros, eran esos hombres de acción y hombres de pensamiento. En estos años que corremos, la acción y el pensamiento se han adormecido. la causa de ello estriba, casi únicamente en la educación ambiente. Hoy no rigen las mismas leyes que regían ayer, y el espíritu que las anima es hoy otro muy distinto del que era ayer. No es que esto sea mejor ó peor que aquello. No; es, sencillamente, diferente... La moderna filosofía aconseja que lo actual no débese comparar al pasado, porque el pasado no existe. El pasado no es otra cosa que el presente colocado en otro plano. Los que tal dicen

tienen razón. Los hombres, las cosas, todo es lo mismo. Ahora hay que convenir que los hombres, las cosas, todo, en fin, ha descendido del plano en que se hallaba colocado, y el plano del ayer es, con respecto al plano del hoy, excesivamente superior. Esos hombres de acción y esos hombres de pensamiento son, en el momento actual, ejemplares raros, rarísimos. Cuando de tarde en tarde, aparece uno que tiene el suficiente contenido de energía para permitirse dar pruebas de sus acciones y la necesaria capacidad cerebral para hacer sentir. reciamente el influjo de sus pensamientos, junto á su nombre aparecen las palabras de neurasténico, de vesánico, de desequilibrado. En los tiempos que atravesamos, es difícil hallar, como antaño, esos seres cuyas vidas parecían desear arder en la santa llama del sacrificio. Hoy nadie, por nada, se sacrifica. Ello es muy vulgar...

Además debe decirse que en el libro de *Azorín* hay algo más que el elogio de los hombres de acción y de los hombres de pensamiento. En él vive una desapoderada ansia de fraguar la existencia, una existencia que sólo contega lo que significa espiritualidad, idealidad, y claro es, que sólo lo que esté de acuerdo con el verdadero sentido del arte y de la belleza, con las cenizas de la muerte. ¿Tiene su prosa fuerza evoca-

dora para haberlo conseguido? Dudarlo, significa desconocer su literatura. En los libros de *Azorín* encuéntrase con frecuencia este milagro de recontruir vidas con el polvo de los recuerdos. No es sólo en *Lecturas españolas*, es también, en *Los hidalgos*, en *Voluntad*, en las *Confesiones de un pequeño filósofo*, en fin, en todo cuanto ha producido, de lo mucho y bueno que ha producido, en donde se hallan estas vidas de hombres de otra edad, que, como ya he dicho, son iguales á los nuestros, sino con la diferencia de hallarse colocados en otro plano que no es este momento propicio á decir si era mejor ó era peor que el nuestro. Baste dejar anotado que en todo tiempo. en todo tiempo, el fondo de los seres ha sido igual é idénticas sus luchas y sus pasiones, sus deseos y sus egoísmos. Si algo ha cambiado no ha sido el fondo sino la forma, no ha sido la entraña, sino la apariencia, la superficie...

Este es uno de los encantos de la literatura de *Azorín*. De su pluma han salido, con una lozanía de la que se dan muy contados ejemplos en esta edad que corremos, aquellos conceptos necesarios para restituir á su verdadero clima espiritual vidas sobre las que se cernía, no ha tiempo, una idea equivocada, errónea. Y al narrar esos actos, y al historiar esas existencias, se infiere,

porque muchas palabras y muchos pensamientos lo dejan traslucir, el innato deseo, no sólo, como he dicho antes, de devolver á su medio lo que las generaciones que le precedieron hubieron de falsear, sino también de exaltar cuanto fué para darle reciedumbre á cuanto es. En *Azorín*, esta es una de las ideas que más amplitud tiene, y, por lo tanto, una de las ideas ejes de su robusta mentalidad... Esto, que con respecto al conjunto de la literatura de *Azorín* dejo anotado cabe decirlo, aun con mayor razón, al hablar de su último libro *Lecturas españolas*, libro que bien se puede calificar de ponderación entre los de similar clase. Lo primero que acusa el libro *Lecturas españolas* es un amor á todo lo clásico. Pero no un amor violento, exaltado, traducido, á causa de la violencia y de la exaltación, en palabras huecas, en frases sonoras, en oraciones retumbantes, de esas que al pronto deslumbran, como deslumbraría la contemplación de un milagro, sino un amor dulce, sereno, lo que hace que las palabras estén llenas de encantos expresivos, que las frases tengan un gran valor de sensación, que las oraciones posean una enorme riqueza emocional, pues en cuanto las compone conviene examinar, no sólo lo externo, sino el contenido simbólico, filosófico. *Azorín* así lo hace. No estudia los hombres en su apa-

riencia, y las cosas en su superficie, sino que, como preinserto queda, estudia la parte de idealidad que puede haber en los hombres, y la parte de espiritualidad que deben tener las cosas, es decir, que no se contenta con analizar los efectos, sino que tiene que ir, con una paciencia, con una pertinacia, digna de todo encomio, en busca de la serie de causas y concausas que el efecto determinaron. Y esa manera de ver la literatura, que difiere en absoluto de la manera que en la actualidad la ven los demás, debe de ser siempre elogiada, y elogiada con calor, porque de ser un ameno entretenimiento, la elevan á ser una útil enseñanza.

El libro de *Azorín*, titulado *Lecturas españolas*, lleva al lector al encuentro del pasado, de un pasado que, aunque vive en nosotros, está de todo lo que en la actualidad nos ocupa tan distante como la comprensión humana se halla de lo infinito. Porque el pasado es, á los groseros sentidos, cosa tan inmaterial que se sustrae á nuestro conocimiento. Para adueñarnos de él no tenemos otro remedio que procurar aprehender su espíritu, espíritu que, como primera causa, no cambia ni varía nunca. Lo que cambia, lo que varía es el medio al cual ese espíritu se ha de adaptar para que pueda ser comprendido y, hasta á veces, para que pueda él, por sí, exteriorizarse. Pero lo que

no cabe duda es que en los años que á estos antecedieron era la vida más espiritual. Aunque por efecto de la distancia se descubra en lo expuesto algún error de óptica, es menester convenir que los seres y las cosas, de lejos nos parecen más bellas que en su cruda y tangible realidad. Esta vida espiritual de los castellanos la acusa, aunque otra cosa no fuera la avidez intelectual, un afán de ver, que hizo á la raza aventurera, y un ansia de comprender, que le dió austeridad. La raza castellana ha vivido en sí misma, y este vivir interno la llenó de fuerza, que luego, espléndida, hubo de derrochar en otros mundos... *Azorín* lleva al lector al encuentro de recuerdos que ya habían caído ó que se encontraban prontos á caer en el olvido. *Lecturas españolas* nos hace ver parte de lo más sintomático, de lo más descriptivo de una edad inexistente. Este libro, admirable dentro de una gran uniformidad, de un nexo que nada lo rompe, tiene también sus cambiantes. Y estos cambiantes son los momentos en que el alma pide un poco de calma, de tranquilidad. Entonces *Azorín* describe, de la manera magistral que él sólo sabe hacerlo, escenas acaecidas en esta nobilísima tierra castellana; escenas que tienen calor de humanidad; escenas que producen en el lector una intensa emoción, pues junto á las sensaciones de vida hay

enormes sensaciones de arte, de belleza. Pero estos momentos no perduran. Después de ellas se pasa á examinar, con esa serenidad que he mencionado, el alma de hombres como Gracián, como Mor de Fuentes, como Larra, alma que, convertida en letra de molde, aroma la vida actual.

Todas las páginas del libro de *Azorín* están escritas en un estilo limpio, limpísimo, á fuer de castizo. Nada rompe su perfecta armonía. Es un estilo, el suyo, que, como dijo D. Jacinto Benavente, no tiene asomo de brillantes colorines, sino que es como un buen grabado en acero, como un agua fuerte, donde claros y obscuros dan la exacta equivalencia de todos los colores y de todos los tonos. Esta imagen es exactísima. En *Azorín*, en la prosa de *Azorín*, no hay nada que produzca efectos violentos. Todo tiene una tenuidad que encanta. Y, sin embargo, *Azorín* es original, tal vez uno de los escritores más originales de las actuales generaciones literarias, originalidad que ha depurado con la cultura y que ha aumentado con el caudal de conocimientos que le ha dado la vida... El libro de *Azorín* es algo así como si se encontrase un oasis en el yermo de la literatura actual.

XV

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

«Donde hubo fuego.»

Cae la tarde, y sobre el cielo, de un azul zafirino estriado en negro, se agrupan nubes cirrosas, que el sol, antes de abatirse tras las agrias crestas que coronan el cordón montañoso de la sierra, tiñe é inflama con tonos de incendio. A la tierra la va envolviendo un manto de sombra que, de instante en instante, extiéndese, extiéndese. Todo es paz, silencio... Con la luz ya moribunda acabo de leer la última novela de Martínez Olmedilla. Es un libro que deja el ánimo hondamente conturbado. En él encuentra, el lector, acíbares de desilusiones y amarguras de desengaños. ¿Por qué? Porque la trama tiene calor de

humanidad. En esto radica, más que en ninguna otra cosa, el que la literatura nos emocione, el que la literatura produzca risa ó llanto, alegría ó dolor. El escritor debe de procurar, por cuantos medios estén á su alcance, arrancar á la vida las fábulas para sus libros, ó, por lo menos, vincular en la realidad cuanto nació en su cerebro, es decir, cortar á lo que se imagina las alas para que no tenga más remedio que caminar á ras de tierra, entre el polvo del suelo. Y así se conseguirá que un trozo de prosa nos haga sentir, pues, como acaecido, tendrá la fuerza suficiente para remover los sedimentos de nuestro ideal sentimental. Las frases, las palabras, poseerán medula, nervio, y esa medula y esos nervios, dueños de poder sugestivo, actuarán sobre el lector con tal intensidad, de tan firme manera, que, como he dicho, conturbarán su espíritu y, por lógica consecuencia, sacudirán su sensibilidad... La lectura de la última novela de Martínez Olmedilla me causó cruel emoción, esa emoción de aplanamiento que motiva el desencanto de la desilusión. ¿Por qué? Porque como hombre, el que esto escribe, abocetó horas risueñas al lado de una mujer, y el que esto escribe está convencido, convencidísimo de que todas las mujeres son como la protagonista de *Donde hubo fuego*, es decir, que en todas las mujeres hay caídas

morales. Porque la protagonista de *Donde hubo fuego*, para poner en ridículo á Silverio, que es el hombre que le va á dar su nombre ante el altar, no tenía necesidad de llegar á efectuar actos materiales algunos. La caída, la verdadera caída de la mujer, no ocurre, como el vulgo ignorante cree y á modo de lo que el código dice, cuando se ha perdido la doncella, sino cuando en la imaginación se ha rasgado el velo de la honestidad. ¿Cuándo sucede eso? Difícil es precisarlo. Puédese, sin embargo, decir que es un mal, ese de la pérdida de la honestidad, que trae aparejada la civilización moderna. En esas edades muertas la honestidad vivía hasta que el cuerpo se deshacía en la tierra. La educación actual ha causado, entre otros males, la ruptura de los frenos del pudor. Porque el pudor se pierde en cuanto en la mente vive un deseo lúbrico. La protagonista de la última novela de Olmedilla, *Donde hubo fuego*, es una mujer deshonesta, desde el momento en que escuchó el nombre del que había sido su novio, y junto á aquel nombre germinó el deseo, un deseo que es un personaje inmaterial, como en las tragedias griegas era la fatalidad, que brinca y piruetea á lo largo de la novela y, hasta á veces, se le ve, se le escucha. Martínez Olmedilla ha hecho ese personaje con limo humano. A no ser así, es de todo punto im-

posible dotarlo del carácter que lo ha dotado y darle el relieve que lo ha dado, pues hubiera aparecido borroso, sin precisar... Además, la protagonista de *Donde hubo fuego* es una perversa, porque cae por satisfacer su temperamento, por vicio y por la maldad de hacer desgraciado al hombre con quien se iba á unir. Puédense disculpar otras y otras caídas. Es hasta natural en la mujer rendirse al amor, pues el hombre á él también, en ocasiones, lo rinde todo; es hasta natural rendirse á la necesidad cuando la mujer vive en una casa sin pan y la mujer tiene una cara bonita y un cuerpo hermoso; pero lo que no puede encontrar disculpa por nadie de honrado pensar, es caer por vicio ó, sencillamente, por maldad. Y la protagonista de *Donde hubo fuego* cae por maldad, nada más que por maldad. Esa es la causa de que diga que es una perversa.

La última novela de Martínez Olmedilla dejó en mi ánimo una huella dolorosa. Aun más la aumentaron circunstancias extrañas; sucesos que no ha mucho habíanme acaecido; aquel atardecer en el que todo era paz, silencio. Pensé en las desdichas que afligen á la humanidad, desdichas causadas, las más de las veces, por los propios humanos, que parecen interesados, no en cortarlas, sino en dejar que prosigan. ¿Por qué todos no somos buenos? Hay algo, en nuestro ins-

tinto, que nos lo veda. ¿Qué es ello? ¿La protagonista de *Donde hubo fuego* pensaba, al pecar, que comprometía un nombre y manchaba un honor? Debo decir que sí. Sabía de sobra que aunque aquellas entrevistas con su novio de antaño resultase lo que pudiera resultar, encontraría, en su novio de hogaño el responsable. Así es que no hacía lo que hacía ignorándolo, sino sabiendo las consecuencias que, á lo mejor, podría tener, y pensando, además, en quien habíala de poner á cubierto de ellas. ¿Puede darse mayor maldad? Pues, sin embargo, hay más. Hay una «encerrona» con todas las de la ley. La protagonista de *Donde hubo fuego* lleva, con un cinismo que asombra, el engaño ante el altar para que lo santifique la iglesia. Y allí, la cínica, aun tiene arrestos para, mentalmente, seguir una existencia de perfidia. Esto, claro está, no tiene nada de particular, pues no hace más que acusar aun más vigorosamente el carácter del personaje. Todos los actos que realiza responden á la condición íntima que se descubre cuando en el jardín oye el nombre de su novio, y junto al nombre pasa por su mente, de mujer frívola y casquivana, la ráfaga del deseo.

Parece Martínez Olmedilla muy atento á dotar de vida, para que intervengan en la acción de sus admirables novelas, tipos que,

si no son, por lo que de sus actos se deduce, casos psico-patológicos, tienen, al menos, una apariencia de casos anormales, anormales dentro de la manera de ser ambiente y de la forma en que está constituída la sociedad actual. En las dos novelas suyas que conozco—con más firmes líneas y con más recios contornos en *Siervo y tirano* que en *Donde hubo fuego*—los caracteres ejes en cuyo torno gira cuanto compone la trama son ejemplos fehacientes, fehacientísimos, de la maldad humana, que no purga la cultura, ni atenúa la civilización. A los protagonistas de ambos libros los hace llegar el ilustre escritor á un fin, al fin al que el instinto, que es la cualidad más despreciable del hombre les quiere llevar. Claro está que este fin es distinto, pues sus vidas van por cauces dispares y se desarrollan, tanto en lo fundamental como en lo accesorio, de un modo nada común. Pero entre ellos, entre el degenerado de *Siervo y tirano* y la perversa de *Donde hubo fuego*, existe algo así como un parentesco íntimo, que no lo niega ni aun el ser de diferente sexo ni el encontrarse colocados en muy distintos climas sociales. Ambos viven solamente preocupados en satisfacer sus ansias y en alimentar sus pasiones con lo que aquí, en la tierra hay, sin cuidarse, lo más mínimo, de elevar su espíritu, de ennoblecer su alma,

para que el día en que se acabe este doloroso tránsito de la existencia, poder ascender á las regiones de lo sublime. Para ellos la vida, tal como en este bajo mundo se entiende la vida, es toda la vida. ¿Acaso no tienen una esperanza en lo más allá? Parece, por lo que de sus actos se infiere, que no; que sólo su fe alcanza á lo tangible, á lo ostensible. ¡Débil fe, es en verdad, la de los que de tal modo piensan y la de los que por tales pensamientos rigen sus acciones!...

El estilo de las novelas de Martínez Olmedilla es culto, flúido. No hay en él afectación de clase alguna. Todo se dice rasamente, llanamente, sin palabras rebuscadas y sin giros retorcidos. Y, sin embargo, es grato y armonioso y, hasta á veces, tiene delicada sonoridad. La prosa de Martínez Olmedilla da la sensación de estar hecha al correr de la pluma, sin cuidado alguno. Pero la prosa de Martínez Olmedilla da, también, la sensación—que es la suprema sensación á que debe de aspirar un artista—de verdad, de vida. En esto el mecanismo íntimo del autor de *Donde hubo fuego* difiere bien poco de Palacio Valdés. Con este ilustre escritor se le podría señalar á Martínez Olmedilla un parentesco espiritual. Sus novelas, como las del maestro, son, antes que ninguna otra cosa, humanas, muy

humanas, y siendo tan humanas tenían que ser bellas, pues, según dijo Voltaire, la vida sólo es capaz de embellecerla el arte. Y la vida en las novelas del maestro, como en las de Martínez Olmedilla, hace olvidar la literatura, es decir, el artificio de la literatura. Además, en ambos hay una parecida manera de hacer, cosa que no es de extrañar, pues estando ambos dotados del deseo de llevar el arte hacia un mismo ó semejante modo, es natural que habían de coincidir en alguno de los caminos conducentes á ese modo. El estilo de Martínez Olmedilla—debe decirse—es de la estirpe del estilo del ilustre autor de *Marta y María*. Ambos están más atentos á hacer que su pluma refleje las luchas y las pasiones de la manera que acaecen en la realidad, cosa que hace que sus libros actúen directamente sobre nuestra sensibilidad, que no á producir frases y oraciones de una gran eufonía, pero que por lo general carecen de medula en absoluto, y, por lo tanto, su belleza es sólo una belleza efímera, como la de la flor ó como la de la mujer. Y creo, creo sinceramente, que es mucho más honroso, para un escritor, lo primero que lo segundo, pues supone un mayor caudal de conocimientos y de desengaños... Martínez Olmedilla ha hecho una novela digna de toda consideración, de la consideración que tiene derecho

por su haber de escritor, que es uno de los más saneados de la nueva generación literaria. Esto no necesito, con nada, demostrarlo. Para demostrarlo están sus libros, que son maravilla de observación, de verdad, de la verdad que nace al calor de la vida...

XVI

BIOGRAFÍA Y ESTUDIO CRÍTICO DE CAMPOAMOR

POR

Andrés González Blanco.

Al hablar con motivo del libro el *Elogio de la crítica*, de Andrés González Blanco, dije que era uno de los escritores más seriamente orientados de la actual generación literaria. Hoy, después de leer el admirable estudio biográfico crítico que acerca de Campoamor ha publicado recientemente, en edición hecha por la casa Sáenz de Jubera hermanos, no sólo debo ratificar lo dicho, sino añadir, además, que es uno de los escritores, uno de los pocos escritores que como novelista interesa, como poeta emociona, y como crítico enseña. En Andrés González Blanco

se dan intensamente acusados, y con perfección definida en ellos su personalidad, estos tres géneros del arte de las letras. He de decir que no le son extraños tampoco los llamados subgéneros literarios, tales como el cuento, la crónica y el artículo. El poder de su inteligencia lo domina todo, porque es tan grande que lo abarca todo. A un libro de versos, de versos dulces, melancólicos, entre cuyas palabras muchas veces se ven casonas hidalgas, verdes campiñas, fuentes rumorosas, sucede una novela como *Matilde Rey*, en la que no con la fidelidad de una fotografía, pues la fotografía es una cosa fría, muerta, por deberse á una máquina, no á la mano del hombre, sino con el encanto de una pintura que tiene, como salida del cerebro humano, color, emoción, vida, se describe maestramente el existir pícaro y aventurero de las modistillas y de los estudiantes madrileños, existir pícaro y aventurero que es en la juventud como un juego, sin pensar ni un momento que ese juego pueda marcar el rumbo de los días que han de venir. Pero no es esto sólo. A un libro de versos, á una novela sucede en seguida un volumen de crítica sana, jugosa, sino serena, muy cerca de la serenidad. Porque Andrés González Blanco, una de las faltas que tiene—falta, desde luego, venial—es la de dar á ciertos literatuelos, gente anodina y des-

preciable, un valor exagerado, un valor que nunca soñaron tener, y que lo alcanzan con el solo hecho de verse, no ya comentados, sino citados por el ilustre crítico. Ahora, el autor de la *Historia de la novela en España* pone su bien cortada pluma al servicio de una causa noble, de una causa que merece toda clase de alabanzas, aunque el éxito no le hubiese acompañado en la empresa. Es esta causa, la de dar á la figura de D. Ramón Campoamor todo el relieve que merece, es esta causa la de consagrar al divino poeta de las *Doloras* un libro, que además de ser una completa biografía, biografía, claro está, que de la parte de su vida que se conoce, es un completo examen de sus obras, desde aquella primera que escribió siendo alumno de la Facultad de Medicina de Madrid hasta la última que publicó cuando ya la gota, «esa atroz dolencia de los que la fortuna ha sonreído», le tenía postrado. La obra de Campoamor estaba en absoluto necesitada de que la pluma honrada de un crítico la sacase del cruel olvido en que yacía. Y menester es declarar que, de sobrada manera, se ha conseguido. El divino poeta vuelve á estar de actualidad, y vuelve á estar de actualidad merced al admirable estudio que le ha consagrado Andrés González Blanco.

En España, y más que en nada en cuanto se relaciona con la literatura, todo está

por hacer. Nuestro pasado literario se desconoce. En la memoria de muchos viven algunos nombres, aquellos nombres cuyo paso dejó en la vida una intensa huella. Pero nada sábese de los que fueron los precursores ó los discípulos de éstos. Más ó menos exacta tenemos la biografía de Góngora y el estudio crítico de las obras del protegido del duque de Lerma. Lo que hasta ahora nadie nos ha dicho por qué este poeta abandonó el camino de la sencillez y de la naturalidad, trazado por Garcilaso, para seguir el que, por aquel entonces, iniciara Herrera, que era todo pompa y artificio. Y lo que aun tampoco se ha estudiado, del modo minucioso que el asunto requiere, es la serie de causas y concausas que determinó la secta de poetas á la que se dió el nombre de *culteranistas*. De los discípulos que siguieron á Vicente Espinel no ha quedado noticia. Los tratados de literatura los mencionan muy de pasada. Sólo uno—creo que es el de Antonio Gil de Zárate—se detiene en somero examen de algunos de ellos... Quiero decir con esto que, por lo general, se estudia el tronco, sin saber que ese tronco, para vivir tuvo necesidad de raíces, y que ese tronco puede morir si una de sus ramas se desarrolla demasiado. Por eso extraña el encontrar un libro en el que se examine, con la atención que en éste se examina, cuanto hubo de

contribuir á formar el poeta y la nueva orientación que en la lírica castellana marcó el autor de los *Pequeños poemas*. En el libro recientemente publicado por Andrés González Blanco se encuentra, no sólo el estudio crítico de las obras del divino autor, sino también el estudio crítico de los actos que pudieron determinar su modalidad poética. Por eso, cuando analiza la palabra *Dolora*, busca en la biografía de Campoamor su significado. Y en el afán de encontrarle una clara explicación, no se para hasta llegar á lo íntimo, hasta recordar ciertos sucesos de la vida del poeta y sondar en ellos, con el objeto de descubrir á qué respondió este título que, como el ilustre crítico declara, ha creado, en poesía, un nuevo modo, mejor dicho, ha concretado una idealización sentimental. Andrés González Blanco, con su clarividencia asombrosa, ha inferido en los actos llevados á cabo durante su vida por el eximio poeta, para luego, en consecuencia, deducir que importacia tuvieron en su obra. Este sólo acredita á Andrés González Blanco de crítico sagaz y hábil.

Mucho es lo que del libro de que hablo debiera recogerse para fijar la personalidad de don Ramón de Campoamor y muchos son los conceptos exactos que ponen de relieve su valía y la importancia que su nombre tiene en el arte de las letras. Andrés González

Blanco, sin salirse de un justo eslabonamiento lógico los va sentando, después de revestirlos de la suficiente estabilidad... Al estudiar la primera obra del poeta, *Ternezas y flores*, dice: «En ella, lo más notorio es la *floridez* de las imágenes, la ternura de la dicción y la ingenuidad del concepto. No busquemos más; en balde intentaríamos hallar grandes arrogancias trágicas, ni agudezas humorísticas, ni mirabolancias de estilo. Si hay algo que resalte, es algo de reminiscencia clásica. Pero, en general, todo es allí claro, diáfano, fragante, tibio, despejado, como un sendero aldeano, abierto entre prados húmedos, bajo un sol festivo y matinal...» Luego, al hablar de las *Doloras*, el ilustre crítico deja sentado: «La dolora es una composición hallada por Campoamor entre el acervo de géneros líricos españoles. El le supo inocular su espíritu genuíno, su espíritu formado de realismo é idealidad. El le dió su espíritu, algo grosero y prosaico; pero siempre elevando al verbo sus emociones realistas.» Lo que antecede es lo más exacto, á mi juicio, que se ha dicho del admirable poeta astur. Las *Doloras*, de Campoamor son eso: una mezcla de realismo y de idealidad que ha dado un todo afortunado, afortunadísimo, un todo humano, pues son hechas de materia y de espíritu. Andrés González Blanco califica las *Doloras* como la

mejor obra de Campoamor. Si no es la mejor, es, al menos, la más humana, porque es la en que casi no entra artificio ni ficción. La poesía de Campoamor, y de ello da fehacientes muestras en las *Doloras*, no parece poesía. Es un trozo de sentimiento animado; es algo palpitante, sujeto en los límites clásicos de los versos; es el contenido divino del poeta, que se convierte en palabras; pero no en palabras hueras, sonoras, retumbantes, al estilo de las que emplea Salvador Rueda, el menos delicado de nuestros rimadores, sino en palabras que parecen esculpidas con mágico cincel, pues tienen líneas, contorno, relieve... *Los pequeños poemas* también merecen del biografo crítico una exacta, una exactísima definición que no puedo menos de subscribir. Dice de esta manera: «*Los pequeños poemas* son las epopeyas fragmentarias y descosidas, por decirlo así, que todas juntas componen el poema total y armónico de la civilización moderna. Es más: para darles aire de modernidad, el autor escogió casi siempre asuntos que sólo *iban bien* con nuestras actuales modalidades de la vida.» Y luego, más adelante, añade: «*Los pequeños poemas* son la expansión más noble de la personalidad de Campoamor; son, por lo mismo, menos objetivos que algunas doloras. Sin embargo, el autor siempre presenta un drama humano, á veces vis-

to desde fuera, á veces desde dentro; ¡y entonces, cómo sangra la herida del corazón del poeta, y cómo se explaya todo su yo, dilacerado y sufriente!...» Estos trabajos, entresacados del libro de González Blanco, son, como se verá, juicios rotundos, por lo precisos, por lo exactos. No pueden darse más serenas reflexiones, que estas que transcribo, acerca de la obra del gran lírico astur. Andrés González Blanco, no sólo se acredita con este libro de un gran crítico, si ya así no estuviera acreditado, sino que demuestra que sabe juzgar, cuando así las circunstancias lo requieren, con ecuanimidad perfecta. Tiene talento sobrado para no falsear la verdad por ignorancia, como hacen muchos, aunque á veces no lo rinda culto por exceso de bondad.

A lo largo de este admirable libro encuéntranse algunas ideas en las que es menester pararse. Una de ellas, y la más importante dados los tiempos por que atravesamos, es la de la moral en el arte. Andrés González Blanco cree, y cree bien, que el verdadero artista, el artista por temperamento y por inspiración, no debe de tener más moral que la que le dicte la belleza. Toda cosa bella es moral, porque el arte, por remontarse á regiones casi divinas, no tiene sexo. Preguntar á un poeta del mecanismo íntimo de Byron, de Goethe, de Kast, de Campoamor,

que cuál es su moral, paréceme, sencillamente, absurdo, porque cuanto emana de su cerebro está fuera de los límites en que las cosas y los seres se pueden tachar de morales ó inmorales. Las páginas que González Blanco consagra á esta ya tan debatida cuestión son, sino las mejores del libro, de las mejores del libro. Cuanto en ellas expone representa ser fruto de una gran madurez espiritual, de la madurez espiritual del ilustre crítico que, aunque á ella, por la edad, no puede haber llegado, la ha alcanzado de sobrada manera, debido á su enorme caudal de cultura y á su gran capacidad de comprensión. En esto estriba, más que en nada, que el elogiado autor de *Los contemporáneos* haya compuesto un libro tan bello como es éste del estudio crítico-biográfico de don Ramón de Campoamor. A no ser así le hubiera sido díficil llegar á las conclusiones que sienta acerca del biografiado y de su obra, y á no ser así, tampoco podía haber alcanzado á comprender de la manera exacta que los ha comprendido, aquellos actos que pudieron influir, más ó menos directamente, en la vida del escritor, y actuaron, más ó menos intensamente también, sobre la exquisita sensibilidad del poeta. Merece citarse como modelo el CÁPITULO II, que lleva por título *años juveniles y vida madrileña de Campoamor*. Es una exacta, una

clara exposición de todas las inquietudes por que el poeta pasó en esa primera época de su vida, que no fué azarosa como la de Espronceda, como la de Larra, como la del mismo Zorrilla, pero que también tuvo alternativas, y sus pasiones momentos de pleamar y de delirio. Y debe decirse asimismo que el cantor astur encontró en su mocedad casi todas las sensaciones que, luego una vez pasadas por el tamiz de su cerebro, una vez convertidas en rimas, fueron repitiendo sus coetáneos, y hoy recitan la mayoría de los que hablan en esta hermosa lengua castellana, que es tan dúctil, tan armoniosa, y que van haciendo aun más dúctil y armoniosa los escritores, pues en su docto oído le es necesario, muchas veces oir, rotundas, las frases para saber que tienen el suficiente contenido expresivo y son capaces de dar la sensación de la lenta caricia femenil y de la dulzura de los amorosos errores, y de la melodía de los arroyuelos que se desploman por las colinas serenas de la tierra galaica. ¿Qué ideas se encuentran en el libro que Andrés González Blanco dedica á Campoamor? Por sus páginas corren muchas, unas apuntadas, otras ligeramente esbozadas, y las más con su máximo de desarrollo... La vida de Ramón Campoamor, la obra de don Ramón Campoamor, estaba necesitada—ya lo he dicho—de un libro como

el que ha escrito el ilustre crítico de que hablo. Merced á él lo que olvidado estaba ha vuelto á ser de actualidad, y lo hasta ahora callado es sabido y comentado por todos. La pluma de Andrés González Blanco ha hecho el milagro de hacer que vuelva á la memoria de los humanos el nombre del mágico poeta y, junto al nombre, su obra admirable... De todos los géneros literarios el que merece más consideración por la labor educativa que realiza, el que debía de estar largamente premiado por los centros oficiales de cultura, es este de restituir una figura cualquiera que tenga un positivo valor á la vida espiritual, que es la vida perdurable. Pero en España como no hay nadie que viva atento á lo que á la nación le conviene, no hay nadie, por tanto, que indique á la nación que se debe premiar, y premiar largamente, el milagro de galvanizar un cadáver. Y este milagro es el que ha hecho Andrés González Blanco con don Ramón de Campoamor.

No me sería grato que en mis palabras se viera ni asomo siquiera de desmedidas alabanzas. Creo que cuando éstas no se apoyan en recias armazones de real valorización para nada sirven ni ningún valor tienen. Andrés González Blanco sabe que esto es exacto. Y por eso, pacientemente espera la recompensa para su trabajo, sin irla men-

digando por redacciones de diarios ni antedespachos de Ministerios como otros mal llamados literatos, á la manera de Goy de Silva, cuyo talento, por lo caudaloso, él lo compara al Amazonas, ó como Baeza, ese ser híbrido que de cuando en cuando pone sus extremidades inferiores en las planas de cualquier periódico de poco más ó menos... Nada de cuanto dejo dicho es una desmedida alabanza. Si alguno así le parece debe tener en cuenta, para hacer morir su calificación, que la labor realizada por González Blanco es una labor que, á la larga, ha de redundar en beneficio de la nación.

XVII

LOS EXTRAVIADOS EN LA LITERATURA ACTUA-

Como resumen.

Todo cuanto en este libro se dice ha sido escrito al calor de un momento emocional. A causa de ello, tal vez, habrá contradicciones de bulto. ¿Puede alguien pensar lo mismo, y del mismo modo, en estados de ánimo diferentes? Creo que no. El crítico no es más que el artista que trata de fijar en letra de molde aquellas impresiones que las lecturas han causado á su sensibilidad. Y no hablemos de nobles sacerdocios de la literatura. No los hay ni, por varias razones, puede haberlos en ninguno de sus géneros ni de sus subgéneros. En los años que

corremos de transicción, de renacimiento, no se puede fijar nada, pues todo es inestable. Así, el artista, el verdadero artista, ha de vivir atento al suceder continuo de modalidades para no quedarse anquilosado en una época, ni su espíritu inerte en determinada edad... ¿A qué credo estético responden estas críticas al día? Debo decir que no tienen uno determinado. Para mí, el único crimen que se comete en literatura es escribir mal. Cuando veo un libro de un Baeza, de un Carretero, de un Gómez de la Serna cualquiera, antes de ir á su entraña, antes de examinar su ética, voy á ver si se falta á la Gramática ó se atropella al idioma. Porque, para mí, repito, sólo se es culpable cuando lo escrito no tiene el contenido de lo pensado, dicho, claro está, con todas las reglas del buen gusto y, por tanto, de la Academia.

He citado á Carretero, á Baeza, á Gómez de la Serna, al *detritus* de nuestra generación literaria, no por malquerencia, que ninguna me puede inspirar quien nada vale, sino porque cuando leo sus obras, es decir, cuando hojeo sus obras, siempre se me ocurre preguntar: ¿en dónde colocarán las ideas, en dónde situaran su moral, si no saben colocar un adjetivo? Y he dicho mucho, he dicho sus ideas y su moral. ¿Acaso tienen ideas y profesan moral? Los libros

por ellos escritos no lo declaran así. Dichos libros son ejemplo de vulgaridad y modelo de estupidez... Para mí, lo innoble, lo deleznable, empieza donde acaba el talento. Cuando se tiene talento, todo se perdona, todo se disculpa, porque él posee tan enorme poder, que cubre las imperfecciones y tapa los errores. En España, ¿qué escuelas literarias han vivido más esplenderosamente? ¿El romanticismo...? ¿El naturalismo...? En su haber, las dos, tienen nombres que merecen admiración. Luego vino la novela sicalíptica. De los que la cultivaron, sólo tres tienen destellos de talento, no talento. Llámanse, éstos, Felipe Trigo, Insúa, López de Haro... En estos momentos está haciendo su aparición la literatura decadentista. Los que la importan ¿merecen ser reconocidos como literatos? No. El mérito de un literato estriba en algo más que en trasladar á un mal castellano, á un castellano sin retórica y sin medula, trozos de Willy, de Lorraine, de Rachilde—lo morboso en la literatura de Rachilde—. ¿Por qué se olvida nuestra sana tradición realista? Répide es de ella, hoy día, su más eximio representante... Es, sencillamente, un crimen no cultivarla más, y traer aquí la perversión francesa. El consuelo que queda, ya que la ley no lo castiga, es que aquí no puede aclimatar, porque para que aclimatara, sería nece-

sario modificar los caracteres étnicos de la raza. Ahora, que no se debía de esperar á que lo rechazara nuestro estómago, sino que todos los libros, todos en absoluto, debieron de ir autorizados por una junta de censura, no sólo atenta á juzgar la parte que ellos pudiera haber de belleza, sino también su fondo moral.

El que esto lea á buen seguro ha de creer en lo sano de mi intención. Para decir lo que antecede sólo me guía un honrado deseo, como escritor, de ennoblecer las letras, y un ansia desapoderada, como buen ciudadano, de realizar una labor que, por lo menos, tenga asomos de nacionalizadora, y, por lo tanto, de patriótica. Porque patriotismo es querer que la savia de un pueblo, pues no otra cosa es la literatura, se deslice por cauces naturales, sin sufrir desviaciones ni extravíos. Los españoles, la mayoría de los españoles, por el acendrado amor que tienen al solar en que nacieron no habían de consentirlos. Pero conviene dar el alerta para que ni siquiera se empañe el brillo de nuestras tradiciones literarias. Conviene decir que, á pesar de lo que se trabaja en contrario, hoy ese brillo es de mayor intensidad que nunca. Ricardo León, Pedro de Répide, Ramón del Valle Inclán, Pedro Luis de Gálvez, trabajan incesantemente porque sea así. La labor que estos escritores citados realizan no mere-

cen sólo consideración, sino elogio. Ellos, con su poderoso influjo moral, no permiten que se acusen muy enérgiccamente ciertos extravíos.

Los extravíos de los escritores me inspiran una gran compasión, no sólo porque el el ser extraviado, en sí, es digno de lástima, sino porque sus extravíos, cuando son por mercantilismo, caen aquí en el más espantoso de los vacíos. Con ellos no logran notoriedad ni dinero. En España, nadie con la literatura se hace rico. Cuando me dicen que un escritor tiene dinero, que un escritor es dueño de un gran fortuna, sólo se me ocurre preguntar: ¿de qué privilegiado sistema de ganzúas será inventor?

INDICE

	Págs.
I.—El caso de siempre.....	5
II.—Los mercaderes del ideal....	26
III.—Breves apostillas á una obra de Rojas Zorrilla.....	42
IV.—En las librerías y en los escenarios	61
V.—El estilo y los estilistas.....	93
VI.—Don José Echegaray.....	106
VII.—Manuel Linares Rivas.....	113
VIII.—En defensa de España.....	127
IX.—Del ideal al interés.....	134
X.—Don Marcelino Menéndez y Pelayo	140
XI.—Por las bibliotecas.....	148
XII.—Tópicos del día.....	155
XIII.—La verdad acerca de una nueva doctrina filosófica...	173
XIV.—La vuelta de «Azorín» á la literatura	185
XV.—Augusto Martínez Olmedilla.	195
XVI.—Biografía y estudio crítico de Campoamor.....	204
XVII.—Los extraviados en la literatura actual.....	216

Desilusionado por la visión del triunfo efectista de infinitos idiotas, doy á la publicidad esta serie de sinceridades justas que se acaban de imprimir en la imprenta de Antonio Marzo; 4 de Mayo de 1912.

DUKE UNIVERSITY LIBRARIES
Charla (criticas al dia).
864.62 T235C
D90333111L